

J. LEÓN DIAZ.



# SILUETAS

JEREZANAS.

Biblioteca  
Municipal de Jerez

(APUNTES DEL NATURAL)



1897

LITOGRAFÍA Y TIPOGRAFÍA DE M HURTADO, ARCOS, 14.  
JEREZ DE LA FRONTERA.

www.  
EXTRAMUROS  
FACSIMILES

**J. León Díaz**

*Siluetas jerezanas. Tomo I*

Colección: Andalucía

Serie: Temas locales. Ciudades, pueblos y villas

Código: E11-00551

El original para la realización de esta reproducción facsimilar procede de la Biblioteca Municipal Central de Jerez de la Frontera (Signatura:929 JER leo & 4845).

*Obra original:*

Edición: 1ª

Impresor: Hurtado, M.

Lugar de impresión: Jerez

Año de edición: 1897

Edita:


© Extramuros Edición, S.L.,

Brújula, 10. Parque Industrial PISA.

41927 Mairena del Aljarafe. Sevilla. España.

www.extramuros.es

correo electrónico: extramuros@extramuros.es

**Biblioteca  
Municipal de Jerez**

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de este libro, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.- sin el permiso de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

El editor hace constar que ha sido imposible localizar a todos y cada uno de los autores, cedentes y herederos de esta obra, por lo que manifiesta la reserva de derechos de la misma.

ISBN: 978-84-9862-342-0

D. Legal: SE-7271-08

Imprime: Extramuros Edición, S.L.

Impreso en España. Printed in Spain



**B**iblioteca  
Municipal de Jerez  
**SILUETAS JEREZANAS**



J. LEÓN DIAZ.



# SILUETAS

JEREZANAS.



(APUNTES DEL NATURAL)



1897

LITOGRAFÍA Y TIPOGRAFÍA DE M HURTADO, ARCOS, 14.  
JEREZ DE LA FRONTERA.

---

Es propiedad del Autor.

---

# Al pueblo.

---

*A nadie mejor que á ti, pueblo mio, debo dedicar estos apuntes, perfiles ó bocetos, como quieras llamarlos,—algunos, créelo, son BUSTOS,—ya que tú eres quien recibe los beneficios que derraman á manos llenas los personajes ilustres de esta Galería.*

*Damas y señores te atienden á diario con solícito esmero en tus necesidades privadas y públicas; y justo es, puesto que no puedes pagarles con otra cosa, que por medio de este libro conserves en la memoria y se lo repitas á los que nacen los nombres y méritos de cuantos para ti han practicado el bien.*

*Conque así lo hagas, queda satisfechísimo*

EL AUTOR.







## ADVERTENCIA.

---

Este libro no sale á la calle tal como lo pensé, y lo siento.

Numerosos apuntes que guardo en la cartera, casi todos oficiales, y que habían de aparecer entre las **SILUETAS** que he dado á la estampa; apuntes referentes al fomento y progreso de las industrias jerezanas, vueltas de nuevo algunas á su auge, los retiro para mejor ocasión, (quizás muy próxima,) los unos por incompletos, los otros por falta material de tiempo para ordenarlos y darles forma práctica de introducirlos en el libro.

Ante esta dificultad, y comprometido muy formalmente de publicar las **SILUETAS** á la mayor brevedad posible, allá van unas pocas con defectos y faltas, confiado en que el que las lea, si alguien se toma la molestia de hacerlo, suplirá cuanto he olvidado ú omitido de méritos á mis personajes.

Seguro estoy de que ninguno de éstos podrá decir que he ido á su casa á *petardearle*,— cosa muy corriente en nues-

tros tiempos,—adulándole con la publicación de su biografía; ni á pedirle antecedentes que excusarían en su natural modestia; los he buscado como Dios me ha dado á entender, aquí y allá, *oyendo dónde guisaban*, oyendo á todo el mundo, para de esta manera poder caminar con la frente muy alta, libre de las calumnias de algún *quidam* de los muchos que pululan por la sociedad, tan cobardes que siempre hieren á traición y por la espalda.

Así es, que la recta y sana intención que me ha guiado al hacer el trabajo, es lo único que puedo poner por delante para la garantía del éxito; rogando al público acoja estas **SILUETAS** con su proverbial benevolencia, en gracia siquiera á los servicios prestados, con sus virtudes ó con sus talentos, á la humanidad por cuantos, figuras de mayor ó de menor magnitud, me he permitido, atrevidamente, perfilar y recalcar de una vez para siempre ante la opinión pública.

Ella sea mi juez.

*José Leon Díaz*

*Febrero - 1897.*

—E—E—E—

# PRIMERA PARTE.





## MISTRESS BUCK.



No faltará quien crea—diré yo como Cañamaque en su libro *Los oradores del 69* refiriéndose á un carlista—que empiezo mal porque empiezo por una inglesa. Tampoco estoy libre de que me arguya algún escrupuloso hechura de Calomarde, que además de inglesa no es católica.

A lo primero contesto que Mrs. Buck es inglesa, muy inglesa en su país, y española y jerezana—¡cosa rara!—entre nosotros.

A lo segundo digo, no me perdonaría Dios nunca creyera que la Caridad, esa hermosa virtud hija del cielo, admite linderos y distingos en materia de Religión.

Y Mrs. Buck es muy caritativa.

Preguntádselo á los pobres, á los menesterosos, á los desheredados, á los huérfanos, á las viudas, á las madres, y todas y todos contestarán, con lágrimas y frases de gratitud, que es muy buena y muy caritativa, tan buena y tan caritativa como la más buena y más caritativa madre española.

Así es en efecto. Mrs. Buck es madre no solamente de sus propios hijos, sino de muchos infelices—¡pobrecitos!—á quienes la desgracia ó la miseria castigan al nacer sellándolos para una vida de tormentos que el hambre, con toda su córte de malas ideas, aguza y á los que es preciso salvar ántes que, corriendo los años, caigan de una vez para siempre en el vicio ó en el crimen.

He aquí porqué, y con tan plausible motivo, figura el nombre de Mrs. Buck,—sin que puedan separarlo ni origen de país ni profesión de secta,—tan íntimamente unido y ligado á la fundación de una de aquellas Asociaciones benéficas que ellas por sí solas, y por sus alcances, dicen más, mucho más, y hablan más alto que el periódico y el libro en pró y alabanza de las buenas almas, para quienes Dios, en justo premio de méritos tan ostensibles, reserva sus favores y misericordias.

Mrs. Buck por los años del 92 y 93 fué,—

¡gran gloria para ella!—la viva encarnación del Asilo de la Infancia.

A su iniciativa, á su propaganda, á su des-interés, á sus relaciones, á sus consejos dichos con rudeza andaluza para que todos le entendieran y le siguieran por tan hermoso camino de Caridad, á su unión con distinguidísimas damas jerezanas y católicas se debe ese Asilo, modelo entre los demás Asilos, creado para favorecer el trabajo de las madres de familia, sustituyéndolo á la mendicidad y la limosna: monumento de beneficencia que hoy sostiene con orgullo este pueblo bajo el santo cuidado de las hijas de San Vicente de Paul, y en donde, durante las horas de labor de las madres pobres, un centenar de criaturitas (según la última estadística que he leído) tienen alimentación, aseo, asistencia moral y médica, recreo según la edad pues se admiten hasta los cuatro años, juguetes para sus travesuras, y todo cuanto necesita la ternera de esos capullos por abrir y á los que sólo Dios, en sus secretos designios, sabe el destino que les espera en la vida.

¡Fundación hermosa, sublime, cristiana, santa!

No importa, nó, que haya séres—también los hay—indiferentes á estas buenas obras; que desprecien—¡miserables!—como baladí y pe-

queño lo que es altamente grande y práctico; que se rían juzgando pequeñeces aquello que bendice el cielo y la humana gratitud aprueba: ¡pequeñeces!, cuando para algunos de éstos todavía cosquillean en su corazón, como cosa propia, las del padre Coloma; no importa, nó, adelante, en tanto tengamos en Jerez damas como Mrs. Buck que limosnea de puerta en puerta para sus niños, que organiza en su palacio conocido por el *de las Cadenas* y en sus jardines amplios, hermosos y exuberantes de flores, populares y caprichosas *Kermesses* de caridad, con cuyos pingües productos atender á la desgracia y socorrer al pobre en el humilde tugurio donde se consume falta de pan y de vida.

Mrs. Buck, no hay que dudarlo, es una verdadera heroína en esta materia.

Arranca del rico, del poderoso lo que *puede* para ir á enjugar una lágrima ó á acallar un suspiro que ahoga y mata el corazón del pobre.

Por esta acción tan buena recibe un beso que brota del alma, quema, al salir, los lábios y se oye fuerte, muy fuerte, en el cielo.

Es el beso de la gratitud. ¡Lo único que puede dar el que nada tiene!

Mrs. Buck acoge aquel ósculo con la sonrisa de un ángel y la satisfacción propia, sin vanidad, de haber practicado el bien.



No se crea, ni con mucho, que exajero. Yo mismo he presenciado algunas de estas tiernas escenas.

A Mrs. Buck, con sus achaques y con sus años, á pié ó en coche, acompañada de sus tiernos hijos, la veréis, muy frecuentemente, internarse en los barrios bajos,—también Jerez tiene sus barrios bajos—entrar en los corrales, subir peligrosas escaleras, llamar á la puerta del humilde, sentarse, sin cuidado de manchar la seda de su vestido, en desvencijada y mugrienta silla, *chapurrar* el idioma nuestro preguntando é investigando por sus propios ojos el alcance de la miseria, y atender solícita, con mano dadivosa, al triste y cruel infortunio.

Y esto lo hace delante de sus hijos, á la vista de los *católicos*, en presencia de Dios, demostrando sin alarde, sin orgullo, que para todos es buena madre.

No será católica, pero es creyente: más que creyente, es cristiana.

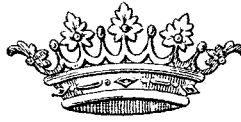
No obedecerá á Roma, pero obedece ciegamente los sentimientos y los impulsos de su noble corazón.

Con ésto le basta y le sobra.

¡Todas como Mrs. Buck!







## DUQUESA DE ALMODÓVAR DEL RÍO.



Su bondadoso corazón y su clara inteligencia únense á una modestia ilimitada y á la carencia absoluta del orgullo que engendran los blasones, haciéndola popular, lo bastante popular para que el nombre de la Duquesa de Almodóvar del Río figure, por derecho propio, en la vanguardia de ese hermoso ejército de Caridad que forman nuestras más renombradas damas.

Descendiente de ilustre y rica cuna y heredera de rancia y prestigiosa nobleza, ambas cosas allá en la poética sierra de Córdoba cantada tantas veces por Grilo, vino á nuestro pueblo en esa edad hermosa de la vida cuando juventud y amores sonrien con miles de atractivos y encantos.

Su rostro moreno y agraciado, siempre sonriente, altamente expresivo y simpático, perfilado hasta el detalle, árabe puro, tipo de verdadera sultana, animando aquel busto escultural que envidiaría la mismísima Venus de Médicis, la rodean de tal y tamaña aureola de grandeza—con perdón sea dicho todo esto,—que se hace imposible verla ó pasar junto á ella sin parar mientes en firme, y alcanzar de pronto, por intuición, hasta dónde puede llegar la mano hechicera y providencial de Dios cuando modela una criatura á su imagen y semejanza.

Parece como que existe algo de sobrenatural en aquel tipo donde la esbeltez juega admirable parangón y forma precioso lazo con la modestia.

Porque no hay que dudarlo. D.<sup>a</sup> Genoveva de Hoces y Fernández de Córdova, Duquesa de Almodóvar del Río y Marquesa de Puebla de los Infantes, reune, por circunstancias de circunstancias, á la nobleza de su raza, á la gloria épica de su apellido, á sus títulos ilustres, á su hermosura artística, á sus muchos encantos, los encantos de su corazón que apartándola de la soberbia y de la vanidad y del egoísmo, vértigos muy propios que sienten los que viven en las alturas, la llevan como de la mano á todas partes investida de ese manto de humildad, oliente á gloria y adornado con encajes de de-

mocracia, á cuyo simple contacto la pobreza que desfallece se reanima, la miseria que sucumbe toma alientos, el hambre hartazgo, y el ser desvalido, el menesteroso abandonado por la fuerza del sino á los vaivenes de su propia desgracia, ve á el ángel de Dios batiendo sus purísimas blancas alas pródigo mensajero de mercedes y misericordias.

Apenas llega, recién desposada, la Duquesa de Almodóvar del Río á Jerez, allá por los años del 70 al 75, abre su palacio y corte de la calle Lealas á nuestra distinguida sociedad que ataviada y lujosísima desfila una y otra vez por aquellos amplios y hermosos salones donde se juntan de consuno, desafiándose, el gusto y la riqueza.

Sus improvisados *bailes de trajes* los recordarán todavía muchos de los que aún viven, y aquellas noches felicísimas, como sueños fantásticos que adormecen el alma á guisa de cuentos orientales.

Allí estaba la Duquesa de Almodóvar del Río como una sultana en su propio trono, en el regio esplendor de su gloria, rodeada de cuantos la honorificaban tributándola á porfía respeto y admiración.

Desde esa época data la vida pública, valga la frase, de la Duquesa de Almodóvar del Río entre nosotros.

Sin desatender para nada sus cuidados domésticos, antes al contrario, dirigiéndolos por sí misma y en ocasiones, no pocas, por sí misma manipulándolos,—que hasta tanto llega en el hogar,—ábrese paso por entre la sociedad, sin pregón, sin ruido ni bombo; y enarbolando bandera de caridad recorre casa por casa su barrio, donde la conocen por *la buena madre*, y ora socorriendo al necesitado, ya consolando y dejando alimentos al enfermo ó vistiendo al desnudo ó atendiendo al huérfano ó animando á la viuda, en todas partes y en todos momentos su bolsa es paño de lágrimas, su casa campanilla de apuros, sus hermosos hijos intérpretes fieles de su piedad y beneficencia, y ella, D.<sup>a</sup> Geneveva, por cima de duquesa, la reina y bienhechora de los pobres.

A propósito de esto cuéntase, y como hecho cierto corre por el pueblo, de alguien, extraño á su casa, que distintas veces le ha tachado su exceso de humildad contrastando con los blasones, *rebajándose* hasta llegar á la cama del moribundo expuesta á una infección ó á un contagio.

A ese orgullo falso bajo el antifaz de adulator consejo, contesta siempre la Duquesa con religiosa energía digna de aplauso: que todo lo hace por Dios y que Dios la proteje.

Es cierto que Dios no desampara á los buenos.

D.<sup>a</sup> Genoveva hace sus excursiones veraniegas á Madrid y el Norte.

No hay cuidado. No por eso desatiende y se olvida de socorrer las necesidades. Lo deja todo dispuesto y todo prevenido y preparado para que nada haga falta y no se eche de menos su ausencia.

Católica sin fánatismo, devota amorosísima de su restaurada virgen de la Paz que se venera en la iglesia parroquial de Santiago, sostiene el culto con esplendidez; y á sus donativos muy valiosos debe aquella iglesia-parroquia, de cuya feligresía es la Duquesa, gran parte de sus artísticas y costosas reformas: templo señorial, orgullo legítimo de propios y extraños.

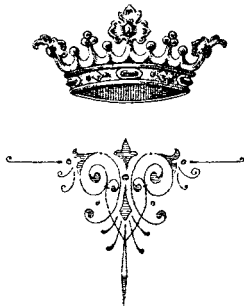
Caridad y devoción. He aquí en lo que se envuelve y desarrolla el alma noble y pura de la Duquesa de Almodóvar del Río.

Esposa modelo, madre cariñosa, liberal en sus acciones, más demócrata que aristócrata, no gusta de los ruidos del mundo, y alejada hoy en su retiro de toda conmoción social, sin temor á las alucinaciones socialistas del barrio obrero en cuyo centro vive, porque es de todos querida y respetada, dirige con habilidad por el camino santo de la Religión y las buenas costumbres los tiernos corazones que son pedazos de sus entrañas y prolongación hermosa de su vida y de su ascendencia.

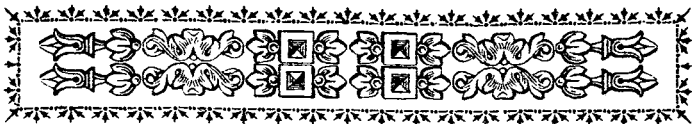
Tiene Grandeza de 2.<sup>a</sup> clase, tratamiento de excelencia, y está en posesión del ducado desde el año 1871 en que pagó al Estado sus derechos y obtuvo la respectiva carta personal. El despacho primitivo data de 1780.

Forma parte de casi todas las Asociaciones benéficas que existen en Jerez; es protectora entusiasta y acérrima de los niños, y á su iniciativa se debe la fundación de escuelas é instituciones que tienen por objeto guiar los primeros pasos de aquellos recién nacidos por y para el infortunio, y á los que ángeles como la Duquesa de Almodóvar del Río enderezan por el recto camino del bien y de la virtud.

¡Loor á la ilustre hija de Córdoba, hoy más que cordobesa caritativa dama jerezana!







## D.<sup>A</sup> ELENA GORDON Y PRENDERGAST DE LAFUENTE.

---

A poco que la conozcáis á esta bondadosa dama, descubris en ella todo su pensamiento para Dios y todo su corazón para los pobres. Y no me equivoco, ciertamente, si digo que tiene más pensamiento que corazón.

De origen, aunque bastante lejano, escocés; apellido mixto é ilustre; emparentada con lo más florido y rico de este pueblo; alta, delgada, rubia, modesta, simpática, afable, un tanto nerviosa, algo regañona con los pobres, ligera como el viento, católica fanática, catequista de primera fuerza; sabe á San Ignacio, su iglesia favorita, y á la Compañía, su Orden predilecta, con los ojos vendados; oye misa todas las mañanas; reza, como cualquier monja, cien oraciones

al día, confiesa semanalmente, y suma además á estas cualidades y detalles la doble virtud de hacer y practicar el bien espiritual y corporal, ya ganando almas para el cielo, ora aconsejando y socorriendo sin tacañería al necesitado.

No hay asociación benéfica ni institución de caridad donde no figure su nombre, su actividad ó su donativo, demostrando siempre con el ejemplo, y en todas ocasiones, hasta dónde llega la bondad de su corazón á cualquier hora dispuesto para aliviar la desgracia y aminorar el infortunio.

Doquiera que llevéis la vista, allí está doña Elena Gordon de Lafuente llamando á las puertas del pobre, llegando á pie hasta los barrios extremos, internándose en los corrales, en los tugurios; y aquí dejando un consejo, allá dejando una limosna, acullá consolando á una familia desvalida, su nombre, su apellido, su figura viven en la memoria de cuantos la pobreza ó el hambre ó la incredulidad religiosa ha dejado olvidados en el corazón de la sociedad, ya que no abandonados de la mano de Dios que en D.<sup>a</sup> Elena ha encontrado un intérprete fiel de su misericordia inagotable y de su caridad infinita.

Cual centinela de avanzada, D.<sup>a</sup> Elena Gordon vive siempre alerta, alerta, temerosa de acudir tarde donde pudo, previsoramente, acu-

dir temprano. La veréis, eso sí, inmiscuirse en todo, pero con el sano propósito de penetrar por sus propios ojos hasta dónde alcanza el infortunio; medir su extensión, sus límites; apreciar sus causas; conocer su remedio, haciendo un estudio á la vez que social práctico, huyendo del engaño y la falsedad que aún en estos tristes casos del hambre se presentan enmascarados á la caridad pública.

De aquí que D.<sup>a</sup> Elena no sea muy bien vista de algunos—;ingratos!—á los que en más de una ocasión ha socorrido espléndidamente.

Pero en donde ha desplegado todas sus fuerzas y toda su actividad, valga por lo que valiere,—que D.<sup>a</sup> Elena, como buena cristiana, no busca *premio*,—es, como decia antes, en ganar prosélitos para el catolicismo y por ende para Dios.

Recuerdo un caso que por lo curioso é histórico lo traigo á cuento.

Vivia en humilde y pobre rincón de una casucha de barrio una familia con bastante estrechez, cuasi en la más completa miseria.

D.<sup>a</sup> Elena la socorría de cuándo en cuándo.

El alma, la alegría, el consuelo de aquel hogar era una joven sobradamente agraciada y más que agraciada hermosa y más que hermosa honrada y pura como una virgen.

A falta de pan vivían muchas veces aquellos

desgraciados alimentándose con su propia honra: único tesoro sin mancha que legar al cielo.

Un *milano* de esos que abundan crueles en la sociedad, pretendió, casi hasta conseguirlo, turbar la tranquilidad de aquella infeliz familia; arrebatarle, de golpe y porrazo, lo que allí había de más valor y de más aprecio: la honra inmaculada de la joven. Esta se dejó llevar y seducir por los cantos del trovador y, ¡oh destino del cielo!, al borde del abismo, á las puertas mismas de la prostitución, con la deshonra en la conciencia y en la voluntad, aquella joven, más bien martir del hambre que del placer, tórbase ante D.<sup>a</sup> Elena que se pone por delante investida con toda la fuerza moral propia y necesaria en estos casos para el más completo triunfo.

Y triunfó, como ha triunfado en otras ocasiones: fustigando fuerte á la incredulidad y á la indiferencia.

Hasta este extremo llega la fe ciega y la voluntad de hierro por la Religión en D.<sup>a</sup> Elena Gordon.

Para esta respetable dama no hay momento ni instante de reposo cuando se trata de practicar el bien, ayudándole en tan plausible tarea sus propias hijas, verdaderas *hijas de caridad*, que acuden bondadosas allí donde la madre sabe hay alguna desgracia que socorrer.

Porque no hay que darle vueltas. Por cima de todas las ingratitudes de los tiempos que corren; á través de la indiferencia religiosa muy propia y exclusiva de este siglo prosáico y materialista; contra los vientos de libre albedrío que ahora sopla y reina; enfrente á la mentira y el engaño que, como sirenas, atraen á la sociedad á su perdición; la figura de D.<sup>a</sup> Elena Gordon hace falta, y mucha, con su fanatismo y su intransigencia y sus nervios y sus regañones y demás achaques, que bien poco montan y nada representan si al fin y á la postre se busca y se persigue y se *consigue*, sea como sea, el bien moral y material de la humanidad.

Esta aspiración sublime es propia de las buenas almas.

Y D.<sup>a</sup> Elena Gordon la acaricia, como cosa muy suya, á diario.

¡Felicitémosla en nombre de los pobres!









D.<sup>A</sup> CARMEN DE VILLAVICENCIO Y OLAGUER,  
VIUDA DE DOMEQ.

---

Entre las damas populares, figura en las de primera línea por sus timbres, por sus virtudes y por sus méritos la que ahora nos ocupa.

D.<sup>a</sup> Carmen de Villavicencio ha penetrado en el corazón del pueblo heredando las glorias y apellido de sus antecesores, y heredando al mismo tiempo esa gratitud eterna con que suelen pagar, no todas veces, los que de los poderosos reciben á diario mercedes sin cuento y favores innumerables.

Bien es cierto que á sus timbres muy preclaros y á la nobleza de tan ilustre apellido debe esta respetable señora gran parte del benemérito y aplauso con que la distingue la sociedad jerezana; pero no es menos cierto, sin



que esto deje de formar parte de su hermosa silueta, que al buen nombre y reconocidas virtudes del que fué su esposo, patricio ejemplarísimo D. Pedro Domecq y Loustau (q. s. g. h.), debe muy mucho la distinción de bienhechora y amante de los pobres con que por todas partes se la proclama y enaltece.

Y es que, D.<sup>a</sup> Carmen de Villavicencio al tomar como suyas, á más de las propias y de las heredadas, aquellas virtudes, pensó en ser, y así fué en efecto, una esposa que, como pocas, mereció ser llamada *reina de su hogar*, madre modelo, y en la actualidad viuda ejemplarísima retirada de la alharaca del mundo: señora piadosa y caritativa, para quien su misión en la tierra no es otra que atender cariñosa á sus pobres, copiando por tal sentir, al pie de la letra, el cuadro hermoso que de las viudas cristianas trazó en sus admirables epístolas el convertido de Damasco apóstol San Pablo.

Por eso, al hablar de D.<sup>a</sup> Carmen de Villavicencio viene á los puntos de la pluma el recuerdo de aquel cumplido caballero, de aquel fervoroso cristiano, singular bienhechor de la humanidad doliente y menesterosa, esposo amantísimo y padre cariñoso, el ilustre Domecq, recuerdo que redundá grandemente en honor y favor de la virtuosa compañera que compartió con él los días de placer y de dolor, las alegrías

y las penas de esta vida, dirigiendo ella, y este es su principalísimo mérito, aquel corazón siempre predispuesto para todo lo bueno, para todo lo grande, para todo lo digno, para todo lo hermoso y merecedor de estima, informando con su precoz inteligencia y con sus sanos consejos las acciones beneméritas del ilustre patricio cuyas piedades á manos llenas no se pueden recordar sin derramar una lágrima de viva y eterna gratitud.

No es, ni con mucho, D.<sup>a</sup> Carmen de las personas que dan limosna con alharacas y ruido, ni de las que dejan caer su caridad sobre el montón anónimo en el que muchas veces se queja, con quejidos falsos, la explotación ó un comercio asqueroso bajo el antifaz de simulada miseria. Hay en sus obras y buenas acciones más fondo, más verdad, más práctica, más mundo. Llega al hogar de la viuda honrada que por vergüenza no limosnea, y la socorre y la alienta á que siga por ese camino de pureza que, con aplauso merecedor de todo encomio, libre de las acechanzas infames de cuatro vampiros que pululan por la sociedad, se ha trazado resignada ante su triste suerte. Entra en la humilde alcoba donde llora el huérfano y enjuga su llanto practicando las máximas cristianas. Acude solícita junto al lecho del enfermo y atiende con mano pródiga las necesidades de

aquel cuerpo que muere y con consejos de moral pura las necesidades de aquella alma que se condena. Vela siempre por los desgraciados, por los que carecen de pan que llevar á su boca; y en todas partes bendita y alabada, su nombre, de abolengo meritísimo, se oye, como el de otras damas caritativas, recordado con júbilo de uno á otro extremo del pueblo.

Y no pára en esto, ciertamente, la alabanza que todos le tributan.

Hay más todavía, reservado adrede para lo último.

Sus cuidados, sus principales cuidados los ha tenido siempre para la niñez y la ancianidad, para esas dos edades extremas de la vida, sol que nace y sol que muere, aurora y ocaso, cuna que se mece y sepulcro que se abre, para los niños y para los viejos, por quienes tanto ha hecho D.<sup>a</sup> Carmen de Villavicencio, como lo acreditan, para eterna recordación, esos momentos peremnes de su inagotable beneficencia que en Jerez se levantan, las Escuelas cristianas de San José, dirigidas por los Hermanos de la Doctrina, y el hermoso Asilo de las Hermanitas de los Pobres, donde el nombre preclaro é ilustre de la caritativa señora ha merecido ser grabado en piedra, al lado del que fué su esposo, como recuerdo inolvidable y honor señaladísimo á las generaciones venideras.

Y si á seguir fuéramos citando ejemplos de caridad, bien suyos propios, ya como prolongación de los que en vida practicó el ilustre Domeq, no acabaríamos nunca, bastando los que dejamos apuntados para hacer el perfil de esta bondadosa dama, á quién, en medio de su opulencia y de su bienestar y de su vida tranquila y desahogada, sonriéndole la felicidad y la fortuna, de vez en cuando la muerte ha hecho estragos en su corazón arrebatándole pedazos queridos de sus entrañas ó torciéndole el destino ideas y sentimientos que se han ahogado al nacer sin poder tomar, para desgracia de los pobres, forma y vida.

Pero no importa. Con lo hecho hay bastante y sobrado para que su nombre ilustre viva perennemente en la imaginación popular.

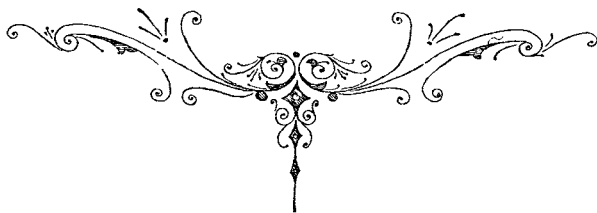
Y es que la bondadosa dama, de acuerdo consigo misma, cumple, con fidelidad que la glorifica, las máximas cristianas que dicen:

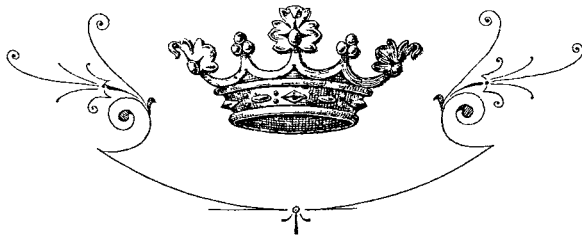
«La limosna debe ser reservada. El que  
 »viendo acercarse á un pobre y estando rodeado  
 »de multitud de personas, saca de su bolsillo  
 »una pieza de plata ó de oro para hacer ostentación de su generosidad; el que hace un donativo considerable á los establecimientos de beneficencia publicándolo en los periódicos, ése no hace limosna en el espíritu de verdadero cristiano, sino actos de vanidad y ostenta-

»ción semejantes á otros cualesquieras que ins-  
 »pira el deseo de figurar y de atraer sobre sí  
 »las alabanzas de los demás. De esta limosna  
 »no hace mérito alguno para sus recompensas  
 »el que tiene ofrecidos para ella tan grandes  
 premios.»

Sólo me resta decir que la casa de D.<sup>a</sup> Carmen de Villavicencio está regulada, según cuentan los que la conocen y visitan, como la de una comunidad, donde para cada cosa hay un lugar y un tiempo, sin que aparezca ni se haga nada extemporáneo ó precipitado, todo con mucho orden, con hábil gobierno, que habla muy alto en favor de su dueña y señora, en torno de la cual resplandece una aureola de amor y de respeto que brota libremente de los corazones que la rodean empezando por los de sus propios hijos y terminando con el último de los indigentes que cruza aquellos umbrales pidiendo:

*¡Una limosna por amor de Dios!*





## MARQUESA DE MISA.



A gusto del consumidor puedo hacer esta si-  
lueta corta ó larga.

Para ambas cosas tengo tela cortada, es de-  
cir, tengo antecedentes.

Si queréis, los méritos y servicios de la mar-  
quesa de Misa á la humanidad van unidos en  
el matrimonio.

Si queréis, los tiene prestados, y muy pres-  
tados, de su propia cuenta.

Es caritativa cuando la buscan, y la buscan  
siempre como archimillonaria, para presidir to-  
da fundación benéfica nueva.

En la actualidad dirige la Junta de señoras  
que, bajo el patrocinio de S. A. R. la Princesa  
de Asturias, administra el Asilo de la Infancia.

Viaja mucho, tanto, que más tiempo se lleva por esos mundos de Dios y por Londres que en Jerez.

Sale poco á la calle, muy poco, y cuando lo hace, en coche, por cierto muy lujoso, para pasear por Capuchinos.

A pie no la he visto más que el Jueves y el Viernes Santo.

Es muy modesta apesar de sus millones, y por su matrimonio es marquesa de Misa con Grandeza y condesa de Bayona.

No conoce la caridad en pequeño, cosa muy natural en quien, como esta respetable dama, cuenta tantas *talegas* y nunca lleva ni *cobre* ni *suelto*.

Acude siempre á las necesidades más grandes de la población en compañía de otras damas con las que forma apretado haz de virtud y prácticas caritativas.

Su piedad alcanza á todos, chicos y grandes, y su prudencia, en un caso *histórico* no muy lejano, granjeóle fama de buena, de sufrida y de *muy señora*.

De palacio adentro vive como una reina, rodeada de servidumbre, de lacayos, de libreas, de adulaciones, de sonrisas, sonando timbres, pisando alfombras, mirando pinturas, leyendo *The Times*: con sus hijos, su corte, sus coches y demás adminículos que danzan alrededor del

oro y la nobleza. De palacio afuera D.<sup>a</sup> Elena Busheroy es simplemente la Sra. Marquesa de Misa.

Es católica por española, inglesa por temporadas aunque nació en Londres, título no hace muchos años y cuenta 67, amiga de hacer el bien, señora entre la señoras, buena esposa, buena madre y buena suegra.

A falta de otra cosa, lega á sus descendientes, hija é hijo, una fortuna que heredar, virtudes que ejercer, consejos que cumplir y una vida modelo en el hogar doméstico, merecedora de premio y digna de aplauso.

Con todas estas cualidades la marquesa de Misa figura entre nosotros, y á su sombra se ampara muchas veces la indigencia y la desgracia.

Observaréis, eso sí, desatender alguna vez al pordiosero que llega y llama á su puerta.

No es ella quien lo desatiende: son sus criados, sus porteros, los que nada valen, á los que nada le piden. La marquesa de Misa en aquellos momentos está fuera de su casa, ha ido á misa ó á jubileo ó á pasear.

Otras veces, como he dicho antes, no tiene *perras* para dar una limosna.

Pero tiene memoria y corazón y nunca se olvida.

Las Asociaciones benéficas encuentran en la



marquesa de Misa un refugio para salir del *pa-so*, y en más de un apuro su bolsa ha salvado, ó su crédito, el conflicto.

Tiene pocas relaciones en Jerez: las precisas y necesarias.

Muy amiga de Mrs. Buck y de la colonia inglesa, comparte con aquella dama respetabilísima los honores y distinciones recíprocas á sus prácticas de caridad y á sus ejercicios de virtud.

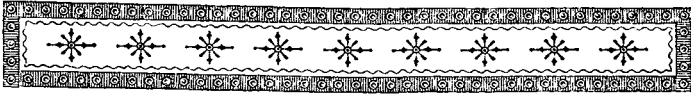
Su nombre y su título y su dinero es cono-cidísimo en toda España, tanto que figura en todas las Guías, en todas las tertulias y en todas las bancas.

Gústale poco la popularidad porque la cree, y con razón, muy cercana á la populachería y esto le causa horror, caer en lenguas de la gente.

Habla poco, manda menos, es cariñosa con sus sirvientes, y en suma, reúne tales condiciones que pocas señoras con su capital, su nobleza, su prestigio y su influencia viviría en esa esfera modesta, rodeada de bendiciones de los suyos, en que vive la Sra. Marquesa de Misa.

¡Tanto mejor para la anciana dama!





D.<sup>A</sup> ELENA DE PÁRAMO,  
VIUDA DE SOL.



A creer á los envidiosos ó á sus enemigos, —¿quién no los tiene?— más bien que una silueta haría un *borrón* de esta popular y respetable dama.

¡Libreme Dios de que mi pluma se mueva alguna vez á impulso de ciegas pasiones ó la guíen instintos bastardos!

Antes la rompería en mil pedazos. La pluma ni se alquila ni se vende. Si alguno lo hace, peor para él y para los que la compran.

Sentada esta tésis que me importaba mucho aclarar y ante el temor de equivocarme en el perfil presente, he acudido á la fuente, como suele decirse, tomando de buen origen y de buena tinta los datos más exactos para salir airoso en la empresa.

Con ellos por delante y sin miedo ya á la crítica, empiezo.

Todo Jerez conoce á D.<sup>a</sup> Elena de Páramo. Quien no la conoce personalmente, la conoce, y es bastante, de nombre.

Cuando suena por algo suena.

El pueblo bajo la respeta; las clases menesterosas la bendicen: que sus limosnas, sin armar ruido, llegan al corazón de las *masas*. Lo probaremos.

D.<sup>a</sup> Elena de Páramo, con sus ochenta años atrás y sus veinte y tantos de viuda, desde la fecha de este estado, ó sea desde el año 84, se administra, inteligente y enérgica, á sí propia y esparce favores y beneficios á cuantos la imploran y demandan su auxilio.

No es, ni con mucho, de aquellas damas,—aparte de lo que voy á decir respetables—que á la vista de la gente y fanfarroneando su propia caridad dan el pan al hambriento y el vestido al desnudo vanagloriándose de su buena obra: no; en la Sra. Viuda de Sol, la modestia juega un gran papel, vive apartada de la sociedad, sin relaciones ni tratos ni contratos, y desde su retiro, ciega, casi imposibilitada y en brazos de su servidumbre que la mima y la quiere, se acuerda á todas horas de los presos de la Cárcel, de los pobres que pordiosean el rancho á la puerta del cuartel, de los soldados servidores leales de

la pátria, y hoy á los unos y mañana á los otros, para todos tiene dias señalados, como los de San José, Viernes de Dolores, Páscuas, San Dionisio, etc., costeando alimentos y ropas y regalando vinos de sus bodegas que, suma sumando, abren brecha en cualquier capital.

Las cocinas económicas de *El Salvador* con frecuencia reciben donativos de D.<sup>a</sup> Elena para aumentar en cantidad y en calidad la comida de los pobres; el enfermo nunca se vé desvalido, si ella sabe la miseria, enviándole *médicos* que le fortalezcan el cuerpo y el alma; hasta nuestras autoridades han acudido en distintas ocasiones demandándola auxilio para atender á las clases jornaleras en sus *crisis*, ofreciéndose gustosísima á contribuir con su peculio; y la prensa local—ahí están las colecciones de *El Guadalete* y el *Jerez*—nunca ha escatimado la alabanza y el aplauso para la bondadosa dama, por herencia ilustrísima, que si tiene defectos como fanática religiosa tiene en cambio grandes méritos como piadosa y caritativa.

No he de ocultar, puesto que es voz del pueblo, su protección ciega y sin límites á los frailes carmelitas, y todos saben que á los desprendimientos y esplendideces de D.<sup>a</sup> Elena de Páramo debe la Orden gran parte de su apogeo: aparte el fervoroso culto que el cristiano pueblo de Jerez, muy principalmente el sexo bello,

profesa á la que tiene como su *segunda patrona* veneradísima Virgen del Carmen.

D.<sup>a</sup> Elena, no hay que negarlo, sostiene el culto con esplendor y magnificencia, hasta con ruido; festeja á la virgen á la vista de todos, sin hipocresía, sin disimulo, sin interés prejuzgado; que no pueden caber en pechos cristianos esas grandes pompas á trueque de premios y mercedes y á la búsqueda de favores mundanales: favores, mercedes y premios reservados por Dios para gozarlos en el cielo á los que en la tierra han cumplido su ley y practicado las obras de misericordia.

Alcanzan á D.<sup>a</sup> Elena, y he tenido ocasión de comprobarlo más de una vez, los *fustazos* de la ingratitud.

¿Quién no los ha recibido?

Pero en el caso presente tienen una doble explicación.

He dicho antes que D.<sup>a</sup> Elena se administra, con inteligencia y energía, á sí propia.

Dueña absoluta de un gran capital, su laberíntica administración necesita *á fortiori* de adláteres que le ayuden en la prosáica tarea de los números. Hay más. Su ceguera, sus años, su imposibilidad física le hacen caer muchas veces, bajo extraños consejos, en errores y faltas que las traduciríais á la ligera por vicios de humanidad. No es de D.<sup>a</sup> Elena la culpa. Ella no vé

donde está la razón porque no la toca materialmente. Cree lo que le dicen, lo que le murmuran, algunas veces de buena fé, otras veces quién sabe cómo. Peor es meneallo.

De estas cosas nacen sus enemigos y sus envidiosos.

D.<sup>a</sup> Elena tiene sus *asesores* y su *confianza*.

Su asesor moral es el prior del Carmen.

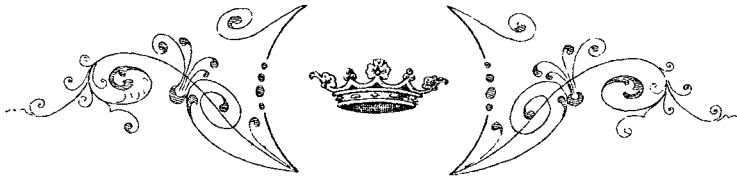
Su asesor administrativo, Máximo.

Su criado de confianza, Curro.

Con esta trinidad, con su capital, con su fanatismo, con su ceguera, con sus años, con su hermana y con su coche, D.<sup>a</sup> Elena vá pasando la vida y acercándose al sepulcro, alabada de unos, murmurada de otros, renombrada de todos, en tanto Dios le reserva el sitio que crea justo su divina voluntad libre de influencias y padrinazgos de frailes, monjas y demás adula-dores como díz que asaetean á la viuda de Sol en estos últimos días de su larga existencia.







## MARQUESA VIUDA DE BERTEMATI.

---

¡Qué mayor gloria que poder legar á sus hijos, por cierto numerosos, un apellido ennobleblecido más que por los pergaminos por la práctica de las virtudes! ¡Qué mayor placer que sentirse el corazón henchido de gozo ante el espectáculo envidiable de una sociedad que la respeta bendiciéndola! ¡Qué mayor encanto que nacer en tierra extranjera, *españolizarse* á voluntad, crear familia, amistades, relaciones, y sentir con los que no son suyos—aunque por suyos los tiene á los jerezanos—alegrías y penas, dichas y amargas, placeres y dolores!

¡Ah! Es que D.<sup>a</sup> Matilde Pareja Pillault, si nació en París hacia el año 1840, lleva mucho tiempo entre nosotros y se ha identificado en costumbres y necesidades con tal vocación que



pocas damas jerezanas le ganan, si hay algunas, á abrir su corazón noble y bondadoso á la súplica, atendiendo en la medida, poca ó mucha, de sus fuerzas á satisfacer por cuenta propia alivios al necesitado.

Pruebas numerosas existen de su piedad. Con Mrs. Buck y la Sra. Marquesa de Misa forma la trinidad administrativa, *cuasi divina*, del Asilo de la Infancia; y su mano bienhechora reparte á diario limosnas y pensiones que quedan *ocultas* en el pórtico de su casa ó bajo el sobre de la misiva que envía aquí y allá con sus criados.

De bello, simpático y expresivo rostro, perfiles que los años y los golpes mortales recibidos en la vida van borrando de esta respetabilísima dama; alta, delgada; madre de muchos corazones tan amantes como ella á hacer el bien; rodeada de leales y servidores que la atienden y la obedecen; agradecida por todos; su paso por nuestra sociedad señalase con piedra blanca en estos tiempos de egoismos y de mezquinas ambiciones.

La Sra. Marquesa Viuda de Bertemati es de esas mujeres *heroínas* educadas al temple antiguo: corazón abierto á todos los afectos: alma candorosa, sencilla y pura, para la que no pueden caber en el mundo ni la maledicencia, ni el engaño, ni la vil deshonra.

Su mundo es de inocencia, no de perfidia; de religión, no de indiferentismo; de virtud, no de pecado; y en viendo el mal, cree que aquello que mira ó es un engaño de su vista ó un espejismo altamente ilusorio que no encuentra abrigo en su recto espíritu.

Así es, que cristiana como pocas, y como pocas sin exajeración, su hogar es nido amoroso donde cada consejo suyo es una obediencia recíproca y cada mandato un cumplimiento exacto, sin protesta, por parte de cuantos llevan los ilustres apellidos Bertemati y Pareja.

Diráse que á tanto alcanza la buena educación. Es cierto: pero tambien es cierto que necesitase una mano hábil y cariñosa para dirigir erguido y gallardo el tierno arbolito. Sin los cuidados del jardinero la rosa abriría mal y deshojándose á los besos de la aurora: y sus perfumes, más que efluvios de ambrosía, serían quejas de dolor por el poco cariño con que su dueño la miraba. La educación, los cuidados hacen mucho; pero hay que nacer con un corazón tan grande que no quepa en el pecho para resistir los embates mundanales y hacerse fuerte en frente de las miserias y ruindades que á diario alienta la sociedad.

Más todavía. Aún así es poco, á mi juicio, para pasar á la posteridad envuelta en nimbo de gloria. Hay que hacer más. Hay que hacer,

no solamente resistir sino *luchar* contra ellas, evitando, por ende, que los débiles caigan—como la tímida gacela bajo el león que la acecha en los oasis—entre las garras de los fuertes; los oprimidos bajo los opresores; los humildes juguetes de los poderosos: mundo miserable, de engaños, de mentiras, de terribles infamias, de locas y sensuales pasiones, de desenfrenados apetitos, de descreimiento, de podredumbre, de vilezas, de calumnias, de *salvajismo* mil veces más cruel que el de los hotentotes porque, al fin y al cabo, éstos han nacido en las selvas, en la virgen y *salvaje* naturaleza, y nosotros en un mundo que, sin querer, por *sarcasmo* llamamos *civilizado*.

Para esta lucha titánica Dios envía á la tierra ángeles custodios, salvadores de nuestra honra, de nuestra familia, de la moral, de la virtud: ángeles de caridad que, cual D.<sup>a</sup> Matilde Pareja Pillault, con el ejemplo, con la mansedumbre, con el consejo, con la práctica de las buenas obras, misericordia infinita, corazón de oro, alma de cielo, se levantan á sí propios, sobre pedestal de respeto y gratitud de los demás, una estatua de legítima y bien merecida gloria.

Y no pára aquí ni en esto los tributos que el pueblo agradecido le prodiga. Tales respetos y gratitudes se prolongan á sus hijos: modelos que imitar en esta sociedad tan dada á la vani-

dad y al orgullo. Ellos todos, hasta los que faltan, han sido siempre prendas apreciabilísimas de amor al prójimo, repartiendo con prodigalidad frutos y sentimientos que heredan noblemente de su madre.

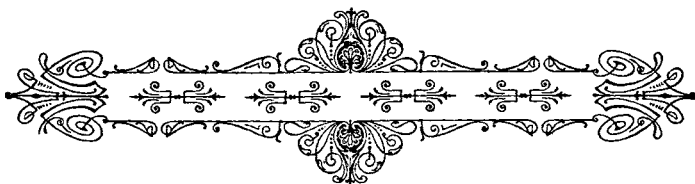
La viuda, el huérfano, el desvalido, cuando llegan á la casa que en la plaza Duque de Tetuán vive la Sra. Marquesa Viuda de Bertemati, no salen desamparados sino enjugándose la lágrima que hizo brotar el dolor y que seca el paño de la caridad.

Podrá la humanidad,—que á tanto llega á veces,—olvidar un momento las buenas acciones recibidas; alejarse, ahita, un dia de donde pidió, hambrienta, antes; no importa: Dios guarda sus bendiciones para los buenos, para los justos, para los bienaventurados: y la respetable dama que nos ocupa sabe ciertamente habrá de recibir miles de bendiciones del cielo.

Sus méritos la abonan.







## SRTA. CECILIA DE YSASI Y LACOSTE.



Acabo de leer en la *Guía-Bustamante* algunos datos, muy bien extractados por cierto, que, sumados á los que guardo en la memoria, me han de servir muy mucho para hacer esta silueta.

Cuando se buscan ó se piden antecedentes que se niegan ó se excusan bajo pretexto de respetable como plausible modestia, no hay otro recurso ni otro remedio que salir á caza de actos públicos cuyo renombre, importancia y méritos no pueden ocultarse, mucho menos si han recibido las bendiciones de lo alto y la sancion, aplauso y gratitud de los hombres.

Enfrente de uno de estos casos ejemplarísimos nos encontramos ahora. Y tanto mayor es

la felicitación por parte de todos, cuanto que en la Srta. Cecilia de Ysasi y Lacoste sumáanse, á guisa de *vinculación*, acciones de familia que ellas por sí solas bastarían y constituirían padrón gloriosísimo en esta época decadente y malsana en que todo es *mentira* y todo se hace buscando—ó *usurpando*—una falsa y ridícula popularidad que se convierte por sí propia, corriendo el tiempo, en *populachería*.

El apellido de Ysasi y Lacoste—ó los apellidos, pues son dos dinastías ó ramas distintas que han venido á entroncarse—representa, dentro y fuera de Jerez, algo grande, algo sublime, digno de imitación y que sintetiza, entre las vanidades é indiferencias del mundo cuyo corazón muchas veces es de *bronce* ó de piedra berroqueña, sentimientos singulares y una hermosa é inagotable caridad: virtud entre todas, de cuyo valor, como decía Fr. Luis de Granada, lo toman las demás virtudes y dones que proceden de Dios.

No hay momento de *crisis* en nosotros, ni necesidad sentida, en que un Ysasi ó un Lacoste no abra su mano piadosa y acalle la triste queja del necesitado que, con el ¡ay! en la boca, la desesperación en el semblante, y el hambre—tan mala consejera siempre como dice *Juan José*,—se lanza ó arroja á la calle buscando, de cualquier modo que sea, el pedazo de pan que lle-

var á sus desfallecidos hijos. Entonces es cuando en la sociedad se aprecian y miden las condiciones morales de aquellos cuyos nombres andan alabados de boca en boca; y á veces... ¡cuán inesperado desengaño reciben los que les adularon y les elevaron hasta hacerlos populares!

No reza esto, ciertamente, con la familia de Ysasi y Lacoste, que ora fundando, de su sola iniciativa y riesgo, el Asilo de *Viudas y Doncellas huérfanas*; ora las Cocinas económicas de *El Salvador*; bien ayudando grandemente, desde aquí, á la Sociedad de *Salvamento de náufragos*: ya favoreciendo al que le pide en la calle ó á la puerta de su casa; atendiendo siempre—*regla de familia*—al infortunio y á la indigencia; su bolsillo es para el pobre, sin el relumbrón ni la alharaca á que se prestan otros muchos: caridad modesta, silenciosa, que llega sin armar ruido á satisfacer el hambre y ahogar los malos *criminales* pensamientos engendrados y nacidos al calor de una tan loca como forzada é irresistible desesperación.

Hay más, mucho más. Por lo que toca particularmente á la Srta. Cecilia de Ysasi, su desinterés vuela más alto.

Cree, como todo fiel cristiano, que la caridad, resúmen de los divinos preceptos, consiste «en amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos:» y poniéndolo en



práctica, demuestra, al mismo tiempo, el dicho de San Pablo: «La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente ni se ensoberbece. No es ambiciosa, no busca sus provechos, ni se mueve á ira, ni piensa mal, ni se goza de la iniquidad sino de la verdad. Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.»

Así es, que vemos á la Srta. de Ysasi poner su corazón á disposición de las necesidades sociales, socorriéndolas en cuanto puede; y deseosa de halagar más á Dios, tambien, como buena y castiza cristiana, procura evitar las acechanzas infames á que vive expuesta la mujer, ése sér tan débil, de cuyo cuerpo y honra la sociedad hace, muchas veces, mangas y capirotos.

Grave, muy grave es que la mujer se arroje, desvergonzadamente, al lodo de la calle, feriéndose en público y vendiéndose por vil oro ó entregándose por sensual capricho al zángano seductor que aprovecha aquel minuto,—instante supremo,—de locura, de desgracia ó de debilidad; todo es *perdonable* cuando, habiendo conocido los yerros de su mala vida pasada, llama contrita á las puertas del *arrepentimiento*, que, afanosa de salvar aquella vida que se pierde entre las carnavalescas bacanales del mundo, abre, con mano amorosa, la Srta. de Ysasi y Lacoste, y la entra acomodándola, aconsejándola,

la y alimentándola en el sagrado asilo de la virtud, ahuyentando, por ende, de aquel cerebro,—donde todavía se juntan, aunque con vaguedad, las escenas vergonzosas del sensualismo y de la *juerga*—los resabios que pudieran hacerla pecar de nuevo, endemoniándola ante los ojos de Dios.

Su triunfo entonces es maravilloso, heroico, portentosísimo, desmintiendo de una vez lo que escribió Campoamor:

¡Yo sí que soy desdichado, (1)  
que peco y no me arrepiento!,  
confirmando aquello otro de Tirso de Molina:  
Estoy tan arrepentida  
de los extremos que he hecho...

. . . . .

y afirmando y sumando con Covarrubias: «De  
»arrepentidas hay asilos de gran religión y  
»penitencia en España y en toda la cristian-  
»dad.»

Obra es de la Srta. de Ysasi, y á su patrocinio *absoluto* se debe, un templo-asilo de Caridad instituido en las afueras de Jerez bajo la hábil dirección y recto y celoso cuidado de las hermanas Oblatas. Su espíritu noble, voluntarioso y libérrimo y su corazón bondadosísimo y piadoso fueron los cimientos seculares y angulares cuando aquella institución pensó, muy

---

(1) ó desdichada.

acertadamente, fundar y organizar aquí uno de sus muchos Asilos.

Con gran desinterés, para afirmar más lo que Gregorio IX condena en su Decretal *De excesibus praelatorum* sobre las oblaciones *obligadas*, y que la Srta. de Ysasi *generaliza* con la suya *voluntaria*; con gran desinterés, decía, adquirió en propiedad la viña y caserío de San José,—de la pertenencia del Sr. de la Herrán y Lacoste,—situados á la entrada del camino de Lebrija; y cediendo *graciosamente* aquellos terrenos, ábrese, en 1891, tan útil y piadoso templo de refugio y recojimiento á cientos de desgraciadas que, hartas del vicio, buscan en aquel lugar solitario un rincón donde llorar su *deshonra*, pero cuya *reivindicacion* encuentran practicando los sanos consejos que allí le predicán de continuo, encaminados al ejercicio de las virtudes cristianas y á aprender á tener, como es de rigor, santo temor en Dios, creyendo, cual aconseja la fé, en su misericordia pero tambien en su justicia.

¡Fin nobilísimo, piadoso, cristiano, altamente humanitario, digno de loa y del aprecio universal!

Bajo la advocación del Perpétuo Socorro viven aquellas *arrepentidas* á las que la sociedad ahora mira con lástima: esta sociedad que ampara,—festejándolos en ocasiones,—excéptica ó burlona, siempre desinteresada, á muchos de los

que arrojaron al fango del arroyo á tantas infelices.

Ellas, cuando vuelvan á su virtud, no tendrán una maldición para los infames porque la maldición, esa blasfemia al cielo, no cabe en aquel santuario de religión y de moral; pero sí tendrán un corazón rebosando agradecimiento eterno para la ilustre y noble bienhechora que costea, á todo gasto, cuanto es preciso por volver á tantas la honra perdida; ¡la honra!: lo más sagrado que ha bajado del cielo á la tierra.

¡Que la sociedad agradezca, como las *arrepentidas*, á la Srta. de Ysasi su admirable y benéfica obra: y con ella crea que cuando Dios juzgue las nuestras, nos pedirá cuenta del bien que hayamos dejado de hacer y no del mal que no hayamos podido evitar!

Nada hay más hermoso que la gratitud bien nacida.

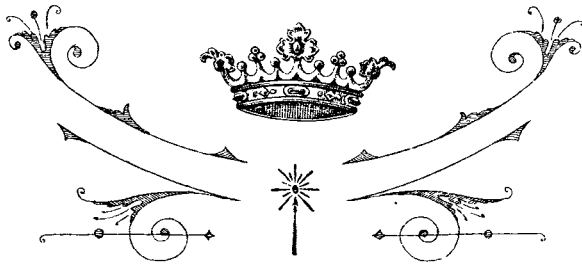
Es la dicha más grande que puede recibir, en cambio de sus favores, un corazón bien nacido y mejor aconsejado. Es el placer mayor que puede entrar en un pecho tan propicio para hacer el bien y practicar la virtud, y á cuyo calor y á cuyo abrigo se amparan el vicio para corregirse, como en las *arrepentidas*, ó la inocencia y la ignorancia para desarrollarse é ilustrarse como sucede con las párvulas que se educan en las clases de *El Salvador* bajo la tutela

y guía de las religiosas y nunca bastante celebradas hermanas Carmelitas: institución esta que tanto y tanto debe,—como Jerez entero—al desinterés, piedad y sanas prácticas morales y cristianas de la familia de Ysasi.

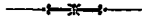
. . . . .  
La Srta. Cecilia de Ysasi y Lacoste ha cumplido—como aconseja Rivadeneira—con singular devoción y agradecimiento con las oblaciones que mandaba su corazón.

¡Cumplamos nosotros alabándola por siempre, y este canto de gloria sea su mejor estatua!





## MARQUESA DE ALBOLODUY.



En nuestra sociedad, que tanto escatima y acrisola los honores y los aplausos, merece puesto preeminente por su modestia y por sus virtudes la distinguidísima Sra. Marquesa de Alboloduy.

Si fuéramos á juzgar por el exterior, diríamos que no era marquesa sino una simple dama que por vocación propia gustábale hacer piedades, no, ciertamente, á cuenta de gratitudes, que bien pocas, y esto es criminal, le prodigan.

Y sin embargo: D.<sup>a</sup> María Elvira Fernández de Córdova Alvarez de las Asturias Bohorques, á más de aquel título que ella glorifica, es dama de la Orden de María Luisa; vino á Jerez

hace una treintena de años; fué presidenta de la Junta de Damas encargada de remitir, por nuestra parte, (y aquí se cuenta una anécdota curiosísima) auxilios á los soldados heridos en la última Guerra Civil; ha establecido el ejemplar Asilo del Sagrado Corazón de Jesús, vulgo de *Las Preservadas*, donde hoy se mantienen y educan más de 70 niñas; su caridad es inagotable; su trato afabilísimo; modesta como pocas; madrileña de nacimiento y artista hábil é inspirada, á su pincel, nó á su aguja, se deben, en compañía de su esposo muchas veces, infinidad de preciosos y ricos tapices que decoran las habitaciones de su casa-palacio.

La anécdota á que me refería antes, es la siguiente:

Por aquellos días tristes de la última Guerra Civil, asistía á la tertulia de la Marquesa lo mejor y más florido y más granado de esta sociedad. Entre el elemento jóven descollaba, casi siempre detrás del trono, el ahora celeberrimo padre Luis Coloma.

Alguna dama, no muy bien avenida con la causa de D. Alfonso, hubo atrevidamente de proponer que los socorros allí recolectados se *repartieran por igual* á los nuestros y á los carlistas. ¡Proposición insensata!

La furiosa *liberala* de siempre, respetabilísima Sra. D.<sup>a</sup> Isabel Gutiérrez de Castro, se opu-

so enérgicamente, y con razón, á aquel absurdo; Luis Coloma intrigaba entre todas, lavándose después las manos como Pilatos; el marqués callaba unas veces, reía otras, y salíase de cuando en cuando á chupar una *breva*; sólo la marquesa, presidenta de aquel *Congreso*, ponía orden con su diplomacia, con su amabilidad, sin campanilla, dirigiendo la *contienda*,—que tal cariz presentaba á veces,—y al cabo de algunos minutos de algazara, de ruido, de alboroto, puesta á votación la proposición, hubo empate—¡cuánto gozaba Coloma!—decidiendo en este conflicto, y á favor de los liberales, el voto doble de la presidenta Sra. Marquesa de Alboloduy.

¡Cómo no, si D.<sup>a</sup> Elvira cuando era niña, teniendo dos años de edad, comió el pan de la libertad y de la emigración en brazos de su padre el renombrado marqués de Malpica-de-Povar interesado y comprometido en la conspiración del 41 que tan triste pago, aunque recibido con valor indomable, dió al heróico general D. Diego León!

La tertulia de la marquesa de Alboloduy ha sido siempre de las más animadas en Jerez.

Por su palacio han desfilado la nobleza, la banca, la inteligencia y el corazón.

Los pobres no llaman una vez á su puerta que ella misma no la abra y los socorra.

No ha tenido hijos, y *prohija* á quien no co-



noce, porque sí, porque es de su voluntad, y basta.

Atenta á los quejidos de la sociedad, trás el mirador de su casa observa lo que pasa de cristales afuera y manda acallar el oleaje, unas veces con su influencia, otras veces con su dinero y con sus limosnas.

Es muy católica, muy benéfica y muy esposa.

Como católica protege algo á los frailes dominicos que los tiene vecinos enfrente; como benéfica preserva á la niñez de la mendicidad que tantas malas semillas siembra en el corazón; como esposa lo es modelo, ejemplarísima.

Con todos estos títulos, sin seda ni coche, vive entre nosotros por temporadas, viaja mucho, y, siempre caritativa, prolonga los arranques generosos de su piedad lo mismo á Cádiz, en donde hace mil beneficios, que á Madrid donde su nombre y su prestigio figuran entre las listas que la nobleza española abre todos los días para atender á la indigencia.

Hoy busca tranquilidad y retiro, satisfecha como se encuentra de haber cumplido su destino en la tierra y practicado abundantemente las obras de misericordia.

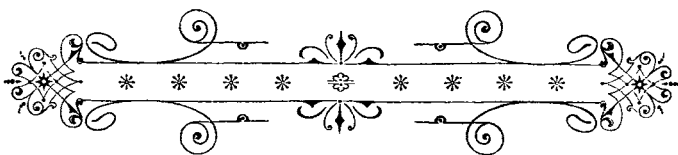
A su familia lega un nombre purísimo; la posteridad la recordará como incansable bienhechora; los orgullosos por la fortuna ó por los blasones la citarán, á pesar de todos los pesa-

res, como modelo de modestia y de bondad; los pobres como su paño de lágrimas; las madres de familia como su esperanza en los días de triste suerte; y Jerez, que la ha tenido tantos años como suya, dirá á sus hijos, á los que nazcan, señalándole para el Asilo de *Las Preservadas*:

—Hé ahí el monumento de gracia que dejó levantado la bondadosa Marquesa de Alboloduy.







D.<sup>A</sup> ELISA CARRERA Y ARAMBURU,  
VIUDA DE PEMARTIN.



Pedía el ilustre Mesonero Romanos prestado el estro á un amigo suyo para componer una sátira; y yo, francamente, no sé lo que pediría para seguir tratando, con la parsimonia y el aplauso que se merece, este asunto de *beneficencia* que encarna y toma vida tan robusta en las distinguidas damas jerezanas.

Aplicarle á todas lo mismo—por más que todas se *popularizan* bajo igual sentido y en igual esfera—resultaría monótono y pesado, máxime cuando cada una háse distinguido, particular ó públicamente, con predilección en este ó el otro concepto de la Caridad.

Y no desmerecen, os lo digo en verdad, en nada unas de otras. Quién dá de comer al ham-

briento; quién viste al desnudo; quién consuela al triste en sus quejas diarias; quién *visita á los enfermos*: obra de misericordia esta, la primera entre todas, en la que descuella y sobresale, como verdadera *heroína*, la ilustre dama que encabeza estos renglones.

D.<sup>a</sup> Elisa Carrera y Aramburu es de esos seres que Dios destina en la tierra para consuelo de los afligidos. Bondadosa y afable, llega al lecho del dolor donde agoniza el pobre falto, casi siempre, de pan del alma como, siempre, de pan del cuerpo que dán la salud completa; y desinteresada y *anónima*, modesta y caritativa al mismo tiempo, cual aconseja Dios, socorre abundantemente la desgracia, sin buscar el premio del mundo ni el aplauso popular que lejos de avalorar la acción meritoria, la empequeñecen publicándola.

El dicho de un eminente y práctico moralista puede muy bien amoldarse y aplicarse aquí por lo que toca y se refiere á D.<sup>a</sup> Elisa Carrera:

«El que visita al pobre en su miserable  
 »boardilla, y allí sin revelar su nombre ni su  
 »posición le socorre en sus necesidades, no dán-  
 »dole el dinero como se le arroja al perro ham-  
 »briento el pedazo de pan, sino llevándole tier-  
 »nas afectuosas palabras de fraternidad, de con-  
 »suelo y de esperanza, exhortándole al mismo  
 »tiempo á la resignación y á la práctica de la

» virtud, ése es el que hace la verdadera limosna  
 » y el que comprende la excelencia de esta im-  
 » portantísima obra á la voz social y religiosa.»

Indudablemente es así. La respetable viuda de Pemartin ha enjugado muchas lágrimas y satisfecho muchas necesidades en nuestra sociedad para que su nombre sea bendecido y alabado en todos los barrios. Aun hoy, casi imposibilitada por los achaques y por los años, todavía se acuerda de sus *pobres* y de sus *enfermos*; y ayudada y acompañada por sus hijos, los visita, los atiende y los socorre, dejando aquí, junto á la cabecera del moribundo, el *bono* para los alimentos; allí la palabra de consuelo al afligido; en otra parte la moneda que alivia á la desgracia; en todos lados el pan sustancioso de la caridad y de la religión como estímulos que no se apartan un momento del corazón y la mente de la distinguida señora.

Juzgando en sana ley sus obras, són obras de inapreciable mérito. Ha comprendido doña Elisa que la *limosna* es una de las—de misericordia—más aceptables á los ojos de Dios: y que al propio tiempo, como proclaman los economistas, que derrama un inmenso bién en la sociedad, hace que se distribuya en socorrer el hambre, la desnudez y las necesidades de los pobres y desvalidos, lo que había de gastarse en la disipación, en el lujo ó en los desórdenes.

«El lujo, la disipación y el juego han arruinado muchas casas,—dice un excelente libro tratando de este asunto,—la limosna no ha empobrecido á una sola.» Ejemplo apropiadísimo tenemos en la silueta presente y en otras muchas; afirmándose más, al mismo tiempo, para honra y gloria de las personas como D.<sup>a</sup> Elisa Carrera, lo que el P. Juan Eusebio Nierenberg pone en labios de cierta emperatriz: «El ser liberales y limosneros con larga mano, es oficio y obligación de un rey.»

¡Hábil pensamiento que demuestra con su elocuente laconismo cuánta grandeza encierra la *limosna* bien ejercitada y distribuida!

Y no es esto solo. Es que D.<sup>a</sup> Elisa Carrera, católica y cristiana algo fanática, no olvida, para bién y provecho suyo, lo que ofreció Jesucristo: «que lo que se hiciere en el mundo por cualquiera de los pobres, lo consideraría como hecho á su persona.»

Tanta fuerza imprime este propósito en su corazón, que se desvela y multiplica por hacer el bién, libre de las *bambollas* mundanales que no apreció nunca,—ni cuando era jóven, según cuentan los que la conocieron,—consagrada sola y exclusivamente á buscar la relativa felicidad de los suyos y de la humanidad.

De acuerdo con tan nobles sentimientos y poniendo en práctica á diario el ejercicio de las

obras piadosas, obedece y cumple al pie de la letra lo que expone un gran teólogo y sabio escritor:

«El huérfano cuyos órganos carecen del desarrollo necesario para el trabajo, el impedido, el *enfermo*, el anciano; todos cuantos sienten la imposibilidad de atender á su subsistencia por falta de medios de fortuna y de actividad, serían primero presa de la miseria y en último término de la muerte, *si la caridad no viniese en su socorro.*»

Así lo comprenden todas las damas jerezanas, y así también, ocupando preferente lugar, lo entiende la Sra. Viuda de Pemartin, no escatimando nada ni en dádivas ni en consejos morales.

Como justa recompensa á sus caritativos afanes, encuentra D.<sup>a</sup> Elisa, entre nosotros, una sociedad que la admira y la bendice, respetándola hasta tributarle *culto*, viendo en sus hijos la lógica sucesión de sus hermosas virtudes: que tanto dicen ese aplauso y alabanza populares con que hoy se la distingue y se le venera.

Envuelta en aureola de gloria pasará á la posteridad la mujer ilustre que, nacida en Jerez en 1831; educada en Cádiz donde formó y abrigó amores y relaciones; casada más tarde con el bondadoso é inolvidable D. José Pemartin; emparentada con las distinguidas familias de



Aramburu y Sicre; vuelve al pueblo natal para sembrar el camino de su larga vida de gratitudes sin cuento como le prodigan sus pobres, sus enfermos, besando su mano bienhechora, recibéndola con júbilo y aclamándola á voz en grito con el glorioso sobrenombre,—que por sí solo constituye un poema,—de *la Señora de la Junta*.

Porque D.<sup>a</sup> Elisa ha sido siempre la incansable *general* de esa importantísima Asociación de beneficencia que tantas obras piadosas realiza, ocultamente, en Jerez.





¡.....!

Queda esta página suelta, sin un nombre ilustre, en blanco, anónima.

Necesito ocuparla con algunas líneas que llenen el vacío, y, francamente, no encuentro á mano *álguien* cuyos méritos valgan la pena de mojar la pluma.

.....Nada. Por más que cavilo y doy vueltas en mi caletre á figuras y figurones, y barajo y rebarajo nombres, todos me vienen *anchos* para perfilarlos en una página.

.....  
*¡Te-Deum!* Ya encontré lo que quería, lo tengo delante de mis ojos, bajo los puntos de la pluma.

¡Alah te bendiga, oh ser místico y cuasi espiritual!

No creáis por esto que su pintura tiene nada de incentiva.

Es baja de cuerpo, morena la color, el manto al viento, ligera como una ardilla, correveidile, entrometida, regañona, catequista por obediencia y por necesidad, va siempre cargada de maldiciones que le endilgan en todos los barrios, se entra en las casas pobres, en las alcobas, sin que nadie la llame, inspecciona, registra, pregunta, y aquí gana un alma, y allí pierde otra, murmuradora, siempre en movimiento, oficiala redonda en materia de beneficencia, hace caridades á cuenta del bolsillo ajeno, oye misa todos los días, confiesa todos los días, reza el jubileo todos los días, arregla *matrimonios* todos los días y predica más todos los días que un buen misionero apostólico.

Verdadero *reporter* de la caridad, para adquirir noticias la quisieran muchos periódicos.

Todo Jerez la conoce; ella no se oculta—que bastante *callejea*—ni oculta su nombre; y los chiquillos, cuando la vén por los barrios, gritan á voz en cuello:

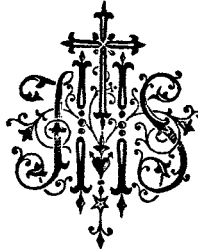
—Ahí vá D.<sup>a</sup>.....

¡Maldita pluma, romperse ahora!



# SEGUNDA PARTE.





## EL PADRE LUIS COLOMA.



Pluma nueva.

Al llegar á esta parte—ahora entra en turno el sexo fuerte—¿voy á empezar por un jesuita? ¿Y porqué no? ¿Acaso no tiene méritos?

—Y tantos.

¿No es de los nuestros?

—Si señor.

¿No nos pertenece?

—Como si no nos perteneciera.

¿Porqué?

—Por *aquello*, porque es jesuita, y los jesuitas barren siempre, con el padre Mir y sin el padre Mir, para adentro; y además, está muy lejos, en Deusto, ó en Madrid, ó por esos mundos de Dios.

Mejor que mejor. Así y por ahí está haciendo méritos para su pueblo en la tierra y para su alma en el cielo. Por lo que á él toca, bastantes travesuras y calaveradas hizo en su juventud. Lógico y justo es que tras del pecado vaya la penitencia con el arrepentimiento.

. . . . .

¡Qué tiempos aquellos, D. Luís!

Cosquillas me parece que, á través de la sotana, le hace el recuerdo. No hay que disimular por severidades de Compañía. Usted se ha puesto muy coloradote, y se ha sonreído, y...vamos, que si pudiera ser, y lo pasado pasado, volvería de nuevo á enamorar, y á intrigar, y á conspirar, y á bullir en el gran mundo, y á tener aquí un duelo, y atropellar allí á un ciudadano, ahora buscar á una tapada, luego citar á una pública, en fin, todo como antes, corregido y aumentado, y despues á la Orden, á la Compañía de Jesús, á hacerse un santo varón en cuerpo y en alma, y á escribir otras *Pequeñeces* con los mismos datos, con los mismos perfiles, con las mismas escenas tomadas del natural, arrancadas á viva fuerza, con su propio vigor y sus propios colores, de las tertulias de Jerez, de Sevilla y de Madrid: de Madrid sobre todo, donde diz que creo revolotea todavía la Currita Albornoz.

Aquí pudiera hacer punto y pasar á otra silueta, porque con lo dicho hay bastante, según

mi opinión, para saber quién ha sido y quién es D. Luís Coloma.

Me temo que desde Bilbao, ó desde donde se encuentre ahora, envíe sus plumazos por esta pintura, tan ligera y tan naturalista pero real é histórica, á las columnas de *El Mensajero*, sin misericordia al paisano ni distingos al admirador ni benevolencia al convicto y confeso.

Ayúdeme Vd., respetable Sra. Pardo Bazán, y Dios se lo premie y el padre Coloma me absuelva.

Tengo sobre la mesa una porción de datos tomados de todas partes, lo mismo que él tomó sus *Pequeñeces*, y no sé cómo ordenarlos para que la silueta resulte á gusto de los consumidores y del propio interesado ó cosechero.

Allá vá, y salga como salga.

Coloma nació un día ó una noche del año 1851. Ajusta, lector, los años que cuenta en el presente.

Pasó su niñez aprendiendo, de labios de su cariñosísima madre, Religión y Moral.

Así se formó su corazón para lo grande y para lo bueno. Veamos ahora el rumbo de su inteligencia.

Esta siempre fué precoz. Durante sus años de Instituto, Luís Coloma figuró, día tras día, á la cabeza de los estudios y á la cabeza de las *guerrillas*.



Vivaracho, travieso, juguetón, conspirador, inteligente, algo hipócrita, lo mismo pedía vacaciones y *hacia novillos* que se metía en la cabeza todo el latín y todos los clásicos.

Sus aficiones y sus fanfarronadas de valiente, como todos los chiquillos, le llevaron á buscar cumplimiento á sus deseos: y aunque Coloma sintiera en su fuero interno vocación por otra Arma, su orgullo, que lo tenía y mucho cuando niño, le hizo pensar en la Armada, ingresando, ya bachiller, en el Colegio naval de San Fernando.

Poco tiempo estuvo allí. No era aquel su destino. Buscó el camino de la Estación; soñó con Sevilla, con su hermosa Sevilla, y allí fué á meterse en el *buche* todo el Derecho. ¡Y vaya si lo alcanzó! Con una aplicación y un aprovechamiento que contrastaba con su *ausencia* de las clases, hasta el extremo de que en algunas asignaturas sus profesores conocían á Coloma en la hora suprema de los *exámenes*.

¿Y qué falta le hacía ir, y molestarse, y estar una hora escucha que escucha á Laraña ó al Barón?

Coloma se avenía más á sus gustos visitando las tertulias aristocráticas, intrigando entre las damas, conspirando en los círculos, enamorando á todas horas y entablando íntimas relaciones de acendrado respeto con la popular

literata Fernan Caballero—de quien copió mucho, hasta su estilo,—y de franca y leal amistad con la inspirada Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Ya tenemos á Luis Coloma hecho un poeta y un literato y un escritor, enviando, en todos los correos, trabajos á *El Guadalete* y *El Porvenir* de Jerez y á *El Tiempo* de Madrid.

Aquella vida de locuras y *movimiento* hubo de proporcionarle, no pocas veces, serios disgustos, algunos bastante graves, y en cierta ocasión hasta le llevaron á las mismas puertas de la muerte.

Conspiraba á ojos vista, y su casa, su cuarto, sus baules, eran registrados un día y otro por la policía, en tanto Luis Coloma, huyendo del *fuego*, se ocultaba aquí y allá, ó tomaba el tren y á Jerez se ha dicho.

¿Qué tal, eh? ¿Qué tal? Por esta época, cargado de pecados, cansado de tanto ejercicio, con una balumba de desengaños en el corazón y un mundo de conocimientos en la cabeza, arrepentido de todo, hastiado de todo, conocedor de todo, maestro en lo bueno y en lo malo, testigo presencial de cosas que parece increíble pasen á los ojos de la gente: en esta hora de su vida borró de un *plumazo* su historia accidentada; y libre de trabas, decidido, enfermo, viejo siendo joven, llegó solo á las puertas de la Com-

pañía, llamó, salió el padre guardián, pidió posada, y entró con la esperanza de tiempos mejores, como entró Cristóbal Colon en el convento de la Rábida.

Y ya tenemos, á los 23 años, á *Periquito hecho fraile*, es decir, ya tenemos á D. Luis Coloma hecho jesuita.

Aquí empieza la humanidad á padecer.

El padre Coloma, pluma en la diestra, se dispone á desenterrar todo el pasado, á descubrir todas las liviandades, á tildar todas las ligerezas, á acusar, revolucionario y sangriento, á cuantos cometieron un desliz ó le hicieron á él alguna trastada.

Misionero primero, novelista después, él mismo lo expresa: va á decir «verdades claras y necesarias que no podrían pronunciarse bajo las bóvedas de un templo, y para eso arma el tinglado en las páginas de sus *Pequeñeces*» huyendo del *fuego* que abrasó á su compañero el padre Mon, como huyó en el mundo de las persecuciones de la policía.

Sentencioso como nunca, contesta á los que le dicen que *rebaja el carácter sacerdotal con escribir cosas tan baladías*:

—«¡Como si la caridad se rebajara alguna vez, por mucho que descienda!»

Aquí lo tenéis contestando con aquella moral purísima que aprendió cuando niño, de la-

bios de su madre, y que no ha olvidado nunca, ni aun en las horas de sus travesuras de las que siempre se arrepentía.

Habla de las novelas con marcado desprecio, y á los que le llaman novelista, responde:

—«Hoy todo es cátedra, todo es púlpito.»

Eh, ¿qué tal? Ya asomó la oreja. Y lleva mucha razón, tanta, que con la pluma ha conquistado más almas que con sus sermones: aunque, después de todo, Coloma es Coloma siempre, lo mismo moviendo la pluma que moviendo y dando suelta á la lengua.

Arremete luego contra «las místicas Abadesas, contra las señoras muy del mundo, congregantes de San Luís,» y hasta, acordándose de sus—ya no diremos buenos—malos tiempos, «contra los jóvenes alegres.»

¡Bravo, padre! Deme usted la mano para besársela. No sé, no sé, cómo ha podido salir tal *factura* de la cabeza de un jesuita. Ni menos me explico cómo ha podido salir un libro tan grande por la puerta de la Compañía.

Que venga ahora Merimee á decirnos en el prefacio de su libro *Quevedo*, hablando de nuestra literatura,—porque *Pequeñeces* es una verdadera joya crítica y *literaria*,—«que es víctima de cierto género de desdén, y no sirve reponerse contra este prejuicio. Los que de letras españolas tratamos, vamos escaseando cada día

»más: nuestros nombres caben holgadamente  
 »en un renglon...Mis compatriotas prefieren  
 »atenerse al perentorio dictamen del Persa de  
 »Montesquieu, repitiendo con él que no hay en  
 »España sino un libro bueno, y es el que de-  
 »muestra la necedad de los restantes.»

Cuando Merimee escribió esto, *casi* llevaba razón; después de publicado *Pequeñeces*, huelga por completo aquel juicio tan atrevido.

¿Quién no conoce *Pequeñeces*? Ha producido esta obra más ruido y hecho más daño que un ciclón natural.

Con decir que todavía andan los magnates, desde 1890, buscando por los salones á Currita Albornoz, he aquí el panegírico: porque *Pequeñeces* vale por toda una biblioteca, mejor dicho, por todo un *mundo*.

¡Valiente libro! Trabajo costó el sacarlo y salvar las dificultades de censura y demás secretos de la Orden; pero, en fin, ya está en la plaza, y entre los bibliófilos, y en el hogar, y en el cerebro, y en el corazón.

*Pequeñeces* nació el último, y echó el resto á sus hermanos *Pilatillos*, *La Gorriona*, *Cáin* y demás novelas y cuentos, con su sal y pimienta y su recta y pura *intención*, como ha producido la castiza y fecunda pluma del ilustre y popularísimo jesuita.

¡Buena paliza llevan las «reinas de la moda

»que empiezan escotando los trajes y acaban es-  
cotando las costumbres!»!

Ahora vive achacoso y enclenque, sin cesar, por eso, de expurgar, á riesgo de su quebrantada salud, papeles viejos que enviar á *El Mensajero*: trabajando sin descanso y á todas horas, y gastando aquel hermoso cerebro que el insigne Pereda, extasiado, mira con lentes de larga vista.

El padre Coloma es ya hoy una *gloria nacional*.

Los *reporters*, esa plaga del periodismo moderno, le persiguen de muerte.

Los editores, esos vampiros de la inteligencia, le asaetean á diario.

La opinión le busca y rebusca en todas partes para saborear sus escritos.

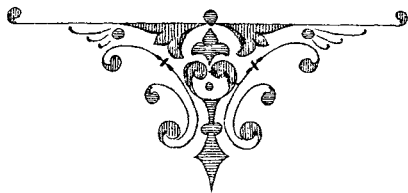
No hay que cansarse, señores. El padre Coloma, ajeno no pero sí indiferente á estos acechos, vive muy tranquilo en la celda contemplando las *grandezas* de sus *Pequeñeces*.

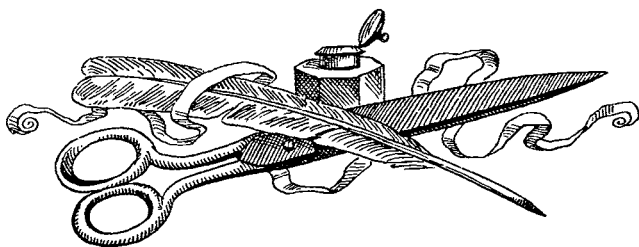
Ni Dios pasó de la cruz...ni el padre Coloma quiere armar con la pluma más ruido. Sus razones tendrá que yo respeto.

A pesar de esto, el daño,—si *daño*, se altercan en seguirlo llamando los interesados,—ya está hecho; la obra *rodando* por la sociedad española, y en la obra aquellos versos del poeta antiguo:

Del más hermoso clavel  
pompa del jardín ameno,  
el áspid saca veneno,  
la oficiosa abeja, miel.

Ahora que la sociedad, muy principalmente la aristocracia, siga el derrotero que quiera: pero no olvide que hay un padre Coloma, jesuíta y jerezano, que todavía puede cojer la pluma y pegar, como en sus *Pequeñeces*, fuerte, muy fuerte, hasta hacer sangre.





## D. JOSÉ BUENO Y NUESA.

---

Un nombre respetable, una fortuna hecha á pulso en los buenos tiempos del oro, un periodista á la antigua, un cristiano de buena ley, librero, industrial, trabajador, fibra, nervio, corazón, inteligencia.

Con estos colores y un buen pincel, es decir, con aquellos datos y una pluma bien cortada, silueta hermosísima.

Me falta lo principal, la pluma, y no es *hora ahora* de pordiosear favores.

Hagamos lo que podamos.

Confío en que el maestro, benévolo hoy, no querrá dar ningun palmetazo al aprendiz.

¿Empiezo? ¿Sí? ¿No? ¿En qué quedamos, don José?



Así le nombran y le llaman sus admiradores y sus aduladores, y Pepe Bueno á secas sus íntimos y contemporáneos.

Nació en Cádiz, donde han nacido tantos otros hombres ilustres: en esa cuna de la libertad que ha abortado siempre, viril y enérgica, monstruos de la inteligencia y glorias de la patria, como Mendizábal, Castelar, Moret.

No sé en qué fecha vino al mundo, ni me importa saberlo, ni él quizás se acuerde; sólo sé que allí pasó sus primeros años, muy pocos, jugando por el muelle y mirando hacia el puerto,—que diz mereciera ser de *libre franquicia*,—adonde cuarenta años más tarde llegara el inolvidable Prim envuelto en la humareda del incienso revolucionario y glorioso del 68.

Los que nacen en Cádiz nacen con las leyes progresistas del año *doce* metidas en la cabeza, y Bueno, más que en la cabeza, las arropó y las abrigó desde niño en su alma.

Así es, que cuando entró en Jerez acompañado de su buen padre, modestísimo librero de *viejo*, y de su otro hermano, ya entró con el morrión puesto.

El resto de su niñez y toda su juventud la pasó obscuro, aislado, pobre, excepto el detalle, por lo hermoso cuasi un poema muy digno de mención, de que, solo y por su propia cuenta, aprendió, detrás del mostrador, á leer y á escri-

bir, en tanto despachaba Catones, Catecismos, papel Iturzaeta, plumas y demás *zarandajas* que empiezan á formar el corazón y la inteligencia del hombre.

Aficionadísimo al estudio, dedicóse más tarde, también solo y también de su cuenta y provecho, á cultivar la lengua francesa hasta traducirla; y luego á conocer las Buenas Letras hasta tenerlas al dedillo, Literatura, Metafísica, Crítica, Autores clásicos, etc.: haciéndose, con estas *pequeñeces*, todo un *hombre* y un poeta y un escritor y un periodista.

Que yo sepa, por estos días, ni después tampoco, pudo alcanzar, hijo de su pobreza, un título académico, aun teniéndolo bien merecido y ganado.

Estamos en el año 1852.

Figuran en Jerez como hombres de génio, de actividad, de influencia, de pluma, de temple, el popular poeta D. Juan María Capitán, el eximio literato D. Juan Piñero y el eminente jurisconsulto D. Francisco García Pina.

¡Buen triunvirato! Han dejado á la posteridad sus obras para que las saboree, sus méritos para que los aplauda, sus nombres para que los venere y los reverencie.

Unióse Bueno al literato, á Piñero; dieron ambos forma á una idea, y juntos fundaron, en 6 de Abril del 52, el periódico literario y sema-

nal, á cinco cuartos el número y gratis á los amigos, *El Guadalete*.

Ellos solos no podían buenamente atender á todas las necesidades de la publicación aunadas con las *necesidades* de la vida; y, aprovechándose de gustos rayanos muchas veces en *chifladuras*,—así los calificaban por aquellos como por estos tiempos,—echaron mano del jurisconsulto y del poeta, de Garcia Pina y de Capitán.

Ya en franca liga y colaboración los cuatro amigos, *El Guadalete* dijo: *Aquí estoy*.

Y todavía está.

Al llegar á ese momento decisivo en la vida de Bueno, cimiento, base, piedra angular del edificio de gloria, renombre, fortuna, prestigio, y respeto en que ahora vive D. José, descubrámonos y postrémonos de hinojos, sin temor á que nos llamen aduladores,—¡en buenas manos está el pandero!—que la adulación no *puede* ni *sabe* entrar allí donde hay una naturaleza de hierro, una inteligencia volcánica, un corazón cristiano, númen, calor, color, fibra, nervio, voluntad, todo en lucha, todo en movimiento, todo en vibración, soltando chispas, atrayendo, repeliendo, vuelta á atraer, vuelta á repeler, luz, sombra, armonía, laberinto, á cuyo término aparece, como resultado práctico de aquel trabajo incansable, esa fortuna y esos laureles en

cuyos brazos y sobre los que ahora se duerme, viejo y achacoso, D. José Bueno y Nuesa.

Periodista y polemista como pocos, su pluma, su *castiza* pluma, ha estado siempre dispuesta al servicio de las buenas causas.

Jerez ha tenido y ha encontrado á todas horas en el Sr. Bueno un defensor entusiasta, y más que entusiasta habilísimo, y más que habilísimo acérrimo y constante de sus más caros y legítimos intereses.

Las campañas que ha reñido en la prensa son innumerables. Remito al lector á la colección de *El Guadalete*.

De la tanda de Abelardo de Carlos, fundador de *La Ilustración Española y Americana*, y de García de Arboleya, fundador del antiguo y ya extinto periódico gaditano *El Comercio*,—ambos escritores paisanos del Sr. Bueno, y á los que quería con pasión,—ha sido D. José en el periodismo como aquellos, una pluma temible por lo viril y enérgica y una tijera *inimitable* por lo hábil y acertada.

Con *El Comercio* debatió, en días mejores que los presentes, largo y tendido sobre la tan cacareada traslación de nuestro Instituto, alcanzando victoria gloriosísima *El Guadalete*.

Amante de todo lo progresivo y útil, no ha cesado nunca de endilgar editoriales en defensa de los ferrocarriles económicos y del teléfono

comarcano, que poniéndonos en comunicación con los pueblos de la Sierra, había de ser era de paz y de prosperidad para Jerez.

No ha escrito poco también con motivo del ferrocarril á Algeciras.

Tiene sobre su corazón el proyecto del nuevo Cementerio que tanta falta hace, y entre sus odios,—á más del apasionado por la traslación de nuestra Feria,—el odio implacable á Toro por aquella ridícula y ruinosa *Imposición* marítima de muy triste recordación é infeliz memoria.

Demócrata de siempre, aunque siempre encubierto, ha vivido de su periódico y de sus libros, dejando el mangoneo de la política para aquellos que toman á esta, y así hay muchos por aquí como por allá, como su *modus-vivendi* ó su *modus-negociandi*.

Republicano castelarista sin exajeración ni fanatismo aunque algo platónico, hále gustado más manejar la pluma anónima que darle suelta á la lengua en público, y escribir un buen artículo que va á todas partes y se lee y se guarda, á pronunciar un discurso, elocuente ó nó, que se lo lleva el viento y se olvida.

Ha tenido sus disgustos, sus intrigas, sus duelos, sus calaveradas, sus terquedades, sus rarezas, sus alzas, sus bajas, sus *banquetes*; pero Bueno, siempre en la brecha, en su observatorio, en su redacción, pluma en ristre, solo, rodeado

de periódicos que le cambian de todas partes, sobre las cuartillas ha vaciado su mal humor, y á la imprenta: y al día siguiente *El Guadalete* ha levantado más polvo que un ejército en camino.

Porque eso sí: D. José no fuma ni bebe pero escupe, y escupe fuerte, por el colmillo, cuando álguien pretende, sea quien sea, subírsele sobre las narices donde él no deja que se le monten más que sus gafas.

A larga y á corta vista parece un profeta con su barba que le llega hasta el pecho y mete miedo, cana, espesa y acariciándola á ratos, sobre todo cuando habla, que es bien poco, ó cuando escribe, que es bien poco ahora también.

Por su mesa de redacción han pasado infinidad de artículos, poesías, escritos, firmas, que han caido al cesto de los papeles inútiles, (entre ellos algunos de mis trabajos, y se lo agradezco) porque Bueno ha sido intransigente como Director, y á la gente que le *paga* el periódico le ha dado á leer siempre lo que debe leerse, bien escrito, bien compuesto y bien impreso.

No os he dicho nada de D. José como poeta.

Lo ha sido en otros tiempos, y muy *bueno*, muy inspirado, muy viril, con acentos propios de un Quintana: patriótico, enérgico, *fuerte*, de los que *pegan*.

Según cuentan sus íntimos, tiene todavía in-

finidad de poesías inéditas. ¡Lástima grande que no las quiera dar á la publicidad!

En estos últimos años, Bueno ha decaído mucho.

Los achaques y alifafes propios de la edad y de una vida consagrada con entereza al trabajo que tanto mata como honra, unidos á cruenta enfermedad crónica que le martiriza de continuo, lo traen á mal traer y lo desesperan todos los días y á todas horas.

Menos mal que D. José se encuentra, así y todo,—según él dice—con alientos para la lucha, y se ayuda á sí propio,—¿quién mejor?—metiéndose, diariamente, en el cuerpo, á la par que alimentos y algunos, magüer pocos, medicamentos, una dosis algo regular, más que regular, de paseos higiénicos dados, como todo Jerez sabe, con puntualidad *inglesa* de hora é itinerario.

Hoy escribe poco, casi nada, y corta mucho.

Apesar de esto—dados los giros extraordinarios de *información* que está tomando el moderno periodismo,—*El Guadalete* sigue entrándose todas las mañanas por debajo de las puertas; y Pareja, el acartonado Pareja, el administrador Pareja, pasando *recibo* y cobrando mensual y puntualmente las suscripciones, que son muchas, y los anuncios, que son muy caros.

¿Qué más? Ruíz, con sus sesenta años á cues-

tas, *hace*, como buen peón de brega, las gaceti-  
llas, los servicios municipales incluso el chava-  
cano *hotel-Gómez*, la Estación con sus expresos,  
sus correos y sus cortos, la Cárcel, Juzgados,  
Novenas, Quinarios, Tríduos, procesiones, tea-  
tros, festivales, etc.; en tanto D. José, el maes-  
tro, lee con parsimonia la prensa de Madrid y  
provincias, con fruición la de Cádiz, corta lo  
que le parece ó le entra en ganas, combina el  
servicio telegráfico, lo amplía, lo comenta si la  
noticia que han traído el hilo y el ordenanza vale  
la pena, manda toda la balumba de casos y co-  
sas á la *caja*, y no teniendo otra ocupación y  
libre ya de impertinencias, se sale, baston en la  
mano derecha y la izquierda metida en el bolsi-  
llo, por la puerta del foro ó de la redacción,  
cuando entra D. Juan J. del Junco con sus tra-  
bajos médicos y su *semana*, (que parece un mes,) *demográfica* y *sanitaria*.

A Evaristo—dice D. José—y coje escalera  
arriba ó calle abajo.

Ya está hecho, de pluma y de tijera, *El Gua-  
dalete* del día siguiente, sin necesidad de los ar-  
tículos *soporíferos* de D. Baldomero, *humorísticos*  
de Pío Barroso, *arqueológicos* y *pacienzudos* de  
Agustin Muñoz, *infusos* y *puro alemanes*, á ve-  
ces, de ambos Piñeros, (hijos del fundador), ni  
de las *novelas*, á céntimo el pedacito, de Gallar-  
do Lobato, ni de los *versos*, algo fiambres aun-



que huelen á magrillas calientes, de Gregorio Gómez.

Amigo Bellido, como ahora *no moja* Vd., se ha salvado por milagro. Otra vez será.

De la composición del periódico se encarga el regente Evaristo, y de la impresión, doblado, cambio, paquetes, *Pere-Gil*, chiquillos, tinta y luces, el bonachón de Martorell.

Pareja, antes que el fiscal, registra y *saborea* el primer número, y los serenos, antes que lo lean muchos suscriptores, lo *deletrean* de madrugada, *gratis*, á la luz que deslumbra de su farol.

Así cuenta que fueron pasando los días durante largos años, menos los domingos que son de fiesta, de descanso y de misa, y, últimamente *Los lunes ilustrados* de *El Guadalete* venían hechos é impresos de Madrid.

Como nota final y á la aparición del año nuevo, aparece también la *hoja nueva* de *El Guadalete*, y en ella la siguiente ADVERTENCIA:

«Atendiendo las *observaciones de gran número de nuestros suscriptores*, sustituimos desde hoy *Los Lunes Ilustrados* por una hoja de nuestro periódico, en la cual se insertará, además de *varios artículos*,» (aquí falta añadir algo de la *regadera literaria* que calificó muy oportunamente el célebre gobernador Carreño) «todas las *noticias que recibimos de otros puntos y las puramente locales.*»

Muy bien pensado, D. José.

Tan bien pensado como rara ha sido la manía de no pisar teatros hace una veintena de años ni asistir á festivales como los célebres y honrosos en honor del *loco* Cervantes.

. . . . .

Si señor. Año nuevo, hoja nue'va.

Y Z ó Zaide ó Tarfe—que todos estos seudónimos *gasta* y de ellos tira y afloja según el viento que corre—asustándonos con sus *muertes inopinadas* y sus *hierofantes sibilíticos*: cronista fecundo, erudito y eximio, con mucho de gramaticón, *haciendo* efemérides por día y artículos por minuto (?) para *entretener* deleitando—no siempre ha de ser *enseñar*—á los pacientes lectores de *El Guadalete*.

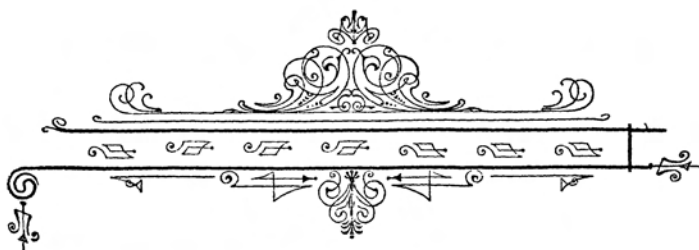
¡Cómo *cambean* los tiempos!

Entre col y col, D. José cumple *buenamente* con su apellido haciendo piedades, pagando misas y repartiendo limosnas que, aunque no sueñan, sabe todo Jerez que son muchas.

¡Dios se lo pague!







## D. GUILLERMO GARVEY.

*De tal palo tal astilla*, dice un antiguo y popular adagio, casi máxima; y en la casa Garvey háse cumplido al pie de la letra, elevando el ilustre apellido inglés á una altura inaccesible por donde solo vuelan las águilas y respiran los escogidos de Dios en esta tierra llena de miserias y rivalidades.

La popularidad del padre, del inolvidable D. Patricio, verdadero *patricio* y *padre* de los pobres en terreno extraño, ha pasado con creces á sus descendientes, aumentando, claro está, la gloria del antecesor que á manos llenas hizo piedades sin cuento cuando acudían todos, en horas tristísimas, á aquel corazón inagotable pa-

ra hacer el bien y socorrer por su propia y espontánea voluntad la desgracia.

De aquí nace, indudablemente, el respeto, y tanto como el respeto el prestigio, con que entran en la sociedad los hermanos Garvey, jerezanos de nacimiento, y las consideraciones, distinciones y privilegios que se le tributan en todas partes por cuantos, concedores de los méritos antiguos, los vén, no solamente conservados, representados y aumentados en su hijo don Guillermo, el mayor y jefe de la casa.

Según cuentan los ya viejos, hasta en el tipo recuerda en todo y por todo la simpática, bondadosa é inolvidable figura de aquél gran patricio para quien la humanidad era, digámoslo así, como una prolongación de su familia.

D. Guillermo Garvey y Capdeponet es, todos lo saben, un modelo del *perfecto caballero*, cristiano de verdad y de pura sangre, jerezano hasta la médula de los huesos, amante de los pobres como el que más ó más que el que más, comerciante á la antigua buena usanza, alto, coloradote, de 67 años, cabeza y bigote blancos, algo excéntrico como de origen inglés, muy modesto, muy afable, muy generoso, vinatero, *sportman*, y hombre cuya palabra ha sido siempre palabra de rey, para quien los negocios son negocios, las formalidades formalidades, la religión religión, la caridad caridad, los ricos

ricos, los pobres pobres: conceptos todos estos que le han granjeado esa aureola merecidísima de continua y diaria alabanza en que vive en Jerez.

Bajo su dirección y firma, con un crédito honrada y legítimamente asentado, la casa vinatera Garvey toma grandes vuelos en el mercado extranjero, empezados en tiempos atrás, con feliz fortuna, por el padre, muy principalmente en Inglaterra donde se encuentra el negocio perfectamente y con habilidad ramificado: negocio y crédito que nacen entre nosotros, pues todos sabemos hasta dónde llega el cuidado, esmero é inteligencia que pone D. Guillermo en conservar la *pureza* y hacer la *selección* de sus vinos con sobrada razon afamadísimos en todo el mundo.

Garvey ha huído siempre de la *mixtificación* que tantos perjuicios ocasiona, hace tiempo, á Jerez; mixtificación explotada, no por comerciantes honrados, por verdaderos *mercaderes*, sin otro afán que el del lucro, llenar bien la bolsa ó jugar á la idem y salga el sol por Antequera, venga ó no venga el descrédito,—desgraciadamente ha venido y lo tocamos:—que á tanto monta cubrir bien el riñón, arrastrar coche, ostentar escudos y blasones y demás *pequeñeces* con que la sociedad, inocente ó caprichosa, paga en todas ocasiones á quien *mal la sirve*.

Así es, que en la casa Garvey veréis pocos diplomas de Exposiciones; no leeréis nunca en la prensa *bombos* ni *reclamos*; las pirámides de su crédito y de su fama no tendréis noticia que las haya levantado el *charlatanismo* muy al uso; presenta sus vinos tal cual son, en rama, con su propia azúcar, con su propio color, oliendo á vino, sabiendo á vino, vendiéndose á su justo precio, sin regateos, sin obstáculos, vinos genuinos de Jerez que se han abierto por sí solos *paso* en todos los mercados: porque D. Guillermo, entre sus buenas condiciones posee la básica, la principalísima, de ser verdadero y honrado comerciante.

Tiene la cualidad también, como antes decía, de ser muy generoso y caritativo.

Su *caja* está siempre abierta.

Suena mucho como limosnero—mucha parte por respeto y en recuerdo de su padre;—y aun sonando tanto, dá y reparte y socorre mucho más que cuanto de *público* se dice.

Atrévome á asegurar que D. Guillermo es la persona que ofrece más limosnas en Jerez.

A creerlo de su boca—á tanto llega, no su mentira, su modestia—*hace*, como él dice, *lo que puede, que es bien poco*: y sin embargo, sus dádivas comprenden y abarcan á todas las clases sociales, *altas* y *bajas*: que lo mismo acalla el hambre y cubre la desnudez de los que vivieron en

la fortuna, y *crueledades* del tiempo ó *azares* de la vida los hundió en la pobreza vergonzante que no pordiosea de puerta en puerta pero sí busca á los corazones magnánimos, que enjuga la lágrima del pobre de siempre, menesteroso á todas horas, y á todas horas encontrando dadivosa la bienhechora voluntad y pródigo el sano corazón de D. Guillermo Garvey.

La lista de *pensiones* que salen mensualmente de su caja para inútiles, para huérfanos, para viudas, para *ricos*, para pobres, es una lista grandísima que D. Guillermo oculta modestamente, cumpliendo, como buen cristiano, con el precepto evangélico: *que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda.*

Como católico, oye misa todas las mañanas y reza el jubileo todas las tardes.

Caballeroso é hidalgo, no teniendo nada que temer, no se *rebaja* en escuchar en la calle á cuantos muchas veces le importunan ó le solicitan.

Es raro hasta cierto punto, genial en ocasiones, callado siempre, y gústale más llevar cruzadas atrás las manos y el bastón debajo del brazo, que el comer, que lo hace bien fuerte, y que el fumar, que se lo mandan de la propia Habana y de la mismísima y única Vuelta Abajo.

Nunca le ha *tirado*, como á otros muchos



opulentos, la política, y sin embargo, su firma, aparte el regalo de boda, la respeta y la atiende Cánovas más que la del cacique Genovés y tanto como la de Rothschild.

Malas lenguas le tachan un gran defecto, y que yo sepa, en Jerez no juega sino al *tresillo* ó el *bezigue*, en Madrid á la Bolsa, y en todos los hipódromos *apuestas*, cuando va, á favor, naturalmente, de sus caballos.

Y apropósito. He reservado para lo último su gusto predilecto y favorito en esta segunda mitad de su vida; su afición, su *sport*, que sostiene con el rango y el prestigio de su apellido y de sus millones y en concordancia con su ascendencia inglesa.

Garvey ha levantado en España, y principalmente en Andalucía, los entusiasmos por la fiesta hípica. Sus cuadras alcanzaron bien pronto renombre, y sus caballos, verdadera colección de proto-tipos en clase y sangre, los *Grandes premios* en todas las carreras. No escatima nada para montar la afición más allá del explotador, por entónces en España, Fernán-Núñez; y un día comprando y pagando á peso de oro, á *mil duros por aranzada*, los terrenos de *San Benito* en donde manda edificar cuadras-modelos y cultivar extensos prados de alfalfa, destinado todo esto para lo que en el *sport* se llama la *preparación*; y otro día abarcando parte de las llanu-

ras de *Caulina*, incluso el Hipódromo, y levantando cuadras para la *reproducción de pura sangre* y caballos *cruzados*; importando más recientemente el magnífico ejemplar *Norfolk*, como semental para esta clase de crías: *Príncipe*, *Ellermina II*, *Palatina*, *Atthol*, *Ducatry*, *Bizantina*, *Outlel*, *Lakmé*, *Leonidas* y el antes citado *Norfolk*, joyas solicitadísimas y admiradas son de las cuadras que, simplemente *por gusto*, sostiene, á *peso de oro*, el Sr. Garvey.

Ha conseguido más. Igual celebridad que á sus caballos, ha dado, haciéndolo popular, al que los prepara y los manosea y los lleva y los trae, jefe de las cuadras, Romariz, gallego de pura sangre y agarrado dialecto, como pudiera ser catalán ó valenciano, que, oscuro y olvidado un día, se codea ahora con lo más distinguido del *sport*.

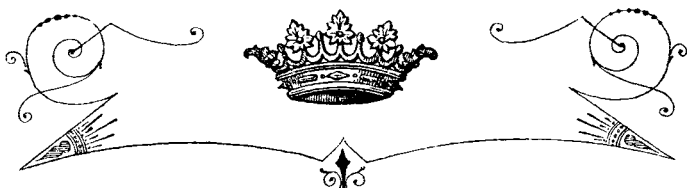
Tal como os lo he perfilado es, sin quitar punto ni coma, D. Guillermo Garvey, añadiendo á cuanto dejo dicho lo que escribió un articulista, el Sr. Vazquez Armero, hace muy poco tiempo, *biografiándole*, en las columnas del popular periódico *El Porvenir* de Sevilla:

«Jamás los halagos de una posición brillante oscurecieron su alma; no conoce el orgullo, ese gran defecto que el mundo indulgente llama debilidad y que para él constituiría casi un delito; es, en fin, uno de los pocos hombres

»del día que creen y profesan la máxima mora-  
»lista de que la modestia debe estar en razón  
»inversa á la posición social que la suerte ó me-  
»recimientos propios asignaron á cada cual en  
»este mundo de desigualdades.»

Así y aquí termina el biógrafo, y aquí ter-  
mino yo también, pues detrás de esta cuartilla  
me espera, y á ustedes, si siguen leyendo, detrás  
de esta página, una silueta de *tomo* y *lomo*, la  
del conspicuo liberal Duque de Almodóvar del  
Río.





## DUQUE DE ALMODÓVAR DEL RÍO



—¿Duque y liberal? Imposible,—dicen algunos.

Pues es posible, sí señor. Y muy posible. Como que era ya liberal antes que fuera duque.

Hijo único de un padre que peleó bastante por la causa en los días aciagos de Narváez, y de una madre—la respetabilísima D.<sup>a</sup> Isabel ya mencionada en otra silueta—que todavía sigue peleando en estos tiempos *monstruosos* de Cánovas, D. Juan Manuel Sanchez y Gutierrez de Castro tomó, para honra suya, las ideas liberales en la lactancia, y con las ideas liberales siguió avanzando, avanzando, hasta llegar, en bien de la patria y de todos según mi corto y leal entender, al libre-cambio que ahora acarician con nuestro duque, Azcárate, Moret, Lo-

pez Puigcerver, Eguilior, Gabriel Rodríguez y demás *gente menuda* de la política contemporánea.

Así como así, como os he dicho, no como otros muchos, es liberal D. Juan Manuel; y duque desde su matrimonio, en 1871, con D.<sup>a</sup> Genoveva de Hoces y Fernández de Córdoba.

Pasó D. Juan Manuel su niñez entre nosotros, corriendo por las bodegas llenas de ricos vinos y por los jardines cuajados de hermosas flores de su casa, oyendo, en su inocencia, los zambombazos de las asonadas diarias del 50 arriba, y aprendiendo cómo su padre, montañés de pura cepa, las *capeaba* desde el popular sitial adonde, como á Lopez Ruíz, le habían elevado sus méritos y servicios.

Aquellos días fueron de prueba para D. Antonio; y, como era natural, de aquella prueba participó algo el hijo, precoz é inteligente.

Entretanto, su cerebro se iba preparando para el estudio, cursando en el Instituto,—de fundación de familia,—las múltiples asignaturas del bachillerato con notable aprovechamiento.

Ya bachiller, y aspirante á político, buscó el cumplimiento de sus fines en el conocimiento del Derecho, y allá se fué á la Universidad de Sevilla donde dejó fama y renombre, como otros tantos jerezanos, de joven estudioso y decidido

para todo lo que redundara en favor y provecho suyo y del bien público.

Con la toga puesta sobre los hombros volvió á Jerez hecho un completo abogado y un perfecto liberal; y amistando con Cerron que veía en el opulento joven una esperanza de los tiempos presentes, lo animó y alentó, más de lo que él estaba por *cuna* y por educación, á la política; y en esta metióse de cabeza no sin antes viajar por todas partes, pues disponía sobradamente de medios, y copiar del natural, cual debe ser, de un país modelo, por ejemplo, Inglaterra, sus leyes y sus enseñanzas.

La base para un buen político está hecha, está ya formada: que no por correr tantas tierras ha olvidado D. Juan Manuel, y echado en saco roto, los consejos familiares y las tendencias, costumbres y *sacudidas* de su país.

Tiene muy presentes las fechas; las ha remachado en su memoria: **12, 23, 37, 68.**

Con esto nada más y alguna melaza oratoria acude, todavía muy joven, á los comicios: y primero *cunero* por Priego, donde lo nombran hijo adoptivo, ó, más exacto, de Azuero—desde esta época data su conocimiento con la casa de Hornachuelos y Almodóvar—y después por su propia tierra, por el voto de sus paisanos, se sienta una y otra vez hasta la presente, que es la sexta, en los escaños rojos del Congreso.

El rico se ha hecho prócer y Diputado. Dos conceptos de popularidad que hablan muy alto en favor del hombre cuando éste sabe regirse y glorificarse á sí mismo.

Voy á ordenar los datos y multitud de papeles y citas que tengo delante.

.....  
¡Caramba con el Duque, y qué orador me ha salido!

Congreso, Ateneo, Academias, Salón-Romero, *meetings*.

¡Vaya, que no ha desaprovechado usted el tiempo, ni ha paralizado la lengua!

Así, así me gusta.

Vedlo en el Congreso. ¿Quién ha hablado de reformas arancelarias? ¿Quién ha *tocado* á los alcoholes industriales? ¿Quién le ha aludido? Sea quien sea, ya está el Duque de Almodóvar pidiendo la palabra, poniéndose de pie en la tribuna, acabándose de abrochar la levita, sacando los puños, atusándose el bigote, peinándose con las uñas la negra barba, conversando y sonriendo con Vega de Armijo, paseando su mirada, algo bizca, por todo el Congreso, por abajo, por arriba, sereno, tranquilo, un tanto cómico... vamos, disponiéndose á hablar.

La palabra sale de sus labios fácil, correcta, castiza, acentuada, tribunicia, conmovedora, persuasiva, elocuente. No le importa quién sea

el enemigo, ministro ó aspirante; diputado dicho ó no en las lides parlamentarias; conservador, republicano ó carlista; sabio ó ignorante: él es liberal; tiene el asentimiento de Sagasta; conoce la materia al dedillo; la ha *machucado* más, hasta exprimirla, la noche anterior ú otro día cualquiera; y allá se lanza, arremetiendo con los unos y con los otros, muy atildado, muy diplomático, muy orador, asomando la intención á cada momento, sacando citas á granel, buscando el aplauso de las minorías, las protestas de la mayoría, los cuchicheos de los mestizos y la aprobación moral de todos desde el Presidente abajo.

Recuerdo la tarde, gloriosísima para Almodóvar, en que debatía con el sabio químico, honra y prez de nuestro profesorado, D. Gabriel de la Puerta.

Estaba sobre el tapete la ardua cuestión, ya muchas veces manoseada, de los alcoholes. Se habían estrechado las distancias tanto cuando el Duque empezó á hablar, que parecía imposible pudiera decir algo nuevo de interés á la Cámara.

Creían todos que aquel cerebro se vería *apuradillo*, sin fósforo que *gastar* en materia ya tan *gastada* y oída de labios de nuestros mejores oradores. La segunda parte del discurso fué parlamentaria y legislativa como pocas veces, y



con tanto tino, se ha escuchado en el Congreso español; la primera parte, ¡oh!, la primera parte fué eminentemente científica, repleta de sana doctrina, llena de conocimientos que no se adquieren *porque sí*, sino por el estudio, quemándose una y otra y cien noches las pestañas, *apretándose* á los libros, olvidando por algunos días los goces que dá la fortuna, las distracciones y ocios que acarrea la nobleza, sólo soñando con la popularidad, buscando gloria, renombre, fama, en justo pago á la defensa á campo abierto que, como buen patricio, hacía de los intereses generales y legítimos del país.

El triunfo fué para Almodóvar. ¡Qué mayor triunfo que pidiera de nuevo la palabra el ilustre químico D. Gabriel de la Puerta, *únicamente* para decir al señor Duque la satisfacción con que le había escuchado y cuánto de él *había aprendido!*

Pero no es aquí, con ser tanto y tan bueno como defensor entusiasta y enérgico de los intereses de Jerez y de sus aspiraciones, donde alcanza mayor realce la figura del ilustre liberal.

Sigámosle paso á paso en su carrera política, que bien lo merece.

Sus grandes talentos y merecimientos no le son indiferentes á Sagasta; y aprovechando don Práxedes la coyuntura del Poder, lo sube de

pronto al envidiable puesto, reservado á los escojidos, de la *primera* vice-presidencia del Congreso; y en ella un día y otro dá pruebas Almodóvar de su tacto y habilidad, hasta la entrada de Cánovas en que en franca lucha obtiene, y esto sí que es difícil, la vice-presidencia reservada á la oposición.

Hay más. Vuelve—en ese turno de los partidos—Sagasta al Poder; preside Martos el Congreso; cae Martos *estrepitosamente*; se discuten por aquellos días leyes tan importantísimas como la del Jurado y la del Sufragio Universal que garantizan los sagrados derechos del ciudadano; y allá le toca, quiera ó no quiera, y allá va el Duque de Almodóvar del Río á dirigir prudentemente, aunque con miedo, aquellos ruidosos debates, con aquella mayoría encrespada y descompuesta que arrojó de su sitial y silbó á Martos.

Ahí está el *Diario de Sesiones*, y ahí están puestas en práctica las leyes. Consultad y os convenceréis.

No por estas tareas desatiende Almodóvar los demás papeles, valga la frase, que le encomiendan; y un día va á la Comisión de Reformas Sociales y se codea y disgusta á Cánovas por su espíritu liberal en pró de la clase obrera; y otro día entra en la Junta del Censo y protesta y se escucha como á Salmerón; y otro día, ya

más cercano, preside la Comisión de Tratados y arremete contra Osma y Romero Robledo y Navarro Reverter. Oidlo. Quien nada debe, nada teme.

Los tres diputados habían dirigido á la Comisión acusaciones grandisimas.

OSMA dice "que se han otorgado concesiones no pedidas á las naciones que con nosotros habían negociado.,,

EL DUQUE DE ALMODÓVAR: "Y qué novedad es esta, Sr. Osma, tan versado como está S. S. en estos asuntos, qué novedad es el que algunas veces se ofrezcan y otorguen concesiones, ó se hagan rebajas en los aranceles, no solicitadas por una nación que negocia?"

Pues qué ¿no ha podido enterarse S. S., que ha hecho un estudio detenido de todas las negociaciones, no ha podido enterarse de que la anterior comisión de tratados (la conservadora) hizo tales ofertas y tales concesiones, y lo consignó así en las conferencias que están impresas, y que seguramente habrá leído su señoría?

Iguales palabras á estas empleó el Sr. Navarro Reverter en su sétima conferencia con los delegados suizos, conducta que yo entiendo perfectamente ajustada á lo que se ha practicado siempre en todo linaje de negociaciones, y es claro que esto se hace por varias razones; una de ellas puede ser conceder aquello que no tiene importancia para el país, *á fin de no conceder otra cosa que pueda costarle algo á la industria en su protección.,,*

Ya lo véis: transigiendo y tolerante al libre-cambista por servir el bien público.

Ahora le toca contra Romero Robledo, esta vez con empuje, con caballerosidad, enérgico, dando lecciones de maestro.

"Venía después otra acusación acerca de la cual el señor

Romero Robledo se permitió emplear vocablos que yo no he de juzgar, y que espero, sin embargo, no se repitan con frecuencia en esta Cámara; porque hablar de falsedades y mentiras sin aducir inmediatamente las pruebas, Sr. Romero Robledo, se califica por sí solo; no soy yo el que lo ha de calificar.,,

Eh, ¿qué tal? ¿pega fuerte?

ROMERO ROBLEDO: "Ya lo veremos.,"

DUQUE DE ALMODÓVAR: "Eso, Sr. Romero Robledo, no podría tener explicación en esta Cámara en un principiante; en persona tan experimentada como S. S. no tiene perdón.,"

Toque usted ahí y deme esos cinco, señor Duque.

Allá va energía:

"Sébase, de una vez para siempre, que las personas que han intervenido en esto, como cualesquiera de los hombres públicos que en España, con más ó menos merecimientos, pueden haber ocupado cargos de confianza con gobiernos liberales ó conservadores, son incapaces de decir falsedades y decir mentiras en perjuicio de su país, ni en perjuicio de nadie.

Úsase de esta clase de lenguaje con sobrada ligereza para que no se levante una protesta enérgica como la que yo hago en este momento contra el empleo de semejantes vocablos. En nombre de mis compañeros, y en el mío propio, consigno esta protesta, y digo y repito que necesitaré que se nos pruebe que hemos cometido falsedades y mentiras.,"

Y sigue el Duque, ahora con más templanza pero con igual habilidad.

"El Sr. Navarro Reverter nos decía con mucha elocuencia, con toda la habilidad que acostumbra S. S. á emplear:

—Vosotros carecéis de política arancelaria, camináis al acaso, váis con rumbo incierto, porque en vuestro partido no existe unidad de miras; nosotros vamos de común acuerdo, tene-

mos un dogma en el cual todos comulgan, somos los únicos que podemos resolver el problema arancelario.—

Pero, Sr. Navarro Reverter, si precisamente ocurre lo contrario; si una de las frases que se dicen por ahí y que van refiriendo las gentes, es la de que el partido conservador no tiene un criterio único en materia arancelaria.,,

*(Diario de Sesiones-Abril del 94.)*

Acabáis de oír al hombre político, de oratoria fogosa, intencionada, grandilocuente, que sabe herir pecho á pecho, sin encono pero con valor, noble, caballero, liberal de verdad, como le gusta á Sagasta.

Oigamos cuatro frases al libre-cambista en el Salón-Romero, y decidme después si cuanto he escrito antes no es pálido reflejo de los méritos que atesora el Duque de Almodóvar del Río para que lo tengamos muy pronto hecho Ministro.

Dice:

“Durante una vida, si no larga, en la que empecé muy temprano á aficionarme á la política, he profesado siempre ideas liberales en cuanto se refiere al desarrollo de la actividad humana; y de la propia suerte aplico el criterio liberal y considero la libertad condición necesaria para el desenvolvimiento moral del hombre y para el desenvolvimiento de sus aptitudes, como para cuanto á la producción se refiere.,,

Y más adelante, lleno de fé, exclama:

“Esperemos, señores, con calma el nuevo día, en que vencidos todos de la necesidad imperiosa é ineludible de volver la libertad al pueblo español, se crea que es la ocasión de abandonar ya estos criterios empíricos que se aplican para hacerle feliz.,,

Algunos, seguramente los menos, pudieran tenerme por apasionado ó adulator del ilustre prócer. No soy ni liberal. Lo que gusto, eso sí, es darle á cada cual lo suyo. Leed lo que dice un periódico de Cádiz que ha caído, milagrosamente, del cielo sobre mi mesa.

Vaya incienso:

“Dentro de nuestra provincia significa el Duque de Almodóvar del Río lo que el sol en nuestro sistema planetario, lo que la savia fecundante y vivificadora para el arbusto, lo que el rocío para las flores, lo que la libertad para el pueblo, lo que la esperanza para el desdichado. Hoy por hoy es el ilustre Duque de Almodóvar la esperanza de nuestra provincia, la garantía de nuestros derechos y una gloria legítima del partido liberal dinástico español. Por él tienen la seguridad absoluta de llegar á la meta de sus aspiraciones, todos los honrados y leales liberales que hoy anteponen la prosperidad de la patria, el bienestar y la salud del pueblo al ruín y vilipendioso medro personal.

El eximio prohombre liberal, es incansable: dispuesto se encuentra siempre á combatir sin tregua ni descanso la ilegalidad y la sinrazón, en defensa del pobre y del desvalido. Buscadle siempre para atacar la injusticia y siempre le hallarán firme en su puesto; jamás abandonará la brecha abierta por el poderoso ariete de su elocuente y persuasiva palabra, hasta conquistar el ideal nobilísimo que inspirara sus hidalgos ataques. Jamás le veréis retroceder ante el peligro; jamás le veréis temblar ni palidecer ante el enemigo; el genio de las victorias le anima, sostiénese el entusiasmo y su insaciable espíritu de dominar al contrario llévale á conseguir triunfos inmarcesibles, que hoy rodean su noble frente con la honrosa aureola del patriota.,,

¿Queréis mejor silueta? Oigo á algún malicioso murmurar que el periodista estaría de ve-

na ó de *estómago*. No lo sé ni me importa saberlo. Por lo que á mí toca, necesito decir, y valga por lo que valga, que nada tengo que agradecerle.

Recuerdo de una tarde, (y perdona lector) que fui, no á visitarle, á buscarle. El portero pasó aviso y el Duque recibíome en un amplio salón bajo, izquierda, destinado á biblioteca, por cierto bastante hermosa y lujosa, bien ordenada, mejor conservada y perfectamente catalogada que habla muy en favor de quien, sea quien sea, la cuida, la desempolva y la manipula.

Allí estaba el prócer, entre sus cinco mil volúmenes compartidos en instructivos, recreativos y raros, arrellanado en un confidente, leyendo ó estudiando. Incorporóse, nos saludamos, yo tímido, él cortés y afabilísimo, le expresé el objeto de mi visita, y, no se me olvidará nunca, él quizás no se acuerde, atendió la visita pero no satisfizo el objeto. Se me *escapó* por la tangente con esas salidas y preámbulos, torpes las unas y hueros los otros, de todos los políticos. Yo solicitaba de su influencia,—sin acusarle la defensa que siempre había hecho del Duque en algunos periódicos,—solicitaba, decía, un humilde destino.

No creáis por esto que no es servicial. Lo es y mucho. Los marqueses de Vega de Armijo

y de Comillas, sus íntimos amigos, responderán de la serie de peticiones que, para *servir* á sus paniaguados, les ha hecho Almodóvar del Río.

Ha servido también al pueblo obrero en la causa de su redención y de su libertad: dentro siempre del *justo medio* á que le obliga el partido en que milita, pagándole aquél con un respeto casi rayano en culto y custodiándole, contra las infamias de los exaltados, su persona y sus intereses.

Cuando viene á Jerez,—el menos tiempo posible pues la política lo trae ensimismado en Madrid,—se conoce á escape, observando el movimiento de personas y asuntos que relucen en el Círculo Liberal, consagrado el resto del año á una tertulia puramente *recreativa*.

Es madrugador, estudioso, y aquí, entre nosotros, se levanta con el día, vístese á la usanza andaluza, monta á caballo ó en coche y á la *Soledad*, á velar por su viña que tan buenos mostos produce en todas las cosechas.

Quiere á sus parientes como á hermanos; mima á sus amigos sin petulancia; atiende á sus correligionarios sin adulación; y Jerez entero, y la prensa, vé en el Duque de Almodóvar una personalidad notable é ilustre que honra muy mucho al pueblo en que ha nacido y por cuyos derechos é intereses se desvela á todas horas.



Como abogado ha figurado poco, por más que en cierta ocasión, allá por el año 84, puso su toga, con empeño y ruido, al servicio de las buenas prácticas, acusando elocuentemente ante los Tribunales los atropellos y arbitrariedades electorales de los conservadores de por *acá*: amaños y pucherazos que tan notoria celebridad dieron al alcalde de Trebujena.

Con todos estos merecimientos, Almodóvar no ha podido ser todavía Ministro, y os voy á decir, en secreto, el *intrínquilis*.

Siendo Gamazo de Hacienda, cuando pregonaba á voz en grito sus tan ruidosas economías, proyectó gravar á los cosecheros de vinos haciéndoles paganos del impuesto de Consumos. Almodóvar, por interés propio y en defensa de los jerezanos, protestó enérgicamente de aquel absurdo, dando al traste con los sueños del discutido hacendista.

¿Queréis creer que esto, y solamente esto, *jugó* la cartera para la que el Duque estaba *encantarado*?

Pero no es tarde. Por mucho que puedan sobre Sagasta las influencias de Gamazo, se ha empeñado Vega de Armijo en hacerlo Ministro, y lo será, pese á quien pese, nuestro ilustre paisano el Excmo. Sr. Duque de Almodóvar del Río.





## GUERRERO HERMANOS.



Nadie lo ha dicho pero todos lo saben, que: *la unión constituye la fuerza*. Esta gran verdad yo no he de negarla,—¡libreme Dios de tamaño absurdo!—pero no me negaréis ustedes tampoco, que los hermanos Guerrero vinieron al mundo con el cimiento formado, con una base, con *posibles* según se dice, muy gráficamente, en lengua vulgar: hijos de un modesto labrador que poco á poco y ayudándole la suerte—según la propia frase de su padre D. José—fué *labrando* su crédito y su fortuna hasta la adquisición en propiedad de *Romanito*.

Solamente así se explica que el padre pudiera *costear carrera* á los hijos, enviando,—*á todo trapo*,—á D. Pedro á la facultad de Medicina y á

D. Rafael y D. Ramón á la Escuela General de Agricultura.

D. Pedro, el mayor, se hizo médico, profesión que no ha ejercido nunca, salvo cuatro tópicos que, *por necesidad*, aplica de vez en cuando,—si no hay otro que *talle*,—á sus colonos de la Sierra.

D. Rafael y D. Ramón se hicieron ingenieros agrónomos; viajaron, después, *mucho* por Francia, Inglaterra, Alemania y Bélgica; vieron por sus propios ojos y estudiaron las industrias y explotaciones agrícolas de los distintos países; y con una balumba de conocimientos en la cabeza y sobrado talento natural para digerirlos, llegan, de vuelta, á Jerez; *métense* en el campo haciendo, principalmente D. Rafael, una vida cuasi *selvática* durante veinte años; aplican todos los progresos y todos los adelantos, incluso los suyos propios, al fomento de la agricultura y de la ganadería; empiezan la *utilización* de los prados, cosa indiferente hasta entónces para los demás labradores; practican la *henificación*; y, suma sumando, van llevando á la labranza hoy este detalle, mañana la *primera* trilladora, pasado el levantamiento de establos para el ganado y para el almacenaje del heno: en tanto D. Pedro arbitraba recursos, muchas veces como Dios le daba á entender, que no alcanzaba á tanto la *bolsa* de la casa para lo que

los ingenieros desde el campo le demandaban y le pedían.

¡Oh suerte felicísima! En esto viene la tan renombrada *Desamortización*, y con ella la diosa Fortuna, caprichosa y sin pedir permiso, se entra de *rondón* por la casa de la calle Barja.

D. Pedro, *jugándoselo el todo por el todo*, adquiere infinidad de terrenos de *Propios* en los términos de Jerez, Puerto Real, Paterna, Medina-Sidonia y Alcalá de los Gazules; toma *El Marrufo* como *filón* de sus atrevidos cálculos; busca, encontrándolo, en el seno virgen de aquellos vastos alcornocales el *tesoro escondido*; y la explotación corchera, indiferente también para los labradores jerezanos y hasta para nuestro Municipio en su hermosa riqueza, adquiere vuelos *ruidosos* y *productivos* bajo la habil dirección del cerebro que discurre dentro de D. Rafael; se pagan los plazos al Estado, unas veces con *puntual religiosidad*, otras veces *rabiando que mordiendo ó arañando* de todas partes y hasta cayendo bajo las afiladas garras de la *usura*: porque eso sí, D. Pedro, tratándose de *á plazos* todo lo compraba, *á la propia California*; y asintiendo en estas audaces operaciones, en todo y por todo, su otro hermano D. Manuel, el apellido Guerrero abrióse *crédito*, sumó *dehesas*, multiplicó *ganados*, compró *maquinaria*, tomó renombre, con *unión*, con inteligencia, con *fondos*, sin

osadía, algo prudencial siempre: que los señores Guerrero cuando han proyectado algo le han dado á la idea cien y cien vueltas, la han estudiado mucho, la han madurado más, buscando el fin práctico y *rentístico* antes que formar el principio teórico muchas veces disfrazado con ilusiones.

D. Pedro era—como me decía un íntimo amigo de la casa—el Ministro de Hacienda; don Rafael, (q. s. g. g.) el Ministro de Fomento; don Ramón, el *detallista*, el hombre de las minuciosidades y el Director de Obras públicas; y don Manuel, el hermano querido para el que todo estaba *bien* y nunca ha protestado de los planes de los anteriores.

Así, y solamente así, han hecho su fortuna de **12** á **14** millones y su nombre que suena y se afama, principalmente por la cría caballar, en todo el mundo.

Respecto á la agricultura, ya os he dicho que la utilización de los prados unido á la siega y recojida de la yerba de los *manchones*,—hasta entonces descuidada,—dieron base á esos grandes *almacenados* de heno que, en más de una ocasión, salvaron á su ganadería de una *muerte segura*, cuando todos los demás ponían el grito en el cielo por la falta de lluvias y la falta, por consiguiente, de pastos.

Y los mismos cuidados que llevaron á la tie-

rra, llevaron al fomento y explotación de la ganadería.

Retiraron de la trilla,—*huyendo de los abortos y malos partos*—á todas las yeguas de vientre, adquiriendo la *primera* máquina trilladora Ransomes que vino á Jerez y que después de largos y prácticos servicios guardan y respetan como una *reliquia* en *Romanito*; consiguieron la *monta anual*, no conseguida hasta entonces por otros ganaderos; y con estos procedimientos y las edificaciones rústicas, según su franco entender, obtuvieron con **200** yeguas más potros, de hermosa estampa, que con sus *ochocientas* la tan renombrada ganadería de la viuda de Varela.

Los caballos de Guerrerro han ido después á todas las Exposiciones y á todos los mercados del mundo, obteniendo *siempre* los mejores premios en Sevilla, Madrid, París, etc. y pagándose á *como han querido venderlos*, siempre á altos precios, lo mismo de *silla* que de *tiro*.

No cesan de refinarlos, adquiriendo en el extranjero, algunas veces á precios fabulosos, ejemplares magníficos de sementales con que reforzar la cría, sin olvidar por eso el celebérrimo origen cartujano de los suyos,—dígalo el memorable *Aguilillo*,—que le vendieron *in illo tēpore* Celis y Zapata, ganaderos muy afamados.

Con ser tanto el renombre de los Sres. Guerrero Hermanos por lo que respecta á la ganadería caballar, no es en esto, ni con mucho, donde ellos tienen sus principales intereses. Las *cabezas* de vacuno, lanar, cabrío y de cerda son más numerosas que las del ganado caballar; las cuidan y estudian con solicitud é inteligencia y allá van á rendir pingües productos en las principales ferias de Andalucía.

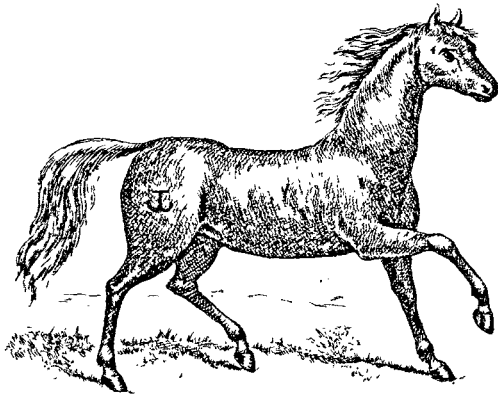
Por lo que toca al corcho,—filón inagotable,—fué, puede decirse, para los Sres. Guerrero Hermanos su *tabla de salvación* en aquellos días en que D. Pedro *abarcaba con todo*. Por aquellas vastas dehesas pobladas de alcornoques entró la cuchilla *desbornizando* y limpiando cuanto la naturaleza en largos años había producido: explotación nueva en esta región, en 1860, y que *sacó á flote* á la casa Guerrero de los *mil apuros* en que se vió cuando la *quiebra ruidosa* del Banco de Cádiz y la compra atrevida de *bienes desamortizados*.

El Municipio de Jerez, *haciéndose de sentido* según la frase vulgar, comprendió la importante riqueza que tenía en parte de su término, y al *habla* con los Sres. Guerrero Hermanos, contó, desde entonces acá, con una abundante fuente de *ingresos*.

Hoy viven los Sres. Guerrero de su fama y de sus millones, sin dormirse sobre los laureles,

antes al contrario, dominado ya el negocio,—ó negocios,—con facilidad grandísima siguen la explotación agrícola y pecuaria, aumentándola con los últimos adelantos de la ciencia y de la industria: que no páran de introducir novedades para que las penosas faenas del campo, bajo las cuales sufre las inclemencias del tiempo y del trabajo el labriego, se suavicen y se vayan sustituyendo, á pasos agigantados, por la maquinaria á la altura en que ahora se encuentra, como diciéndole al pobre gañán:

—Tú eres un ser inteligente, que siente, que piensa, y no debes ejercer el oficio reservado por Dios á la *bestia*.









## D. JOSÉ DE LA HERRÁN.



Pocos, muy pocos son los hombres que llegan á la vejez, si la alcanzan, con las genialidades y rarezas de carácter, rectitud en intenciones y honradez sin mancha de cuando eran niños.

Un ejemplo singularísimo contra los vicios y corruptelas de estos tiempos, más que ejemplo, prototipo, es el Ilustrísimo Sr. D. José de la Herrán y Lacoste.

Sus méritos en el buen y en el bien sentir alcanzan á tanto y se elevan tan alto por cima del cúmulo de miserias, debilidades y ambiciones infundadas que nos rodean, que imposible callarlos, muy al contrario, hay que darlos á conocer más de lo conocidos que están á la opinión, sinónimo de dar á conocer al hombre.

Tacharánme algunos, los envidiosos y egois-

tas seguramente, de darvinista y escrupuloso en esta selección natural, casi forzada y violenta, que hago de figuras ilustres; pero bueno es sentar, de una vez para siempre, el precedente y el látigo, dando á cada cual su lugar y dejando correr la pluma, no á impulsos de conveniencias, pasiones, influencias ó padrinzagos, sino movida por convicción propia y con la elocuencia y veracidad de los hechos que implican fama y renombre merecidos.

No puedo creer en manera alguno que se necesite tronar tanto como un Cánovas ó relampaguear tanto como un Castelar, sino sentir afectos íntimos hacia el pueblo,—cual los sintió en su día el ilustre patricio D. Rafael Rivero,—para que la posteridad tribute veneración y culto á los que en vida practicaron el bien *sin mirar*, ciertamente, *á quién*.

Y cuenta, que si á los hechos que son públicos se suman los privados *cuasi públicos*, razón sobrada existe para que el hombre, cual acontece con D. José de la Herrán, se eleve hasta el pedestal de su gloria por sí mismo, sin las *indiscreciones* del libro ni del periódico que en escueto laconismo, y para no herir modestia, pudieran solamente decir parodiando á Campoamor en sus antiguas siluetas:

*Este es un hombre honrado, y nada más;*  
*este es un hombre honrado, y nada menos;*

calificación difícilísima de hacer en estos tiempos de progreso y de *irregularidades*.

Es cierto, ciertísimo, que cada época, como cada hombre, tiene su espíritu. Algunas veces se compaginan. En el Sr. la Herrán ocurre, á mi entender, este fenómeno.

Nació en el Puerto de Santa María el año 1822, cuando los primeros liberales estaban próximos á volver del destierro y con ellos la fe en las ideas y el entusiasmo en los corazones; en aquella década, ó doble década, época de idas y venidas en que los hombres sensatos y de carácter se templaron y educaron acomodándose, muy oportunamente, al *justo medio*, huyendo de las exageraciones, *patriotas* más que políticas, que perturban el sentido y hacen caer, irresistiblemente, en los extravíos y las locuras.

En tanto las correrías populares seguían su desordenado curso y se encendía y apagaba y volvía á encender la guerra civil, el joven la Herrán cursaba con notable aprovechamiento Humanidades en Jerez y después Derecho en la Universidad de Sevilla, obteniendo siempre la nota de *sobresaliente*, premio justo y meritísimo al talento y á la aplicación.

Ya hecho todo un abogado, con la materia criminal en la cabeza y el Código penal al dedillo, determinó, en sus constantes aspiraciones, ingresar en el Cuerpo, ó carrera, fiscal, siéndolo

nombrado, al poco tiempo, de Hacienda del campo de Gibraltar con residencia en Algeciras, en cuyo cargo, apesar de ser tan joven pues casi no contaba veinticinco años, rayó á *gran altura* debido á sus vastos conocimientos jurídicos, á la rectitud desapasionada en sus informes acusatorios que le valieron no pocos triunfos ante los tribunales, y en suma, á su palabra elocuente, correcta, castiza, concisa, *al grano*, sin el prosaismo empalagoso que si seduce no convence: méritos que hicieron al Sr. la Herrán ser conocido en los barrios bajos con el sobrenombre de «*el fiscalito*».

Así pasó algún tiempo en Algeciras, querido de sus compañeros y superiores, respetado de todos, hasta su traslado de Oficial primero á la Dirección general de lo Contencioso, y más tarde, en 1852, propuesto y nombrado Abogado fiscal de la Audiencia de Manila, aumentando en aquellas lejanas tierras españolas sus conocimientos, su nombre y su fama en cuantos negocios le llevaban al estudio, y demostrando á la vez,—sin faltar al sagrado cumplimiento del deber que para el Sr. la Herrán ha sido objeto de eterno culto,—hasta dónde pueden aunarse y darse la mano la piedad y la justicia.

Desde su llegada á Filipinas hasta el primer regreso, accidental, el año 55, hizo la Herrán,—aparte el cargo fiscal—un conocimiento,

más que práctico, *especialísimo* de las costumbres y corruptelas de aquel país, internándose, á veces, en los caseríos y bosques indios sin miedo á los instintos feroces y criminales de aquella raza salvaje, en busca de instrucciones que, armonizándolas con las arideces del destino oficial, formaban un precioso complemento, á su juicio preciso, para el mayor brillo y esplendor de la recta y justa aplicación de las leyes.

No hizo en valde aquel estudio. A pedir de boca vinieron los sucesos.

Por aquellos días fué nombrado Capitán general del Archipiélago filipino el afamado militar D. Manuel Pavia y Lacy y allá trasbordó con su corte de paniaguados y amigos, *trasegando*, de golpe y porrazo, todo el personal *oficial* existente, incluso la magistratura.

El ilustre Rosales, cesante, primero, y después el Sr. la Herrán, en vísperas de cesar, volvieron á España, trayendo á lo que entonces era Dirección general de Ultramar, certificaciones escritas de aquella conducta que ellos, y todos, juzgaban arbitraria.

Noticioso el General de la acusación y oposición que en Madrid le hacían, y sospechando que el Gobierno, por conducto del Director general Vazquez Queipo, había de ponerle los puntos á las *ies*, dimitió antes de cumplir el tiempo reglamentario de mando, sustituyéndolo

Norzegaray, y cruzándose Pavía á su regreso con la Herrán que iba, viento en popa, nombrado Alcalde Mayor primero Gobernador Civil de la provincia de Manila.

De sus actos durante los tres años, 56 al 59, de gobernación, me remito á la prensa del país, que nunca escatimó la alabanza para el hombre probo y honrado, modelo de Alcaldes, gobernador y administrador al mismo tiempo, *higienista* en el mando á lo Moisés, exacto cumplidor de las leyes y con ojo avizor buscando siempre el preservativo que evita á tender el látigo que castiga y engendra el odio.

No para en esto solamente su celo y su actividad, lo que el Sr. la Herrán llama, muy convencido, *el cumplimiento del deber*.

Hijo querido de su madre España, se convierte en constante perseguidor y ojeador del filibusterismo y del separatismo, siempre latentes, hasta el extremo de que en su tiempo de gobierno una tranquilidad absoluta y completa paz octaviana reinó en la provincia de Manila.

Norzegaray le estaba muy agradecido.

Los cambios políticos que no admiten, desgraciadamente, distingos, obligaron, en 1860, al Sr. la Herrán volver á España y á Jerez, decidiéndose entonces, moderado á su manera, por alejarse de los vaivenes que nuevamente se inician como en los años de su infancia: y encon-

trándose al mismo tiempo algo enfermo, resultado de su permanencia en Filipinas, se prepara y dispone á *chupar* muy tranquilo la breva de la *pasividad*, cuando le sorprende, primero la Revolución, después la Restauración, y con la Restauración la Alcaldía nuestra, en Noviembre del 75 hasta el 77, necesitada á la sazón, más que nunca, de un hombre enérgico, de nervio, muy honrado y muy digno.

¡Destino difícil! La Herrán aceptó sobre sus hombros la pesadísima carga, y nombrando, primero al Sr. Laffita, y después al competentísimo y *habilitísimo* hombre de Administración, Giles, para la Secretaría, entró por la casa del pueblo,—todavía oliente á pólvora,—acallando murmullos, contentando á los disgustados, organizando, *administrando*, metiendo en cintura á todos, *grandes* y *chicos*, incluso á los agentes municipales á quienes *les leyó la cartilla del deber* empezando porque deben *saber leer y escribir*, cosa que ahora anda problemática, *conocer las ordenanzas*, para muchos hoy *griego ó arabe*, trato de gentes y demás *menudencias* que acusan el grado de cultura de un pueblo.

Su permanencia en la Alcaldía es recordada de todos, y la prensa local, como la de Manila en otra época, aplaudió muy mucho tan altas y honradas dotes de gobernación, deplorando que las circunstancias políticas obligaran al Sr. la



Herrán bajar del elevado sitio que reserva á los buenos el pueblo.

En 1885 fué nombrado, debido á sus muchos méritos, bibliotecario honorífico de nuestra Biblioteca Municipal, cargo que ejerce todavía, llevando á aquella sus iniciativas y sus talentos con un celo merecedor de todo encomio, ora haciendo reformas de importancia como la colocación de un hermoso estante de hierro en el salón de lectura, ya adquiriendo y sumando á los 10.000 volúmenes coleccionados multitud de libros, muy principalmente, dadas sus aficiones, en *francés é inglés*, abandonando *algo*—sin que se tome á crítica—lo que produce nuestro rico ingenio español, bien, y esto representa un trabajo impropio de algunos años, ampliando y terminando el catálogo que dejó planeado el ilustre hombre público D. Manuel de Bertemati y Troncoso.

El Sr. la Herrán, raro y genial para todo, lo es también en la Biblioteca, *prohibiendo*,—sobre Reglamento que nada dice,—el *fumar* durante las horas de lectura y estudio, orden arbitraria ésta que no le perdono pues bastantes *sofoquinas* me hace pasar y sufrir en esos momentos en que el hombre *echando humo* al aire reconcentra su atención y su pensamiento.

Igualmente es raro,—por más que esto lo hace con su cuenta y razón,—dando *entrada*

no solo á la prensa local y provincial, sino también á la de Madrid en los tres órganos mas caracterizados del partido conservador, *La Epoca*, *El Nacional* y *El Tiempo*, como indicando que á serle posible nos traería de vez en cuando al propio Cánovas para que nos diera conferencias políticas de *ocurrencias conservadoras*, *internacionales* y *sociológicas* desde el balcón del estante de hierro.

¡Paciencia! ¡qué le vamos á hacer!

Hasta aquí el la Herrán público.

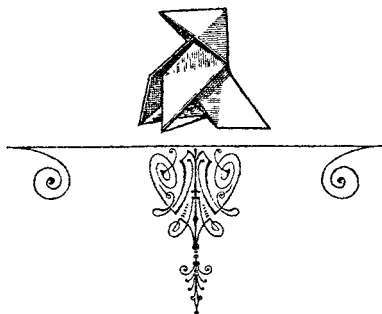
Necesito decir algo de la Herrán en *sociedad*, y valga la frase.

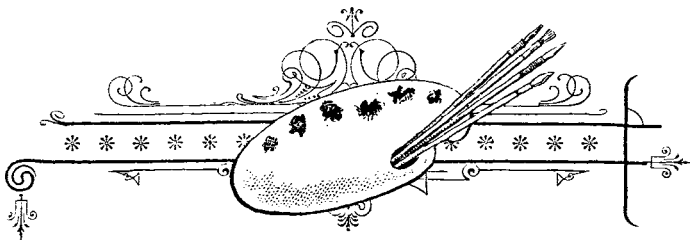
Es muy sibarita, bastante *comodón*, raro como él solo, jovial y gracioso á veces, seco ó burlón á ratos, nervioso á todas horas, descarado, sin caer en grosería, cuando una cosa no le gusta, é igual le suelta una fresca al mismísimo lucero del alba que al doblar de una esquina hace una caridad.

Su vida está llena de anécdotas, de cuentos, de detalles que perfilan muy á las claras al hombre.

Como buen católico oye misa de doce *casi todos* los días, reza el jubileo por las tardes, y, verdadero sobrino de su tío el patricio Rivero, también todas las tardes acude á los comedores de las Cocinas económicas á *regañar* con los pobres, llenos los bolsillos de *bonos* que reparte,

entre regaño y regaño, como pan bendito, repitiéndole á unos la ración pues se han quedado con ganas, ó facilitándole á otros un vaso de vino que le entone el desfallecimiento, en tanto D. José de la Herrán con su conciencia tranquila y su cuerpo acartonado vá pasando los días satisfecho de estar cumpliendo en la tierra la misión sublime de piedad aconsejada por Dios á todo *caballero cristiano*.





## D. GERMÁN ÁLVAREZ ALGECIRAS.

---

Visitando yo, no hace mucho tiempo, una Exposición de pinturas, escribí en un álbum un pensamiento pobre como mío pero que encaja aquí, como anillo al dedo, para dar comienzo á esta silueta.

Decía así: «Negadme que el artista penetra con los ojos de la intuición—ha dicho un gran escritor—donde no pueden penetrar los sabios con el raciocinio; negádmelo aquí en esta sala, á la vista de tantas filigranas de lo bello, y os diré que no sabéis sentir.»

Tal pensamiento sugerido con la espontaneidad que dá la admiración, puede repetirse frente á un artista, á un verdadero *artista* como Álvarez Algeciras.

Su firma se paga á peso de oro como la de los buenos maestros, como lo que es: un hombre que *siente*, un *genio*, con inspiraciones propias, revelador de la hermosura eterna, creador de obras varias, dictador de leyes sin conocerlas, obediente á una vocación, á un *mandato* que le hace llevar al lienzo fantasía, forma y colorido.

Germán Álvarez Algeciras honra á su pueblo y á su patria.

Cuando se dispone á pintar un cuadro no lo medita lo sueña, y del sueño brotan, como ráfagas creadoras, inspiración, luz, conjunto, detalles, sentimiento, hermosura, y su alma presente y adivina el paraíso más angélico y más encantador que lo soñara en sus horas de inmaculada inocencia el primer hombre, Adán.

Sólo así se es artista. No hay que alambicar la imaginación ni fundir el crisol como hace el químico hasta encontrar la esencia de las cosas, *piedra filosofal* de sus penosas investigaciones; ni como hace el fisiólogo que electriza los nervios de la rana ó afistola el estómago del perro provocando un funcionalismo artificial para sorprender misteriosa vitalidad orgánica; ni como el astrónomo que tras las lentes potenciales vé, cual el padre Sechi, en sus ratos de iluso las constelaciones harto desaparecidas hace ya millones de millones de años: el artista—

y Álvarez Algeciras lo es—«siente en sus nervios agitados como un arpa eólica, ha dicho un ilustre escritor, la chispa eléctrica antes que haya estallado por los aires, y en su corazón, abierto á todos los afectos, el choque de los dolores sociales antes que los haya sentido la misma humanidad, y en su mente, agitada por la creación continua, pensamientos todavía no nacidos en la mente universal, genio más que hombre, un semi-Dios.»

Parodiando el refrán, *lienzos cantan*. Las obras de Germán Álvarez son todas obras maestras. Las Exposiciones se disputan sus trabajos, productos siempre de *indolentes* pinceles, y los buenos aficionados á las bellas artes pagan por aquellos la *prima* de la *extrema superioridad*.

Así y todo pinta poco, muy poco, y pocas veces para el público.

Recienvenido de Roma, adonde le llevó su afán de conocer lo grandioso y creador del arte; con los recuerdos frescos y los modelos en la imaginación y los colores en la retina, sintió *ganas de trabajar* siendo todavía joven; y allá se iba al campo, á los jardines, en busca de luz y de naturaleza y de alegría y de *soledad* para dar suelta á los geniecillos caprichosos y atormentadores que instigaban porfiadamente su imaginación.

Entonces nos dió obras de factura inimitable

y complicadísima por sus detalles, colorido, expresión y belleza como el popularísimo cuadro *El bufón del rey*, expuesto en Sevilla y adquirido, sin regateos, en suma elevadísima—10.000 pesetas—por D. Alfonso XII.

Acuarelas, paisajes, bocetos lucen en museos y salones; todos de su propio inspiradísimo cuño; vaciados en troqueles cuasi divinos; cuadros que son la envidia y admiración de cuantos por voluntad del artista, por gusto y afición y sentimiento hacia lo bello, ó por bienes de fortuna han logrado poseerlos y adquirirlos.

Necesítase para pintar así una naturaleza ardiente, apasionada, acometedora como tiene Germán Álvarez aunque no lo parezca ni él procure descubrirla.

A juzgarlo por su trato, por su modo de ser, por su vida pacífica, entre sus amigos, en las tertulias, en familia, Álvarez Algeciras parece que se ha olvidado del arte y sus inspiraciones: cosa que *lastima mucho* en estos tiempos de tan pocos genios. Sin embargo, no es así. Buscadlo en la Academia de Bellas Artes y lo veréis dirigiendo un nuevo *plantel* de artistas que reciben del maestro sus dibujos, sus modelos, sus colores, su expresión, sus genialidades, á guisa de una compenetración íntima tanto como la advocación que él siente por la Naturaleza.

A Germán Álvarez se debe muy mucho el

fomento y apogeo en que ahora vive ese gran Centro de cultura artística y pictórica que se llama «*Academia de Bellas Artes.*»

Forma en primera fila junto á nuestras glorias nacionales Pradilla, Villegas, Gonzalo Bilbao, Moreno Carbonero y Garcia Ramos; y—permítame que se lo diga—es *criminal* lo que hace: acordarse de los pinceles por *lustros* para crear una nueva obra como *Los primeros pasos*, que copió del natural tomando el fondo de los jardines de Agreda, y vendió en Madrid—por mano de su hoy difunto tío el Excmo. Sr. don Antonio Álvarez—en 12.500 pesetas, ó para guardar en el fondo de su estudio las maravillosas producciones *Escenas del Quijote*, *La playa de Sanlúcar*, *Salida de misa*, *Una terraza*, *Escenas familiares*, ésta trazada y llevada al lienzo en Jimena, y su última y monumental *La visión de fray Martín*, admirable estudio sobre el grandioso y difícilísimo poema en verso libre de Nuñez de Arce: unión *graciosa* de artistas: cuadros todos honra y prez del autor y orgullo de este pueblo que le vió nacer en 1848.

Suma también á la colección un *dibujo* habilísimo propósito de la tristemente memorable inundación de Consuegra.

Gran parte de sus trabajos están repartidos por los salones de la nobleza y de la riqueza, poseyendo varios los Sres. Duques de Al-



modóvar del Río y D. Manuel C. González gran aficionado á todo lo *bueno*.

Germán Álvarez pasará á la Historia—también el arte tiene sus *reyes*—con el sobrenombre de *El Indolente*, que á tanto le ha llevado la fortuna heredada años atrás de su tío: á la completa holganza ó á trabajos inocentes y caprichosos de *cajas de píldoras* en ésta ó la otra *rebotica* famosa.

Hijo del popularísimo D. Germán, comerciante modesto en telas las más *baratas* de todas las fábricas para surtir á lo más *pobre* del pueblo y surtirlo á *dita*, facilitando, por tal sistema, las operaciones comerciales en beneficio del menestral: nuestro artista ha heredado de aquél un corazón bondadoso y caritativo que prolonga á sus hijos enseñándolos á practicar las obras de misericordia.

De medio cuerpo arriba, principalmente la cabeza, delinea los contornos caprichosos del pintor de genio; de medio cuerpo abajo, principalmente *su andar*, acusa el descompasado *ritmo* del andaluz rústico.

Para concluir. Juan Montalvo en su *Obra póstuma*, discurrendo sobre el Arte y los artistas—tesis que aquí cuadra muy bien—dice lo que copio al pie de la letra:

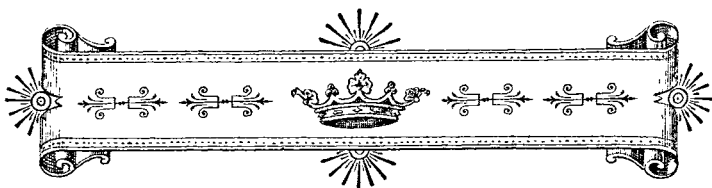
«Hay en el museo del Vaticano un departamento que abriga tres cuadros, «La Transfigu-

ración» de Rafael; la «Comunión de San Jerónimo» del Dominiquino; y «El Descendimiento,» de David de Bolterre, las tres obras maestras de la pintura moderna. Viajero que en mudo recojimiento permaneces en ese recinto sagrado, ¿quién es el hombre intonso que sobre su caballete, el pincel en la una mano, la paleta en la otra, está mirando con religiosa intensión á la pared del frente? Es un discípulo obscuro de una escuela sin nombre? un copiadore desprovisto de inventiva? un caballero novel en el campo de las buenas artes? no: estos no recelan en el pecho la audacia grandiosa que enciende el convencimiento de la propia superioridad, y tímidos, humildes buscan teatro que más diga con sus aptitudes. Ese hombre cabelludo, de ceja poblada y ojos distantes uno de otro, es quizás Sir Yoshúa Reynolds, Horacio Vernet ó Mariano Fortuny.»

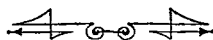
Añadamos, como *zagüero* á este último, á nuestro paisano Álvarez Algeciras—con perdón del autor del *mejor libro* que yo he leído desde hace mucho tiempo—y habremos puesto término glorioso, cual lo merece, á esta silueta, una de las más simpáticas entre las presentes.







## MARQUÉS DE CASA-PAVÓN.



Aquí hay que hacer alto y mojar muy bien la pluma.

No se perfila así porque sí, tan deprisa, la arrogante, esbelta y popular figura del Sr. Marqués de Casa-Pavón.

Datos, antecedentes, documentos oficiales, papeles viejos, su pasado, su presente... su porvenir, incluso su tipo que lo tengo como una pesadilla retratado en mi imaginación, cuanto necesito está al alcance de mis ojos y de mis manos, y, sin embargo, confieso que no sé por dónde empezar. Tanto respeto me causa.

Pero, qué demontre, manos á la obra.

D. Francisco Javier López de Carrizosa y de Giles es el primogénito de su casa y por tal

*gracia* lleva; muy honrosamente por cierto, el título de sus mayores cuyo despacho primitivo, ó decreto de concesión, data de 1706.

Es D. Javier muy alto, muy flaco, muy aristócrata, muy marqués, algo egoísta, algo presuntuoso, un tanto político, jerezano sin pasión, con barba rubia y bigote *sui generis* aunque todo suyo.

Como mayor es el que tiene más talento práctico y más experiencia (de toda la familia,) y vale más, mucho más, aunque algunos no quieran, que su hermano el marqués de Mochales; es más hacendista que Mochales, con más *mundo* que Mochales, otro *ojo*, otra atracción, más *sociología*, y conoce desde lejos más á fondo á Cánovas y á Elduayen que Mochales desde cerca.

De joven, aunque no es viejo, estudió en Sevilla, mimado por Laraña, la carrera de Derecho, haciéndose abogado por lujo y por *moda*, sin ejercicio, sin pleitos, porque dicen que eso *viste* muy bien. Y no porque á D. Javier le guste vestir con *gran elegancia*.

Su fuerte, su gran fuerte es el *mundo*, la sociedad, el conocimiento de las personas en lo que ha salido—¡Dios le conserve la vista!—un perito de lo más fino, dejando la política para las ocasiones y acariciando á todas horas la diplomacia.

Conoce y toca muy bien la cuerda *electoral* y huele cuando está en sazón el *puchero*, aunque esto lo aprendió de Camacho del Rivero y del señor de horca y cuchillo, invicto alcalde de Trebujena en sus buenos tiempos de amigos.

Ha sido entre nosotros de todo, comenzando la carrera de sus honores y de sus triunfos por el humilde cargo de Concejal para figurar más tarde de Alcalde, Diputado provincial y...¡zás!, de un salto, sin perder el equilibrio, Senador.

Así como suena, Senador.

Pero hay más. A poco de esto, las influencias de una parte y de otra la voluntad omnímoda de Cánovas y demás elementos de peso, lo nombran,—contra viento y marea de los servidores leales—Senador *vitalicio*.

Y ya tenemos al marqués de Casa-Pavón *hecho* todo un influyente padre de la patria. Mejor para él... y para nosotros.

No se crea, sin embargo, que la vida de la Corte le inquieta mucho. ¡Cá! Más tiempo se lleva en Jerez atendiendo á su casa, y hace perfectamente, que en Madrid.

Porque eso sí: su casa solariega con su administración intrincada de propiedades urbanas y rústicas, y bodegas repletas de selectos vinos, y negociaciones con el Estado, y documentos aquí y allá con su interés por supuesto, su casa no la abandona nunca.

Como que preside y dirige, bajo su responsabilidad de segundo padre, los Consejos de familia.

Hay que admitir que D. Javier es muy trabajador y muy madrugador.

Yo creo que durante la noche sueña con lo que tiene que hacer al día siguiente.

Es lo que él dice, ó, si no, lo digo yo por su cuenta. Entiendo el trabajo—habla el marqués—como lo definía Concepción Arenal:

*«Un esfuerzo inteligente y sostenido que produce un resultado útil. Es decir, que no solamente son trabajadores los que trabajan con las manos.*

*En primer lugar, con las manos solamente nadie trabaja, porque en el trabajo más mecánico entra siempre cierta cantidad de inteligencia, así como en el más elevado hay siempre algo material.*

*Trabajan igualmente el que hace una teja y el que hace una ley; el que cepilla una tabla ó corrige un verso; el que amasa el mortero y el que combina los sonidos para producir una melodía; el que lleva una camilla y el que estudia los medios de aliviar ó curar al enfermo; el que construye un muro para encauzar la corriente de un río y el que medita sobre el modo de contener el desbordamiento de las pasiones humanas.»*

Y yo he de añadir, con perdón celestial de la ilustre escritora, que trabajan *igualmente* (?) el albañil que sube á un andamio, por ganar el pan

de cada día, y se cae y se mata, que el aristócrata que por ganar honores arroja parte de su fortuna á la calle en busca de réditos y recompensas.

A el primero, antes de darle sepultura lo descuartizan en la sala de auptosias y después... al hoyo del olvido.

El otro pasea en coche sus *mercedes* públicas.

Dispénsame, lector, esta pequeña digresión—así creo que se llama—ó este paréntesis.

Volvamos á D. Javier.

Nunca ha necesitado de medios *viejos* para hacerse un hombre.

Todos lo recordarán como Alcalde.

Corrían los tiempos conservadores del 84.

Sobrino y tío tenían cojida por el mango la sartén administrativa.

Ayudándose mutuamente, llevaron al seno del Municipio una serie de proyectos que aplaudió la opinión pública y *bombeó* con ruido la prensa.

El nombre del marqués de Casa-Pavón sonaba y era respetado por todas partes. Yo mismo le endilgué, desde mi garita, algunos sueltos que casi oían desde lejos á adulación. Su Alcaldía fué visitada y felicitada como pocas. *Al Cesar hay que darle lo que es del Cesar*, pese á quien pese. Por aquellos días—corría el mes de Marzo—se acordó la fundación de la Escuela.



*depósito* para niños vagabundos, asunto que ahora tanto se cacarea; y al marqués de Casa-Pavón se debe, y á su energía, como administrador del pueblo aquel *golpe de gracia* ó golpe ejecutivo de *embargos por Consumos* que hizo vacilar los cimientos del edificio en que se parapetó la —por entonces en minoría—clase extractora de vinos.

Hechos de esta índole hunden ó elevan á los hombres, y el marqués de Casa-Pavón tuvo la felicísima *suerte* de salir airoso y triunfante de tan arriesgada empresa.

Hasta ese extremo llegó la rectitud y entereza del ilustre marqués que, apartando flaquezas y convencionalismos, se batió en buena lid, cumpliendo con el deber que le encomendaron sus conciudadanos.

Siempre contando con el hábil asesoramiento de su tío D. Francisco de Giles por aquella época Secretario *perpetuo* del Municipio.

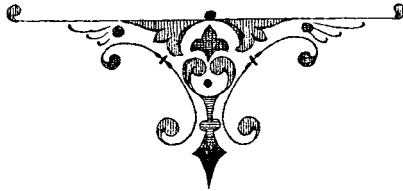
D. Javier salió de la Alcaldía por la puerta grande, por donde salen los hombres honrados, con la frente alta, limpio de toda culpa, sin mancha de ninguna clase, entre aplausos de la opinión y dejando un grato recuerdo y un *modelo* que imitar de su paso por la difícil y comprometida administración pública.

Como Diputado provincial hizo tan poco que más bien puede decirse se dedicó á sembrar

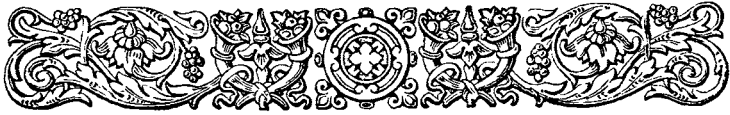
en el jardín de Genovés—conste, señores, que el jardín de que hablo no es el Parque—que á leer presupuestos y expedientes.

Vanidoso sin alarde, prototipo entre los suyos, gústale, como á todos los que se encumbran por sus propios méritos y cuentan con influencias, tener *su corte* de admiradores, de adula-dores y de amigos que le *acompañen* hasta su casa; y, finalmente, hasta para los casos apura-dos tiene su *boticario*, inventor—cuentan ya que famoso—de las *píldoras políticas*.

Amigo *Lavoisier*, sabía lo de apóstata pero ignoraba lo de inventor.







## D. PEDRO SIMÓ Y ONETO.



Confieso francamente que, para mí mismo, ésta es una de las figuras más simpáticas del libro.

De poca talla corporal y mucha talla intelectual, *Ecce-Homo*.

Grueso, morenote, con una fisonomía *sui generis* que parece amasada por las propias manos de algún genio, y un si no es panzudo: de perfil y de frente acusa lo que es, todo un hombre modesto, discreto, liso y llano.

Su frente algo amplia y espaciosa, reveladora de una inteligencia educada á las grandes ideas, y su mirada pequeña viva y centelleante dicen muy mucho para el prejuicio que todos se formán cuando lo tratan por primera

vez. Y cuenta que es muy afable y muy franco.

No encontraréis empresa, asociación, proyecto, algo *positivo* donde no figure, unas veces por voluntad é iniciativa propias, otras buscado adrede.

Joven todavía,—algo más de lo que parece,—hombre de ciencia y de jurisprudencia cuyos títulos guarda con modestia plausible, comerciante de antiguo cuño y buena fé, mercantilista sin explotación, *dominador* del negocio que trae entre manos, (el negocio de vinos *genuinos* de la tierra que se disputan á porrazos principalmente los alemanes,) hablista castizo, padre cariñoso, buen amigo de sus amigos y excelente ciudadano.

Pero por encima de tantos timbres—yo le llamo *timbres* y lo son—lo que más me agrada en Simó y cautiva á todos es su modestia.

Cualquiera que lo vea no cree que le adornan tantos méritos. Y, sin embargo, los tiene.

Viste casi como un menestral—pocas veces usa el traje de *oficio*—y piensa como un Voltaire. No precisamente como un Voltaire. Voltaire era escéptico y Simó es creyente. Más que creyente es cristiano.

Un día, feliz para Jerez, llega á la Cámara de Comercio y desde la Secretaría presta alientos viriles con su actividad y su inteligencia á la Asociación, alientos que, como anuncios de

tiempos mejores, *repercuten* en toda España y alcanzan á los oídos y al corazón de los poderes públicos.

Otro día sube, contra su gusto, á la presidencia del casino más aristocrático y *rancio*,—Casino Nacional,—y hábil unas veces y emprendedor otras en la marcha, administración y fomento del mismo, su paso por aquella Directiva anótase con orgullo y se señala como *modelo* que todos deben imitar, escribiendo su nombre entre páginas de gloria donde se aunan amistades, consideraciones, respetos y ese sentido práctico, *tanto ó más práctico que social*, muy difícil de amoldar al carácter *vario* de todos los que forman un Círculo.

Aquí le buscan para una gran empresa que acepta después de mil luchas consigo mismo; allá le llaman para resolver áridos problemas que interesan al porvenir de Jerez; en todas partes lo solicitan como hombre de iniciativa y de energía para luchar contra los vientos de tempestad que levanta toda idea *nueva*; y siempre en la brecha, le llevan á todas partes, ora á dar impulso al Sindicato Vinatero que fracasa, no por culpa suya, por culpa del *destino*; luego á la Compañía de Electricidad que se *derrumba*, y que gracias á su *gerencia* se rehace y entona irguiéndose fuerte y robusta para aprestarse á los desafíos y embates económicos de

otra Compañía, *La Madrileña* del Gás, que egoísta y feudal quiere acapararlo todo, informalidades, infracciones, influencias, compadrazgos y dinero: siempre negocio y barriendo para adentro.

A todo esto no he dicho nada del Simó *político*. Cosa rara en nuestro país y en un hombre de genio: Simó no es político. No le ha *dado por ahí*, valga la frase, y ha hecho muy bien.

—Choque V. esos cinco, D. Pedro.

La política en España, como en todas partes, no acarrea más que disgustos y enemistades.

—Que su pariente el Duque de Almodóvar le ofrece la Alcaldía?

Haga V. lo que hizo en otro tiempo. No entrar por uvas.

—Que insiste y le *cobea* para *votarlo* Diputado provincial?

Están verdes, primo.

—Pero hombre, tú me eres necesario.

Tengo ya bastantes ocupaciones.

—Tienes talento.

Tanto mejor.

—Conseguirás nombre.

No lo quiero.

—Te encumbrarás.

*Ó lo otro.*

—Vamos, ¿aceptas ó no?

¡Qué pesadez!

Y el Duque cede ante la negativa del primo.

Porque Simó, á mi juicio, vale, sin política, sin bombos, sin ruido, sin alharacas, sin *populacheria*: así, á la *sordina*, con su propio nombre, apegado á su negocio, libre de compromisos, esposo, padre, amigo, ciudadano, con sus debilidades y defectos si queréis, Simó vale por muchos jerezanos. ¡Ojalá todos fueran del mismo temple!

La sociedad le respeta, los amigos le admiran, el pueblo le quiere, saludanlo todos, le adulan *algunos*, le buscan, le traen, le llevan, ésto es por algo, y hasta la prensa que en ocasiones, tal vez con su cuenta y razón, tal vez por gusto, mancha con la baba de la envidia ó de la calumnia sus columnas, siempre y en todas ocasiones ha tenido para Simó una frase de elogio, un suelto de aplauso, una pluma dispuesta á la alabanza *no vendida* porque Simó no compra por vil metal lo que no debe á sus propios merecimientos.

Baste decir que esta silueta le traerá disgustado. Pero ya está en la calle. ¡Paciencia!









## D. GUMERSINDO FERNÁNDEZ DE LA ROSA.



Dispénsame, lector, que te abandone soltando por breves instantes la pluma. Necesito salir de este humilde cuchitril, tomar aire, luz, pasear un poco, respirar fuerte, ordenar las ideas, que ya me siento bastante abrumado y doliéndome mucho la cabeza con tantas cuartillas, lo menos quinientas, como llevo escritas atrás.

Puedes acompañarme si gustas, seguro de que no has de venir en arrepentimiento, y quizás tú, solo y por tu propia cuenta, repitas después el paseo todos los días.

¿Me preguntas que adónde vamos?

Vamos á la salida del pueblo, al campo, á darle juego al pulmón y vida á la sangre y colores al pensamiento y alegría al espíritu: espa-

cio, oxígeno, iris y tranquilidad que encontrarás sintetizado en muchas partes de las afueras pero muy principalmente, por su proximidad y atractivos, en la Granja-modelo.

Aquello es amplio, hermoso, poético. Luz y alegría por doquier. Verde esmeralda el prado; claro-oscuro el olivar; florido rosado el jardín; despidiendo salud y *vida* el *vivero*; aquí la yunta de bueyes que arrastran y ahondan el arado; allí el labriego *escardando* la siembra que crece erguida y lozana; más allá campo, más campo, mucho campo, todo para la experiencia, para la enseñanza, verdadera escuela de Peritos agrícolas; bajo aquel cobertizo.....calla, si ya llegamos.....aquello es la maquinaria, segadoras, trilladoras, locomóviles, etc.; á esta parte la hermosa casa de labor y de ganados; á esta otra, blanqueando entre los plantíos, la casería principal; vén, vén conmigo, él es.....

—¿Quién?

Aligera el paso, hombre; viene de tomar las medidas meteorológicas que lees diariamente en la prensa; ya entra.....

—Pero ¿quién es aquél señor?

¿Que quién es? ¿No lo has conocido? Es la inteligencia *directriz* de cuanto miras á tu alrededor; la cabeza privilegiada que *trajina* todo esto; la fuerza incansable, siempre nerviosa, para la resultancia práctica de la Granja; el titán,

el coloso, más aun, el Job contra las indiferencias del Estado y la apatía de los labradores y agricultores jerezanos; el cerebro, la voluntad, el *alma*, la *vida*, el ingeniero Director, mi antiguo y queridísimo maestro.

Su nombre, su figura no podían faltar ¿cómo? de esta Galería de personas ilustres, y, aprovechando el cansancio, vengo á tomarle bien el perfil—¡hace ya tantos años que no lo veo de cerca ni lo oigo!—á recordar fechas, á *sorprenderlo* y á decirle:

—Maestro, maestro querido: loado mil veces sea Dios que me depara esta ocasión felicísima de poder pagar á V. en principio, haciendo su silueta de gloria, la eterna gratitud que le profeso por sus *sabias* enseñanzas de cuando yo era niño.

Reciba este homenaje, de admiración y de respeto á la vez, con igual entusiasmo con que brota espontáneo de mi corazón.

. . . . .  
. . . . .

Ya el cuerpo descansado, fresca la imaginación, satisfecha la curiosidad y pagado con la súplica, ó lo que sea, el tributo, empieza ahora la silueta de D. Gumersindo Fernández de la Rosa.

Lector ó acompañante, créeme lo que voy á decir.

Si por su cuna es gaditano y por su región es andaluz y por su patria es español, ni es español, ni es andaluz, ni es gaditano, que su cerebro *cosmopolita* toca en todos los mundos, cual el de su paisano Castelar, y su memoria envidiable recuerda con facilidad pasmosa los vastos conocimientos que ha producido la ciencia de todos los países en su infinito progreso y el arte en sus creadoras, sentidas y hermosas manifestaciones. Pero no nos adelantemos.

De niño, cuando su padre, modestísimo empleado en Hacienda, fué trasladado, accidentalmente, por circunstancias del destino á Jerez y á Arcos, vino desde Cádiz Fernández de la Rosa á estudiar en nuestro Instituto lo que entonces se enseñaba, Humanidades, bajo la palmeta de los *dómines* de aquellos tiempos; descollando bien pronto entre los demás compañeros por su aplicación y las notas de *superior* que obtenía en todos los exámenes, cuyas calificaciones llevaba ufano, alegrándolos, á los pobres autores de sus días.

Concluidos con tal aprovechamiento sus estudios en el Instituto, le llamaba por afición la carrera de la Abogacía, y allá se fué, vacío de cuartos el bolsillo pero lleno el cerebro de ilusiones, á la Universidad de Sevilla, desaprovechando,—pues *no sentía ni tenía vocación*,—*la veta*, como él ahora la llama, de un protector, ami-

go de su padre, que se comprometía gustosísimo á costearle la carrera del sacerdocio por entonces muy en boga y en moda.

Fernández de la Rosa prefiriendo,—en sus ilusiones de joven,—por aquellos días la *Instituta* de Justiniano á la *Summa* de Santo Tomás, *rechazó* la protección que andando el tiempo lo hubiera elevado quién sabe si á Obispo; y metiéndose en el cuerpo los prolegómenos del *jus juris*, ciertamente más fáciles que las teorías metafísicas y abstractas del *per se* y *per accidens*, se entró de lleno en el Derecho Romano, olvidado ahora ingratamente por muchos de los que visten la honrosa toga.

De Roma y su Derecho y de Justiniano y su *Instituta* no pasó el aplicado estudiante. La *cesantía* de su padre lo volvió de nuevo á este rincón, y aquí estuvo *vegetando*—valga la frase—y buscando elementos de vida para él y para su familia abandonada por Dios y por las pasiones políticas á los caprichos y embates de la suerte.

Busca buscando, hoy de amanuense, mañana de dependiente, tropezó, en su incierto camino, con el Sr. Pastor que lo puso á su servicio y al del público en la antigua Administración de Loterías de la calle Larga. Allí estuvo Fernández de la Rosa despachando *billetes* de la Nacional algún tiempo, cosa que ciertamente no se amoldaba á su carácter, pero, qué demontre,

no hay otro remedio que *aguantar*, hasta que le sorprende el real Decreto de 1.º Septiembre de 1865 fundando en la casa de campo *La Flamenca* la Escuela central de Agricultura.

La escena ha cambiado. Fernández de la Rosa ha visto el cielo abierto. El angel de la esperanza ha bajado hasta él y le ha dicho: «Joven, no desmayes, ámate, adelante, tuyo es el triunfo.»

Veamos cómo. El Ministerio de Fomento recomendó á todos los Municipios de España pensionaran y enviaran alumnos que dieran vida y nombre á la escuela recién fundada. En tanto el de Cádiz tuvo la callada por respuesta, el Ayuntamiento de Jerez, obediente primero é interesado siempre por cuanto á su explotación y fomento agrícola atañe, envió, pensionándolos con 1.000 pesetas anuales respectivamente, á los jóvenes D. Gumersindo Fernández de la Rosa, D. Eduardo Abela, D. Antonio Alvarez Aranda y D. José M.<sup>a</sup> Rodríguez y García.

No era muy *larga*, que digamos, la *gracia* para sostener la vida en Madrid y poder atender á pupilaje, libros y demás gastos superfluos que quieras que no quieras se originan. A caza de ocupación para *ayudarse algo*, dió Fernández de la Rosa con un explotador ó vampiro de inteligencias que le ofreció,—aceptándolo,—pagarle á *cuartillo de real* la *cuartilla* de traducción:

cosa que el tal vampiro cotizaba después á *medio real* en la casa editorial de los señores Gaspar y Roig.

Así, sin quitar punto ni coma, con estrechez siempre, siempre falto de dinero, fueron pasando los años hasta que á fines de 1861 obtuvo el título de Ingeniero agrónomo.

Desde entonces acá la vida del Sr. Fernández de la Rosa ha sido una serie no interrumpida de legítimos y bien reñidos triunfos.

Pensó primero quedarse en la Côte soñando con una *cátedra*, más á instancias de su íntimo amigo García Pina desistió y poco después hacía su entrada triunfal en Jerez envuelto en la aureola de sus propios merecimientos.

Desde el 62 al 67 Fernández de la Rosa trabajó *particularmente* haciendo aprecio rústicos en testamentarias de importancia como las de Angulo, García Leaniz etc.; deslindes y levantamientos de planos de las principales servidumbres; división del término en distritos rurales; numeración ordenada de sus caseríos; estudio sobre censos y estadística agrícola; plan general de carreteras rurales; plantaciones de arbolados y de jardines particulares y públicos; informe sobre el aprovechamiento de Propios; extinción de las plagas de langostas en 1863 y 1864; trabajos todos éstos de reconocido mérito que le valieron pingües honorarios no solo de



los particulares sino también del Municipio; razón por la que nombrado, interinamente, ingeniero agrónomo municipal el 67, fué propuesto y aprobado para efectivo el 68 mandando el popular é inolvidable Corregidor Vivanco y a propósito de la tan renombrada, un día, Feria de Caulina.

A más de los anteriores trabajos particulares y oficiales, entró en 1870 á auxiliar Ciencias en el Instituto, explicando también por las noches lecciones de Agricultura que acudían á oírle hombres ilustrados y de carreras profesionales de los más perilustres de nuestra sociedad.

Siempre incansable, durante esta época su actividad como su talento no cesan de producir estudios prácticos que, facilitando nuestras comunicaciones y relaciones agrícolas, nos pongan en vías de verdadero progreso y explotación, como son la construcción de caminos municipales, aprovechamiento de aguas, ordenanzas de policía rural, estudios sobre la filoxera, representación oficial en los Congresos vinícolas, viajes y visitas á Exposiciones en el extranjero y mil servicios más que la población de Jerez le agradecerá siempre por el celo é interés demostrados de continuo en mejorar nuestra prosperidad y nuestra riqueza.

Cuando en 1877 hizose obligatoria la Agri-

cultura en los estudios del bachillerato, nadie mejor que D. Gumersindo para desempeñar la cátedra: cargo que cumplió satisfactoriamente y á las mil maravillas dejando gratísimos recuerdos, hasta su *cese* para la creación y dirección de la Granja-Escuela en donde muy á su gusto se encuentra en la actualidad.

Aspiraciones, afanes y trabajos, abrigadas las unas, sentidos los otros y empezados aquellos hacia el año 1860 en escritos, memorias é informes engalanados con las frases de brillante estilo, recibidos un día con aplauso por nuestro Municipio; olvidados después; vueltos á recordar en 1882 por el primer marqués de Bertemati; sancionado de Real decreto el 87; activado por el inolvidable Freyre; influenciado por los Sres. Duque de Almodóvar del Río y Marqués de Mochales, este último muy principalmente hasta hacer el proyecto práctico bajo la forma de Escuela de Peritos agrícolas en Agosto de 1888; tormentos han sido para el alma inquieta del señor Fernández de la Rosa que un día y otro ha venido luchando y estimulando el ánimo de nuestros hombres políticos hasta alcanzar ver coronada de feliz éxito su soñada obra, durante largo tiempo verdadera *obra de catedral*.

Hasta aquí el ingeniero agrónomo.

Fernández de la Rosa también es poeta.

Canta cuando quiere—y quiere pocas veces—estrofas que llegan al alma, la cautivan, la seducen, mucho más leyendo él mismo, porque entonces las inflexiones y modulaciones de su voz, los altos y los bajos tonos, *algo* que electriza al auditorio penetra por el sentido y conduce al arrobó y al éxtasis.

Difícil se hace, mucho más para mí, expurgar, entre todo lo que ha *poetizado*, *muestras* que revelen al lector la valentía en el estro, la pureza en la forma, cadencia, armonía, rima, inspiración, *belleza*.

A riesgo de no acertar con lo mejor, aunque lo sea para mi gusto, voy á copiar algunas octavas reales de su hermosa composición *A la Belleza*:

.....

Hija del cielo, por diadema tiene  
la hermosa aurora de infinito día;  
la linfa cristalina de Hipocrene  
corre á sus pies con plácida armonía  
en manantial dulcísimo y perene;  
y del amor, la gloria y la poesía  
los ingentes y nobles ideales  
bebe la humanidad en sus raudales.

.....

Tu lengua ¡oh patria! con seguro paso  
en su triunfal carrera progresaba,  
y la lira de Homero y Garcilaso  
por ambos hemisferios resonaba:  
y era la prez del español parnaso

que claros timbres á las letras daba,  
los ingenios fecundos y gigantes  
de Frey Lope de Vega y de Cervantes.

Si inspirada y valiente y fresca es la muestra anterior, no es menos atrevida y sentida, hasta tocar al corazón, la que sigue:

Te admiro en los purísimos albores,  
en las nubes de nácar y de grana,  
en las brisas, las aves y las flores  
que del Abril adornan la mañana;  
de Pomona y de Baco en los alcores  
que dora el sol con lumbre meridiana;  
y en el terso cristal de la laguna  
que argenta el rayo de la blanca luna.

---

Te admiro en los palacios que atesoran  
prodigios del trabajo y la riqueza,  
como en la humilde choza donde moran  
juntos amor, virtudes y pobreza:  
y en los robles y cedros que decoran  
de las umbrosas sierras la aspereza,  
como en el musgo que vegeta oscuro  
de vieja torre en el ruinoso muro.

Y para colmo y *tableau* donde juzgar, de una vez para siempre, al amante adorador de las nueve musas y al poeta atrevido, de inspiración y de nervio, allá vá la última que es todo un poema:

Y cuando con espléndida hermosura  
palpitas en imagen peregrina,  
encarnando tu encanto y tu dulzura  
en angélica forma femenina;  
y espejo de tus gracias la criatura

refleja al corazón tu luz divina;  
entonces ¡ay! extático te miro,  
y no sé si te adoro ó si te admiro!...

—Yo sí que sé que lo admiro á V., querido maestro.

Réstame decir cuatro detalles de este hombre perilustre y contaros una *anécdota*.

El Sr. Fernández de la Rosa fué propuesto hace poco, por ascenso, para el brillante cargo de presidente de la Junta Superior de Agricultura; cargo cuya elevación no guarda consonancia con el *sueldo*, y éste con las necesidades y atenciones que hoy pesan sobre nuestro ingeniero, rodeado como se vé de numerosa familia *ascendiente y descendiente*, madre, hermana, mujer, hijos y nietos. Ante esta dificultad, influyó lo *indecible* para que no lo movieran de su Granja, y aquí *esta* para satisfacción propia y de los jerezanos.

La *anécdota*, ó lo que sea, es la siguiente: Hace bastantes años reuníanse varios amigos, aficionados á ciencias y letras, en casa del malogrado D. Domingo Grondona. El objeto de la reunión era discutir el reglamento para la *fundación* de un *Ateneo* en Jerez. Algunos ricachos del pueblo, no muy bien avenidos con la ilustración, apostábanse todas las noches en sitio oportuno para *mofarse*, por lo bajo y cobardemente, de la entrada de los *sabios*,—como les llamaban

—en la casa. Esta mofa dió en tierra con el proyecto que algo útil hubiera producido en favor de nuestros intereses comunales y de nuestra cultura: y D. Gumersindo, antes que seguir *ridiculizado*, optó, como todos, *desistir* de la empresa.

Cuantos censuraron aquella idea, bien pueden,—pues algunos viven,—al pasar por junto al Sr. Fernández de la Rosa, repetir, cambiando algunas frases, lo que el Albusense escribió sobre la losa de Cervantes, y decir en voz alta:

*Ahi va el que sabe casi cuanto se puede saber.*

Aunque D. Gumersindo diga que si algo tiene de sabio es el *principio* de la Sabiduría ó sea el *santo temor de Dios*.







## D. ANTONIO CAMACHO DEL RIVERO.



Subí—cuando habitaba la casa en *renta* de la calle Honda—marmórea, estrecha é incómoda escalera; anduve un trozo de corredor bastante estrecho también; abrí una puerta, no recuerdo si de madera ó con cristales; pregunté —¿se puede pasar?—y una voz llena, sonora, bondadosísima, me contestó desde muy adentro: Adelante.

Atravesé un gabinete, y entrando en una salita cuadrada—á la que daba luz un balcón—saludé á la persona que allí habia y que sentada junto á una mesa amplia y redonda, sobre ésta los codos y la cabeza sobre las manos, leía *La Época* comentando, sin duda, las últimas *impresiones* oficiales y oficiosas que, *impresas* en el



órgano más auténtico de Cánovas, le enviaba por correo el bienaventurado Alfredo Escobar.

El personaje me indicó que tomara asiento, lo que hice no sin antes, ó al mismo tiempo, murmurar para mi capote: este es el hombre que yo busco y no es tan seco, ni tan osco, ni tan fiero como me lo habían pintado.

Venía, D. Antonio,—le dije—y dispénsame la franqueza ó el atrevimiento, á proponerle un *negocio*.

—¿Bueno ó malo? Si lo segundo, aparta Pablo!

Su opinión de V. lo dirá. Se trata de la *fundación*, contando con su apoyo, de un periódico *noticiero*, puramente noticiero, de mucha información reporteril y telegráfica, sistema *Mencheta*, un periódico que *hable* de todo y que lo sepa todo... aunque no sepa nada, cosa muy corriente en *el oficio*.

—Usted sueña, joven—respondióme D. Antonio haciendo un gesto de hombre experimentado.—Lo primero que se necesita para desarrollar idea tan *graciosa*, (?) es, trabajo me cuesta el decirlo, enseñar *á leer* al pueblo, *á nuestro pueblo*, y esto cuesta mucho dinero y yo, francamente, no lo tengo.

Eh, ¿qué tal mi hombre? *¿fi-lo-so-fa?*

Confieso que quedé y salí de allí convencido.

Desde entonces no he vuelto á verle ni á vi-

sitarle, no porque yo no haya querido sino porque no se ha proporcionado.

D. Antonio, aparte de ser conservador, es de los hombres que merecen el respeto y la admiración de sus conciudadanos.

. . . . .  
 Abogado, juez, orador, bodeguero, propietario, *consultor*, diputado provincial, diputado á Cortes, compadre *politico* de Genovés, semicacique, conservador liberal, liberal conservador y... Camacho del Rivero.

Detengámonos un momento y bebamos agua como hacía D. Antonio en sus buenos tiempos de *hablador* forense.

Qué, ¿os parece mucho la *monserga* que he soltado líneas arriba? Pues me he quedado *corto*.

Falta decir que nunca estuvo muy á las buenas con Romero Robledo, y que es amigo particular, algo íntimo, de Silvela.

Como letrado, D. Antonio deletrea de corrido el abecedario español, el latino, el griego y el romano: así sabe—me lo figuro yo—lo que habló Cicerón, lo que soñó Platón, lo que censuró Horacio y lo que escribió Lope de Vega.

Como jurisconsulto,—¡vaya canela!—conoce por de dentro y por de fuera el Código penal; tiene las leyes de Partidas—escritas á la sombra del paredón moruno, como ha dicho Caste-

lar—al dedillo; *encuaderna* ó colecciona él mismo las sabias sentencias del Supremo, y baraja, como el mejor, los comentarios de Pacheco, dando hábilmente *codillo* cuando le buscan y le aprietan.

Su fama de buen criminalista le ha colocado en el *pináculo* entre todos los abogados de la provincia, así como suena: así es que cuando se sienta (ó se sentaba) en el banco de la defensa, tiembla (ó temblaba) el fiscal, palidece (ó palidecía) el presidente, desaparece (ó desaparecía) la campanilla, sonríe (ó sonrió) el reo, se retira (ó se retiraba) la Guardia civil y aplaude (ó aplaudía) fuera de estrado el público.

No exagero con decir—repitiendo como Cañamaque cuando perfilaba á Aparisi y Guijarro—que D. Antonio como orador forense es lo mejor de lo mejor, la flor de la flor, la nata de la nata.

Un día, cambiando de rumbo, abandona el bufete y sueña con hacerse político. ¡Maldita hora!

Se avistó para ello con el anterior marqués del Mérito, trataron lo que tenían que tratar, leyeron y relejeron el censo, visitaron y repitieron la visita á sus electores,—incluso á los *rurales* como diría Carvajal,—los halagaron, les prometieron mil cosas, ¡hasta la salvación del

país!, fueron á los comicios dispuestos para el triunfo, y dicho y hecho: entraron por las puertas de Cádiz con su acta respectiva de Diputado provincial, cada uno, debajo del brazo.

Entonces fué cuando D. Antonio conoció y amistó á Genovés, como pudo haber conocido y amestado á Salvochea.

Sus pasos en la Diputación fueron siempre superiorísimos, habilísimos, marcadísimos, ruidosísimos, todo lo que acabe en *ísimos* como honradísimos, famosísimos y popularísimos.

Vamos, honra y prez é *interventor* de la Administración provincial.

Salía disgustado ó *enconado* de Jerez, y..... ¡zás!, pagaba su mal humor con el primero que se le ponía por delante, fuera quien fuera, y siempre tropezaba con Alvarez Jiménez.

—Ya está ahí Camacho del Rivero—decía el pueblo de Cádiz.

La sesión de aquel día bien pronto la hacía *borrascosa* D. Antonio.

Combatía con pasión, con saña, con valentía, con fiereza, con desenfado, sin olvidar los ademanes, el gesto, la postura, la calma propia hasta destrozar al enemigo.

Su oratoria tomaba los vuelos de *tribunicia*. El público, al principio escaso, se agolpaba de pronto como avalancha que quería invadir el amplio salón. Hasta los empleados soltaban las

plumas, guardaban los expedientes y abandonaban las oficinas por oirlo.

Analizaba los presupuestos partida por partida como el anatómico diseña el organismo tejido por tejido; descubría, sin forzarse mucho, los *gazapos* administrativos, los estudiaba, los revolvió, los contemplaba como la fiera á la presa, lleno de vanagloria, de honradez, buscando protestas y aplausos; y en apóstrofes ciceronianos, que ya después ha dado á el olvido—;verdad que hace tanto tiempo!—le decía á los liberales de Zabalza y de Toro y demás que mandaban *cojido el mango*: «Vuestra obra arruinará á la provincia, á esta provincia la más rica y la más desgraciada de España; porque con estos despilfarros no se puede administrar bien ni puede la actual Diputación presentarse con la frente levantada ante sus electores.»

De todos los *sillones* salían protestas; Genovés y el Marqués del Mérito palmoteaban de lo lindo; y aquel salón, de aspecto oriental y cuasi fantástico, más que salón de sesiones parecía, durante un cuarto de hora, un verdadero *reñidero* de gallos.

La prensa del día siguiente, á la cabeza el conciliador *Diario de Cádiz*, felicitaba al elocuente diputado por Jerez. Sólo callaba *La Provincia Gaditana*. Era natural. Hasta su redacción había llegado el varapalo fuerte, fuertísimo, de

D. Antonio, que nunca perdonaba medio por herir de muerte á los contrarios, mucho más si éstos eran *liberales*.

Los tiempos han cambiado.

Camacho del Rivero se ha encumbrado mucho, ha simpatizado con el cacique, con la provincia, le apoyan los López de Carrizosa, y aspira—abandonándonos—á sentarse en el Congreso.

Lleva, á más del acta por Jerez, por su propio pueblo, el título de hijo *adoptivo* de San Fernando en pago justísimo á la brillante defensa que como hombre público ha hecho de su Arsenal.

Aquí nos deja llenos de esperanzas, de promesas, de ilusiones que todavía no se han cumplido ni realizado.

Apenas llega á Madrid y al hotel de *Roma*—quizás acordándose de Cicerón—es propuesto para la Comisión de Actas. ¡Buen sitio para *lucirse!*

Su debut lo hizo el 29 de Mayo del 84, defendiendo el acta del Marqués de Mochales por Vigo.

No contaba D. Antonio con la huéspedea, es decir, no esperaba que su contendiente fuera el *gigante* de cuerpo como de *triquiñuelas* parlamentarias Sr. Celleruelo.

Trascribo del *Diario de Sesiones*:

EL SR. CAMACHO... "Siento no tener sentido común, según dice S. S., y lamento que se califique también de ese modo al Tribunal de actas graves...,"

EL SR. CELLERUELO: "Debo una explicación al señor Camacho, y voy á dársela á S. S. Al decir yo que la interpretación era de sentido común, no podía nunca significar que lo dicho por el Sr. Camacho estuviera fuera de sentido común; quería dar á entender que la inteligencia de la ley es tan clara que sólo la pasión política podía oscurecerla.

Estoy conforme en que la opinión de un Ministro no es una interpretación auténtica de la ley, y ruego á S. S. que tenga presente esa doctrina, porque tal vez haya necesidad de recordársela esta misma tarde.,,

Defendiendo poco después, en 2 de Junio, el acta de Marchena, acusada por las oposiciones de presentar *raspaduras y cambios de pliegos con firmas por pliegos en blanco*, tuvo que habérselas Camacho del Rivero nada menos que con una *catedral* bajo la forma y apellido de Gamazo.

Allá vá el extracto del *Diario*:

EL SR. CAMACHO: "Las actas á que se ha referido el Sr. Sánchez Arjona no he querido citarlas antes porque son falsas, de todo punto falsas.,

EL SR. GAMAZO: "¿Quién lo ha declarado?,"

EL SR. CAMACHO: "Lo *declararán* los tribunales; pero yo sostengo que son falsas porque lo que no es posible *fisiicamente* no puede ser verdad.,,

EL SR. SÁNCHEZ ARJONA: "De lo que S. S. ha dicho se deduce que la Cámara debe creerle bajo su palabra. Por mucho que valga esta, también merecen fé las actas notariales.,,

EL SR. GAMAZO: "Me ha movido á pedir la palabra el deseo de descubrir el verdadero criterio de la Comisión, y si

posible fuera el del Gobierno, en una cuestión importante que ha sido resuelta el otro día y que creo que se intenta resolver de un modo opuesto.

...¿Qué me importa que el fallo sea favorable á uno ú otro candidato? Lo que digo que este espectáculo no se puede dar en el Congreso español; lo que digo es que no sirve invocar consideraciones de *filosofía* ó de *física* ó de *química* para demostrar si dice ó no verdad un Notario...

Lo que me importa es que no pasemos por encima de estos escándalos; lo que me importa es que no alentemos á la corrupción del sistema, corrupción que ha condenado el Gobierno en el mensaje y contra la cual nosotros hemos protestado.

Este es el caso que someto á vuestra conciencia y me siento.,

Así, tan sencillamente, se apabulla á un diputado novel y á una Comisión, y tiene que intervenir el Ministro para habérselas con el *mónstruo* del partido liberal y el hombre de las *economías*.

Largo tiempo se llevó callado Camacho del Rivero,—quizás para tomar práctica,—hasta los tristes sucesos anarquistas y su discusión en el Congreso la tarde del 14 de Enero del 92.

Interpeló y dió lugar al debate el *tribuno* Vallés y Ribot; terciaron Almodóvar del Río, Rodríguez de la Borbolla, Ministro de la Gobernación (Elduayen) etc., y de todos, incluso de su paisano el Duque, recibió lecciones y advertencias el Sr. Camacho por defender lo indefendible, la *previsión* de nuestras autoridades.

Del *Diario de Sesiones*:

EL SR. VALLÉS Y RIBOT: "Los sucesos de Jerez,



Sres. Diputados, demuestran, entre otras muchísimas cosas, que el Gobierno conservador no responde á lo único que debería responder en compensación á los graves males que está ocasionando á este desventurado país. Demuestra, entre otras cosas, lo ocurrido en Jerez que el Gobierno conservador no sirve ni siquiera para mantener la seguridad y el orden interior.

Pagándose los jornales á dos reales...,

**EL SR. MARQUÉS DE MOCHALES:** "S. S. sabe poco de lo que allí se paga por jornal.,

**EL SR. VALLÉS:** "Eso prueba que S. S. es quizás empresario de obras públicas y yo no lo soy.....,,

**EL SR. CAMACHO:** "Yo que no soy valiente ni pretendo serlo, tuve, por desgracia para mí, que escuchar en medio de la calle Larga el silbar de las balas de los insurrectos y buscar una puerta donde meterme... (*Rumores*) He querido decir guarecerme; y como no tengo pretensiones de orador, podían haberse SS. SS. excusado los murmullos.,

¡Por Dios, D. Antonio! ¿Ahora salimos con esas?

**EL DUQUE DE ALMODÓVAR DEL RÍO:** "Yo no sé si las tropas estaban apercebidas en los cuarteles para resistir cualquier agresión. Si lo estaban, tardó fué el remedio, porque durante una hora estuvieron dentro de la población los que la invadieron y durante esa hora apenas pudo conocerse la acción de la fuerza militar.

Esta es una verdadera prueba, ya que no otra cosa: que no otra cosa he de decir yo de imprevisión y de incuria notoria por parte de una ú otra autoridad ó de ambas á la vez.,

**EL SR. CAMACHO;** "Eso no es exacto.,

**EL DUQUE DE ALMODÓVAR:** "Si el Sr. Camacho del Rivero tiene á bien rectificar algunas de las apreciaciones mías, puede hacerlo toda vez que el Reglamento se lo permite; pero entretanto, me permitirá S. S. que continúe mi discurso....,,

No siempre le han venido *mal dadas*.

Haciendo estricta justicia, Camacho del Rivero fué un verdadero *héroe* y un Diputado altamente *patriota* en el debate cuando la su-  
resión de las Audiencias de lo Criminal, defendiendo á capa y espada y con elocuentes y vir-  
les acentos la de Jerez.

No triunfó, pero no importa: su voz se dejó oír, esta vez con gran atención y admiración, en el Congreso de los Diputados, demostrando su sabia pericia en la materia y exponiendo un *estado* demostrativo que le valió calurosas felicitaciones de todos los lados de la Cámara.

Desde entonces acá,—con ser ésta la quinta vez que es nuestro Diputado,—Camacho del Rivero no ha dicho esta boca es mía.

Lo siento por Vd., D. Antonio, que es un hombre que vale, y vale mucho.

¿Qué ha sacado Vd. de Madrid? Cuatro saludos y amistades, tomar el chocolate que confecta la sucesora ó el sucesor de *D.<sup>a</sup> Mariquita*, disgustarse con los Lopez de Carrizosa, abandonar por completo su bufete, ayudar al triunfo *precoz* del hijo de Genovés y... no conseguir nunca nada bueno para nosotros.

Ese no es el camino, D. Antonio.

Las glorias ganadas durante muchos años de trabajo en la provincia, se eclipsan, en una hora, en el *gran charco* Madrid.

¿De qué sirve esperar una noche y otra la

*ansiada* y deseada *carta* del jefe decidiendo si Mochales ó Vd. ha de ser el *candidato*, y llegar al fin el cartero, y leerla Vd. en alta voz, y *separarse* los *mochalistas* y constituir círculo aparte, y Vd. salir Diputado, si al fin y á la postre nuestros intereses están, en época conservadora, á capricho de la diosa *suerte*?

Aquí se está mejor de abogado particular y de abogado municipal-consultor aunque vote en contra su *amigo* Castro Palomino. Y no hay que disgustarse, porque si eso *hace* de *amigo*.... nada, sígalo apoyando en su puesto de Teniente de Alcalde, que pocos le ganan á celoso y exacto cumplidor del deber que le han encomendado sus conciudadanos.

Usted puede ó no, si quiere, seguir mis pobres consejos expuestos con lealtad y sin tener que agradecerle nada en mi vida; retirarse ó no de la política; si ésta le apasiona, adelante, no hay que desmayar, qué tras los conservadores vienen—por turno natural de los partidos monárquicos, según feliz *ocurrencia* de Cánovas—los liberales, y tras los liberales los conservadores y... ande el movimiento, en tanto *se vive* de lo que le producen en buena venta sus vinos y de lo que le rentan las fincas compradas á plazos al Estado, haciendo, de cuando en cuando, sus *giras* pascuales á la *Peruela*.





## MARQUÉS DE MOCHALES.



Cuando llegó á Madrid, limpio de toda política y por ende de todo quebradero de cabeza pero lleno de aspiraciones nobles y altísimas, supongo yo que diría para su capote ó para su levita ó para su colete:

Aquí viene un andaluz  
que vale por un millón.

Porque eso sí, como buen mozo y como figura arrogante, elegante y aristocrática lo es y con mucho.

Y dicho y hecho. Llegó, vió y venció.  
Y se casó.

Y ya tenemos al yerno de su suegro, es decir, ya tenemos á D. Miguel Lopez de Carrizosa y de Giles hecho todo un *politico* y todo un marqués de *renombre*.

. . . . .  
 De buen origen, educación esmeradísima que completó, como otros muchos, en Lóndres, talento natural, trato franco y afable, corazón abierto á todos los nobles sentimientos, don de gentes, voluntad para el estudio, fachenda de ministro, suerte caída del cielo, ojo *social*, el Marqués de Mochales reúne á todas estas cualidades una actividad ilimitada, muchas ganas de *ser*, gran afición á los números y á la hacienda pública, atrevimiento, disciplina, yernocracia, cuanto se necesita, incluso *dinero*, para llegar al puesto de Subsecretario que ahora ocupa... y hasta al de Ministro.

Muy joven todavía y muy obediente á los *mandatos* de su hermano mayor, le vemos un día llegar á los escaños rojos del Congreso ostentando en *reñida* lucha electoral la representación de dos distritos, Vigo y Puerto de Santa María.

Entonces sufre, como era natural, la *novatada* enfrente de aquellos maestros en la política y en el decir,

*pero D. Juan no se arredra,*

mucho menos teniendo asiento en aquellas Cortes su suegro el habilísimo político gallego Marqués del Pazo de la Merced.

Recuerdo la tarde de Marzo del 91 en que Azcárate, hecho un verdadero Mirabeau, tro-

naba contra la magistratura discutiendo el acta celeberrima de D. Benito. La mayoría encrespada, capitaneada por Linares Rivas y en la que ya, inexpertamente, hacía *pinitos* el Marqués de Mochales, interrumpía á cada momento con gritos y protestas, no dejando oír la voz del orador. Carvajal, el caústico Carvajal, con su aspecto de profeta y su voz de trueno, soltó lindezas que cojian por igual á todos los de la mayoría, incluso á Mochales... y Azcárate pudo seguir su discurso.

Desde esa fecha acá toman vida todas las influencias y todas las combinaciones del marqués.

Genovés, el hasta *ahora dos días* cacique de la provincia, le adula; Camacho del Rivero, el cacique del pueblo, le felicita; los comités le reciben con aplauso; parte de la prensa periódica le *bombea* de lo lindo; y el entonces y ahora y mañana diputado, siempre orgulloso, siempre olvidadizo por cuenta propia ó por consejos de familia ó por *cantos de muñeira*, relega á los unos y á los otros, dedicándose de lleno á seguir al pie de la letra, cosa muy natural, el plan político que le traza Elduayen y el curativo eminentemente científico de D. Federico Rubio.

No agrada mucho esto que digamos á la gente de acá, y hoy empiezan las murmuracio-

nes, mañana los disgustos, luego las envidias, más tarde sale á relucir *ropa vieja*, favores, distingos, cartas, promesas, fórmulas, arreglos, compromisos; y en tanto la marea sube, también sube el Marqués de Mochales á la Dirección General de Propiedades, á la de Comunicaciones, á la Subsecretaría de Hacienda, á la presidencia de la comisión de presupuestos, y su nombre, ya bastante afamado, se baraja un día y otro para la Alcaldía ó para el Gobierno civil de Madrid... y hasta para Ministro.

Y que digan.

A nadie se le oculta que todo lo debe, compartido por igual, á sus méritos y á los méritos é influencias sobre Cánovas de Elduayen.

Una gran cualidad posee, digna de imitación, para ser político.

Su *consecuencia*. Siempre fué conservador, y creo que seguirá y morirá conservador.

Conservador de sus ideas, de su persona, de su fortuna y de sus aspiraciones.

No habla bien, no señor, pero habla claro y se entiende; por más que yo pudiera recordarle, para que jamás lo olvide, aquello de un escritor ilustre:

«La franqueza puede ser un mal de igual modo que la hipocresía puede significar un homenaje al sentimiento ajeno: todo consiste en lo que la franqueza tapa ó la hipocresía

»oculta: la estatua de Apolo desnuda se salva  
 »por su belleza inmortal; pero Velázquez cubrió  
 »el torso deforme de Esopo con un ropón oscu-  
 »ro y Shakespeare la espalda corcobada de Glo-  
 »cester con un manto de púrpura y armiño.»

Cecea un poco como buen andaluz y como *cecea* su jefe; su palabra se ha hecho fácil con la práctica; tiene imaginación viva; es un tanto agresivo, contra su gusto, producto de su aprendizaje con Elduayen, el hombre de las antiguas tormentas parlamentarias, y siempre ha salido bien menos la tarde que atacó de frente y tropezó con Urzaiz.

Aquella tarde palideció el marqués. Leed, leed el extracto que copio del *Diario de Sesiones*, 16 de Julio del 96.

Dice así:

**EL SR. URZAIZ:** . “Se trata de que ya que el Sr. Ministro de Hacienda ha padecido una equivocación y la Comisión la ha padecido también, siguiendo con los ojos vendados al Sr. Ministro de Hacienda, esa equivocación se corrija y no se incurra en la verdadera ridiculez por una cuestión, no sé si de amor propio ó de qué, de insistir en pedir al Congreso que apruebe ese crédito, sabiendo que es insuficiente y reconociendo que está equivocado „

**EL SR. MARQUÉS DE MOCHALES:** “No pensaba yo, señores Diputados, intervenir en la discusión de esta parte del presupuesto Entendía que con lo dicho por el Sr. Ministro de Hacienda y por el Sr. Conde de Peñalver el Sr. Urzaiz quedaría satisfecho (*El Sr. Urzaiz—Satisfechísimo.*)

Pero el Sr. Urzaiz demostrando una vez más las cualidades



propias de su caracter, su ingenio, y la lealtad y franqueza con que procede dentro de la Comisión de presupuestos, viene...

¡Vaya *franqueza* y vaya intención y vaya frescura!

**EL SR. URZAIZ:** "He oido desde aquí las palabras *lealtad y franqueza del Sr. Urzaiz* No puedo comprender para qué tenía que pronunciar esas palabras el Sr. Marqués de Mochales con relación á mi persona. Y como no quiero precipitarme para contestarlas en la forma en que desde luego en este momento tengo la intención de contestarlas, si ellas no fueran lo que yo tengo derecho á exigir y esperar, sin precipitarme, digo, á contestarlas, yo espero de S. S. y le ruego me haga el favor de explicar el motivo que le hizo emplear esas palabras con relación á mi persona, y se lo agradeceré.

¡Buena lección!

**EL SR. MARQUÉS DE MOCHALES:** "Podrá tener S. S. el derecho de esperar, pero desde el momento en que agrega al derecho de esperar el derecho de exigir, me quita con verdadero pesar y dolor mío, los medios de contestarle á esa pregunta.

Ya se vá achicando, pero no mucho.

**EL SR. URZAIZ:** ..."Voy á ocuparme ahora de lo primero que ha dicho el Sr. Marqués de Mochales referente á mi persona. Yo confieso que jamás tengo intención, no ya de ofender, ni siquiera de mortificar á nadie, y tan firme como es siempre mi propósito de no ofender ni mortificar á nadie tengo también una repugnancia, no diré mayor, pero igual sí, á tolerar que directa ni indirectamente se me ofenda ni mortifique. Ahora bien, el Sr. Marqués de Mochales pronunció unas palabras (me refiero á las de *lealtad y franqueza del Sr. Urzaiz*) que una de dos: ó eran una gran tontería.....

Duro y á la cabeza.

**EL SR. MARQUÉS DE MOCHALES:** "Para tontearías las que dice S. S. que no son pocas. (*Fuertes rumores y*

*protestas en los bancos de la minoría*) ¡Pues no faltaba más sino que tolerase yo á nadie esa expresión! (*Siguen los rumores. El Sr. Presidente agita la campanilla con fuerza, reclamando orden y silencio.*)

Eh, ¿qué tal? ¡Cómo gozaría Elduayen presenciando aquella escena que le traía á la memoria *recuerdos del tiempo viejo* que dijo el inmortal Zorrilla!

La prensa y el telégrafo llevaron á todas partes la noticia del lance personal á que dió origen aquella sesión, más que de discusión de Obligaciones generales del Estado, de *ropa sucia* que debe permanecer siempre guardada ante la opinión pública.

Hasta aquí el hombre político, añadiendo que desde 1874 en que sonó su nombre por primera vez públicamente, ha trabajado y se ha *popularizado* mucho tomando parte muy activa en las comisiones de Presupuestos, en las discusiones en el Ateneo enfrente del malogrado Pedregal y del ilustre Azcárate, combatiendo la Ley de alcoholes, la de Tesorerías, reformando el cuerpo de Correos y Telégrafos, el arancel del 91, é influyendo grandemente en favor de nuestro Instituto y la concesión por el Estado de nuestra Granja-experimental.

Una derrota electoral lo hizo Senador, hace poco, cuando aspiraba á diputado con la *graciosa carta* de que hago mención en otra silue-

ta, y un triunfo en estos tiempos de conservadores lo ha elevado al alto rango de Subsecretario de Hacienda.

Sabe ser *servicial* cuando quiere, aunque quiere pocas veces; las más sirve con su cuenta y razón como casi todos los políticos.

Hermano de sus hermanos, por él y tras él van entrando todos, uno á uno, en ese gran mundo que se llama Madrid y Córte.

Apesar de sus muchas ocupaciones y de no ser diputado por Jerez, tenemos que agradecerle alguna que otra mejora en nuestros intereses ó en nuestras empresas; que siempre que hemos necesitado—hagamos justicia—de sus influencias, han estado á nuestro servicio para obras públicas, beneficencia, instrucción, hacienda, etc., tanto local como provincial, (menos en el nuevo proyecto de Féria.)

¡Lástima fuera que el poderoso abandonara al humilde en la desgracia!





## MARQUÉS DE VILLAMARTA.



Allá va, campo adelante, sin miedo á la oscuridad de la noche y sin temerle al frío de la madrugada, camino de *Las Quinientas* ó de *El Mayorazgo*, allá va, caballero en su ligera jaca jerezana la *Rabicha*, vistiendo á la usanza andaluza el marsellés burdo y corto, los zahones de recio y respunteado cuero, el sombrero ancho con el barboquejo á la cara, muy bien fajado, muy bien abotinado, garrocha al hombro, *cantiñeando* ó hablando consigo mismo ó con sus negocios, fuma que fuma, lo mismo que irá, supongo yo, cuando endereza para sus *cerraos* el renombradísimo, entre la afición, duque de Veragua.

Al galope casi siempre ó á buen andar, atrás se deja el marqués la tierra que cabe,

muy apretada, en cinco cuartos de legua, para entrar, como acostumbra, al *romper* del día por sus dehesas y encontrarse al *despuntar* de la aurora entre sus servidores y cerca á su ganado.

D. Álvaro Dávila y Ágreda—que así se llama nuestro personaje y *criador* de toros—se ha empeñado en *hacer* una ganadería de reses bravas, y... con el tiempo y la esperanza, mucha fuerza de voluntad, y *peso* sobre *peso* en plata ú oro de cualquier ley, lo consigue. ¡Vaya si lo consigue!

No hay más que tener paciencia, dejar correr los días, *apurar*, *apurar* mucho la *sangre* buscando la antigua afamadísima de los de Saavedra, no perseguir el lucro, y lo demás el cielo, la buena crianza y los *buenos pastos* lo darán por añadidura.

Pero vayamos por partes. Nació D. Álvaro en muy noble cuna cuyos blasones glorificaron sus ascendientes, y lleva, como varón primogénito, el título de más renombre que usaba su padre, de los tres que poseía; título que, bajo el cuidado del actual marqués, va adquiriendo de día en día mayor popularidad.

No es D. Álvaro, apesar de sus 32 años,—edad propia de *infundios*,—de esos muchos marqueses presuntuosos, fanfarrones, egoistas, fatuos, todo orgullo, todo vanidad, todo humo.

Es, por el contrario, un joven modesto, afable, jovial, campechano, francote, vivaracho, sencillo, un Dávila liso y llano que no *tiene ni gasta* de marqués más que su título y su dinero.

Con tales condiciones y cualidades bulle y rebulle por la sociedad, y en todas partes le admiran, le respetan y le quieren.

Pasó su juventud y se educó en el extranjero, recorriendo Francia é Inglaterra; y aunque no posee ningún título académico ni es abogado por *lujo* como otros muchos, sabe, sin embargo, lo bastante para tratar á la gente y vivir en bien y en sana paz con todos.

Amigo de sus amigos, siempre y en todas ocasiones está dispuesto para cualquier cosa que se proyecta; y su nombre ó su influencia ó su bolsillo es lo primero que figura en las listas del CÍRCULO LEBRERO, del que ha sido presidente, ó en las del establecimiento de modas y de *giras* PARÍS-JEREZ.

Sirve cuando puede—y puede siempre—sin saber á quién; atiende al desgraciado en sus plañideras demandas; es *demócrata* con grandes y *chicos*; gústale verse rodeado y perseguido de *corredores* que le *chalaneen* sobre compras y ventas, prefiriendo, entre todos, á su leal, *barbián* y entrometido Pepe López que arregla y des-arregla un *negocio* en menos tiempo que—según cuenta Jorge—tarda un rey en venir detrás

de una sota *en puerta*; es madrugador, activo, buen esposo, buen padre, buen ciudadano y aficionado, como el que más, á viajar mucho hasta el extremo de que tan pronto se le vé por la mañana á la puerta de la Cámara Agrícola acompañado de su íntimo amigo Mariano Sánchez Romate, como por la noche lo observa el curioso sentado en el Círculo de Labradores de Sevilla entre la flor y nata de los ganaderos andaluces.

Allí, en la capital de la afición *clásica* y de la *invencible* torería con su barrio de San Bernardo y su inolvidable *Cúchares* y su Puerta de la *Carne* y sus renombrados Carmonas; donde con la fama de la Giralda compite la de los buenos criadores de toros Saltillo y Miura; allí, en la propia Sevilla, fué donde el Marqués de Villamarta acabó de *perfilar* sus gustos y aficiones de ganadero de reses bravas, haciendo compras de distintos hierros y procedencias conque formar su *primer cerrao* que, poco después, vendió, todavía sin tiente propia, sin nombre y sin fama, á los Sres. Peñalver Hermanos, vecinos de Zahara.

Realmente hablando ó escribiendo, su verdadero buen nombre de criador de toros data de fecha muy reciente, de 1894, en que compró una *punta* de ganado al afamado y entendido en la materia D. Juan Vázquez, vecino de Se-

villa: reses todas de la entera confianza de este ganadero, *tentadas por él mismo*, y que el marqués pagó á *alto precio* y presentó en distintas plazas, entre ellas las de Jerez y Madrid, seguro del *éxito ruidoso* que implicaba el buen, legítimo y castizo origen.

Tócame ahora hacer una *digresión* propósito del *fracaso* que censuró nuestro público en la corrida inaugural, 2 de Agosto del 94, y del *otro* que fustigó fuerte y sangrientamente, poco después, *El Barquero* desde el *Heraldo* revistando la celebrada en Madrid la tarde del 16 de Junio del 95.

Ambas corridas *no habian sido tentadas* por el marqués sino por Vázquez, y se *anunciaron* como propiedad de Villamarta pero *oriundas* del ganadero sevillano.

Por otra parte, y sin olvidar que D. Álvaro *na habia tenido tiempo material para criar aquellos toros*, los *jugados* en Madrid salieron de *El Mayoral* en Mayo y fueron *pastando* aquí y allá durante el camino, llegando á la corte en ese estado que la afición califica muy gráficamente diciendo que están *sacudíos*, con pocas libras, observación que *se le fué* al apasionadísimo aunque inteligente *Barquero*.

Las *razones* expuestas no deben tomarse por *sospechosas* en pluma como la mía tan acostumbrada á *pegar*, sin consideraciones ni distingos




ni sobornos, á ganaderos y á toreros. A cada cual lo suyo: que no por escribir *bombos* se hace de *renombre* una ganadería ni adquiere cartel.

Lo que se necesita, como decía antes, señor D. Álvaro, es buen origen, buena crianza, *buenos y siempre los mismos pastos*, mucha paciencia, mucho dinero, nada de afanes de lucro, y un *conoceor* que le dé ciento y raya al *mismísimo* don Antonio Miura que volviera á nacer de nuevo.

Esa prisa en *exhibir* toros que Vd., francamente, no conocía, aunque vengan, no digo de Vázquez, del propio Cabrera; esa prisa fué la causa de tantos dimes y diretes que es necesario borrar de la opinión. Por mi parte, bastante hago llevando estas consideraciones al libro.

Volvamos—ó sigamos—con el marqués.

No tardó mucho tiempo,—el mismo, que es bien poco, en mudar de fisonomía, *gusto* que me trae muy *digustado*, dejándose semanalmente, á guisa de conspirador tremebundo, el bigote rubio, la barba medio rala ó la patilla de distintas formas—no tardó mucho tiempo en comprar á Vázquez toda la ganadería, *empeñado* en *dar* cartel á toros de otro, con lo que, dueño absoluto de cuanto había de *bueno* y *malo* en el  *cerraio* de Sevilla, suena su nombre entre los ganaderos de España, usando el hierro del margen y la divisa verde y oro viejo.

Desde entonces acá, y apoyado por el simpático joven aficionado Pepe Rosa, va el marqués *apurando* y *refinando* la sangre de sus toros, tentándolos él mismo, sin adquirir *sementales* de ningun otro lado,—cosa que le aplaudo mucho,—hasta dar con su primitivo origen de Saavedra y de Ulloa.

En la actualidad cuenta con 300 vacas perfectamente criadas, multitud de becerros, y 10 corridas, de las cuales, si no estoy mal informado, tiene *vendidas* cuatro para el verano próximo y que se jugarán en Madrid, Valencia y Jerez.

Un título muy ilustre, una buena fortuna, un casamiento bajado del cielo con la modestísima Sra. D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> de los Ángeles Garvey y González de la Mota, tres hijos verdaderos serafines, un suegro que no hay más allá de *caballero* y además es bastante rico, hermanos y parientes que le halagan y le llevan y le traen, amigos por todas partes y una sociedad que le considera por sus bellísimas cualidades, completan cuantos perfiles he podido reunir para hacer la silueta del bondadoso joven D. Álvaro Dávila y Ágreda, marqués de Villamarta, cuyo título posee desde el año 1888, datando el decreto de concesión ó despacho primitivo de 1679.

---

Con sumo gusto, y creyendo satisfacer la

curiosidad natural de los buenos aficionados, transcribimos aquí algunos apuntes (1) sobre el origen é historia de la ganadería de Villamarta:

“El Sr. D. Pedro Luís de Ulloa, Conde de Vistahermosa, formó en 1770 una excelente ganadería con las reses bravas que poseían, sin hacer caso de ellas, los Sres. Rivas Hermanos, de Sevilla, mejorándola de tal modo, que pronto compitió con la afamada de Cabrera.

**N** Se estrenó esta ganadería en Madrid en la novena corrida de toros celebrada el 2 de Agosto de 1790, luciendo los toros divisa escarolada y el hierro marginal.

Usó luego divisas encarnada; encarnada, verde y blanca; blanca y celeste, y, finalmente, blanca.

Al fallecimiento de dicho señor, se dividió la ganadería en porciones, comprando una muy principal D Juan Dominguez Ortiz (El Barbero) de Utrera, á cuyo nombre se jugaron como nuevos con divisa pajiza y blanca, en la primera mitad de la octava corrida de toros celebrada el 23 de Junio de 1828.

En corridas posteriores se dijo que antes fué del Sr. Conde de Vistahermosa.

Muerto D. Juan Dominguez, pasó la ganadería á su hijo político D. José Arias Saavedra, vecino de Utrera, á cuyo nom-

**Y** bre, con divisa pajiza y blanca y el hierro del margen, se jugaron en 17 de Julio de 1837, añadiendo: heredero de D. Juan Dominguez Ortiz, de la misma vecindad.

En Diciembre de 1865 vendió D. José Arias, la ganade-

**Q** ría al Excmo. Sr. D. Ildefonso Núñez de Prado, vecino de Arcos de la Frontera, á cuyo nombre se jugaron con la misma divisa y el hierro del margen en 31 de Octubre de 1869

A nombre de los herederos de D. Ildefonso y de D.<sup>a</sup> Te-

---

(1) Están tomados del folleto *Ganaderías bravas* que publicó hace algún tiempo la redacción del Semanario *El Toreo*.

resa y D.<sup>a</sup> Concepción Núñez de Prado, se jugaron las reses de esta ganadería en los años de 1880, 81 y 82

Y á nombre de D.<sup>a</sup> Teresa, por fallecimiento de D.<sup>a</sup> Concepción, con el mismo hierro y divisa, se jugaron en la sexta corrida verificada el 6 de Mayo de 1883.

Por fallecimiento de D.<sup>a</sup> Teresa, ocurrido el 26 de Mayo de 1886, pasó la ganadería á poder de su actual poseedor sobrino de D. Ildefonso, el Sr. D. Francisco Pacheco, marqués del Gandul, vecino de Sevilla, que poseía también reses bravas, á las que ponía cintas carmesí y blanca y el hierro del margen.

S  
A

Desde entonces pone á sus toros divisa pajiza y blanca.

Esta ganadería es la conocida en Andalucía, y principalmente en Sevilla, con el título del *Mayorazgo* del Prado.

De la misma testamentaria proceden los toros que se han venido jugando durante algunos años á nombre de D. Juan Vázquez, vecino también de Sevilla. Ponía á sus reses divisa negra y oro viejo y el hierro del margen

Ɔ

Se jugaron por primera vez á este nombre en la plaza de Madrid en la 17.<sup>a</sup> corrida de abono verificada el 25 de Septiembre de 1887, diciendo que era procedente de la testamentaria de D.<sup>a</sup> Teresa Núñez de Prado, y oriunda de la de don José Arias Saavedra.

A los datos anteriores hay que añadir los recientes con referencia á la propiedad del marqués, y que no alcanza á publicar el folleto de la redacción de *El Toreo*.

Son los que siguen:

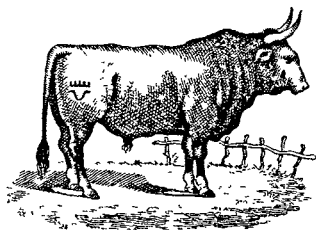
D. Alvaro Dávila compró á Vázquez la *mitad* de la ganadería en Febrero de 1894, jugando á su nombre, y con indicación de la precedencia, la *primera* novillada la tarde del 27 de Mayo del mismo año, en Sevilla.

Con fecha 2 de Agosto, inauguración de nuestra plaza, se corrieron, tambien el 94, seis hermosos toros, primeros que aparecieron con el hierro y divisa de Villamarta.

Estos toros estaban *sobrados*, y fueron muy mal lidiados por *Guerrita* moviéndolos bien poca cosa, como exigía el exceso de *libras* con que los presentó, para honra suya, el ganadero.

El año pasado se jugaron en Barcelona y Valencia, con fechas del 14 y 17 de Mayo, una novillada y corrida, respectivamente, que dejaron bien alto, por su poder y bravura, el antiquísimo renombre de la ganadería. Periódicos y Revistas no escatimaron los aplausos á quién como el Marqués de Villamarta suma tantos deseos por dejar satisfecho al público.

Allá veremos ogaño.





## D. ANTONIO LECHUGA Y FLORIDO.



Volvamos á copiar á Cañamaque.

Pero señor, ¿y Lechuga? ¿Dónde está? ¿Se habrá ido?... ¡Lechuga! ¡Antonio!... Nada, no parece, se evaporó, no le veo por ninguna parte. ¡Voto á...! ¡Lechuga! ¡Antonio!... ¿Dónde diablos se ha metido que no puedo echarle el ojo encima? ¿Si estaba ahora mismo conmigo?... ¡Cosas de periodistas!... Oyen un tiro ó tocar á fuego; ven correr la guardia municipal, ¡cosa rara!; *pescan* al paso la *noticia* de un crimen, y ¡zás!, desaparecen por el *escotillón*.; Adiós amigos, conversación, negocio...!... á cumplir el deber, á *desquitar* el sueldo, á *servir* al director, á satisfacer la sed insaciable de curiosidad que siente á diario la *opinión pública*.

¡La *opinión pública!*... ¡Vaya una cosa!... ¡Lo más ingrato que puede uno echarse á la cara!...

Juega con cualesquiera lo mismo que el viento con la hoja caída del árbol!... Le lleva, le trae, lo eleva hasta las nubes, lo hunde en el abismo, lo acaricia, lo mimá, lo mira de arriba abajo, lo suelta, lo coje, lo vuelve á soltar, lo vuelve á cojer, y al fin y á la postre... castillos en el aire... humo... nada... *opinión pública!*

Defendiéndola de continuo veréis á Lechuga. Y no creáis que es desde ayer, no señor: viene figurando en el periodismo militante, siempre en la brecha, desde el año 1878. ¡Diez y nueve años de ejercitar la pluma en favor de la opinión! ¿Y para qué? Vamos á ver, ¿para qué? Para sacar, como el negro del sermón, los pies fríos y la cabeza caliente. ¡Habrás visto iluso!... Pero no le digáis nada de esto á Lechuga si no queréis tener un enemigo terrible. Lechuga *siente vocación* por el periodismo, como por otras cosas; y apearlo de sus *convicciones* es *agravarle* sus padecimientos físicos. Para Lechuga no hay más Dios—aparte el Dios-Naturaleza—que la pluma, el artículo de fondo, la noticia, el telégrafo, un suelto, cuatro varapalos á los necios, una *unción fuerte* á los pseudo-críticos, alguna que otra *mosca volante* á los políticos de nuevo cuño y... pare Vd. de contar: *periodismo*, todo periodismo.

A leer y á contar sus escritos bajo la forma de artículos políticos y literarios, *poesías*, crónicas, novelas cortas, narraciones, trabajos críticos, etc. etc., con y sin seudónimo ó con su propia firma, nuestro hombre ha escrito más que *El Tostado*, colaborando ó redactando en los periódicos,—entre otros,—*La Prensa*, y *La Miscelánea*, de Sevilla; *La Libertad*, de Córdoba; *El Aviso*, de Santander; *El Resumen* y *La Avispa*, de Madrid; *El Diario*, *La Dinastia* y *La Academia*, de Cádiz; *El Departamento*, de San Fernando; *Las Noticias*, de Málaga; *El Defensor* de Jerez; y el *Jerez* que redacta en la actualidad, enviando, al mismo tiempo, artículos á los periódicos servidos por *La Asociación Literaria* de Madrid.

¿Queréis creer que, á pesar de tanto escribir, Lechuga se encuentra, como yo, sin una peseta?

Pues nada, debéis creerlo, Lechuga no tiene en su bolsillo más que ilusiones. De dinero no hay que hablarle. Cobra *poco*, y lo poco que cobra lo reparte religiosamente entre su patrona—una buena señora con su criada también *buen* y joven—y sus más perentorias necesidades, incluso atender religiosamente al *sostenimiento* de parte de su familia. Sin embargo, él vive conforme,—¿qué le vá á hacer?,—con tal de escribir mucho y que sus escritos *rueden* por todas partes y los copien los periódicos, aunque se ca-



llen de dónde lo toman como diz que ocurrió no hace mucho tiempo á *El Progreso*, de Sevilla, *usurpando* descaradamente para su editorial el hermoso y valiente artículo *Indicios de paz* publicado en el *Jerez* del 11 de Enero último.

Decía el inmortal D. Ramón de la Cruz:

Más tú conocer puedes

á la gente por la *facha*;

y, ciertamente, que desconociendo á Lechuga, adivina cualquiera lo que es, porque como ratificó Figaro: «las aficiones se traducen mucho al exterior;» y Lechuga tiene tanto de periodista por de fuera como por de dentro.

Cuando escribe descuida á veces el estilo, igual que hace con su persona: verdad que el *oficio* lo exige; que no siempre está la pluma para *primores*, ni la barba—en él de zamarro—para arreglársela, ni la ropa para quitarle el polvo y las manchas. Y si á esto se añaden cien alifafes que le *cuelgan* á uno, producto de mil *irritaciones* morales y físicas, razón sobrada existe para que vaya cualquiera—por ejemplo, Lechuga—camino directo de habérselas un rato con el Sr. Adán.

Termino con el hombre perfilado como *pe-riodista*, excluyéndolo del grupo,—pues no reza con él,—que condena el *loco* Montalvo en la siguiente sabia sentencia:

«Escritor cuyo fin no sea de provecho para

»sus semejantes, les hará un bien con tirar su  
»pluma al fuego.»

Lechuga entra en este otro grupo:

«*Provecho moral, universal*; no el que proclaman los seudos-sabios que adoran al dios  
»Egoísmo y le casan á furto con la diosa Utilidad en el ara de la Impudicia.»

Vayamos á otro concepto. Lechuga poeta. No lo es tal aunque haga versos. Más que *poeta* es *soñador*. Sueña un día como Espronceda, se acuerda de la prosa de la vida,—de su propia prosa,—y arranca al estro, sentido y ardoroso, este lamento:

La cólera, el miedo, la dicha ó la pena,  
la humilde modestia, la altiva ambición,  
son causas que hiriendo las fibras del alma,  
le dan sensación.

Más no así el hastío, que en sombra incolora  
sepulta el deseo y extingue el placer,  
y ve indiferente, bajo un mismo prisma,  
mañana y ayer.

Sin fé ni esperanza, sin gratos recuerdos,  
ni estímulo alguno de bien ni de mal,  
incierto, el hastío, no aprecia ni sigue  
ningun ideal.

Sigue soñando, que *desear* es soñar, y escribe:

El beso que estampar quiero en tus lábios  
no es apetito de pasión insana;  
es la expresión purísima y sublime  
del inmenso cariño de mi alma;  
la dicha que colora mis ensueños  
con el bello matiz de la esperanza;

el eslabón que enlaza mi existencia  
con la tuya, y la imagen adorada  
que el porvenir destaca entre penumbras  
de infinitas venturas ignoradas.

Es el beso grandioso de las olas  
que rizan las arenas de la playa;  
el poético rayo de la luna  
que se filtra al través de la enramada,  
y la dulce caricia que á las flores  
en las noches serenas hace el áura.

Si alguna vez tu coralina boca  
rozan mis lábios y mi beso estalla,  
verás como á tu ser transmito el fuego  
que hay en mi corazón, y de mis ansias  
calma las inquietudes tu ternura  
con un beso no más y una mirada.

Un instante abre su corazón al sentimiento  
y se queja y desahoga á la vez:

Te figuras que tengo el alma muerta,  
que no puedo sentir,  
y á mi amada aconsejas viva alerta  
si no quiere sufrir.

Pues te engañas: yo rindo al sentimiento  
ferviente adoración;  
cuando juro cariño, nunca miento  
porque es de corazón.

Lo que tiene es que quiero á las mujeres  
con un delirio tal,  
que ellas son mi ventura y mis placeres:  
más todas por igual.

Todos los metros le han sido siempre fáciles á su inspiración: ora riendo, ora llorando, maldiciendo á veces, aunque la maldición, al salir de su númen, toma los giros y los colores

que el poeta, mejor dicho, el *versificador* le imprime *dorados á fuego* que no quema pero escuece.

Leedlo:

.....  
 El artista que imprime á las creaciones  
 el sello de su genio sacrosanto;  
 el sabio que adelanta á las naciones  
 y en quien la ciencia es limpia ejecutoria  
 y el singular encanto  
 que vibra del poeta en las canciones;  
 si logran con su afán póstuma gloria,  
 sufren con la experiencia de los años  
 el duelo de una vida de amargura  
 en que solo un instante de ventura  
 paga con desengaños  
 que le cavan la humilde sepultura.

Acaso otras edades, de algún nombre  
 la fama al ensalzar,  
 circunden la memoria de un gran hombre  
 del áura popular.

¡Triste compensación á sus dolores  
 ornar su tumba con marchitas flores!  
 pero es del hombre la ilusión hermosa  
 que reasume su gloria:  
 aunque pase una vida desastrosa,  
 ocupar una página en la Historia.

Otras pruebas:

Sin las remembranzas bellas  
 de esas páginas preciadas  
 que por mi mente evocadas  
 son rutilantes estrellas  
 de mis venturas pasadas;

No fueran mis penas tales;  
 más no hallara el embeleso

de ver alivio á mis males,  
sin el culto que profeso  
á tan gratos ideales.

Que á mi espíritu seduce  
ese inesplicable afán  
que la tristeza produce  
y atrae como un imán  
lo que al pasado conduce.

Yo sé que es nuestro destino  
seguir derroteros varios,  
y es de creer que en la vida  
nunca podremos hallarnos;  
más ten presente que soy  
más que otra cosa, tu hermano,  
que tu recuerdo bendigo,  
mi admiración te consagro,  
y que, por verte dichosa,  
diera lo poco que valgo  
y cuantas dichas me tenga  
lo porvenir reservado.

Cuanto hay de bello sobre la tierra,  
cuanto en su seno cobija el mar  
y en los espacios misterio encierra  
y siente el pecho digno de amar;

Cantar quisiera, pero mi lira  
ni tiene alientos ni inspiración,

Y no varía de temperamento cuando discu-  
rriendo sobre el *espejismo moral* escribe,—ya no  
poeta—prosista, las siguientes líneas que produ-  
cen calofríos:

Después el declive siniestro de las frustradas quimeras y

el estoicismo egoísta del descreído. La borrasca deshecha de las pasiones, la carne, el vicio, y como perspectiva de la eternidad, un caos de infinitas aberraciones.

Pero por cima de todas sus inspiraciones y vocaciones, Lechuga á quien rinde verdadero culto, de exagerado casi pagano, es á la mujer, amándola como la siente y sintiéndola, cual se explaya en esta composición *inédita* que furtivamente acabo de arrancar de un álbum:

En la lucha por la vida  
de mi existencia agitada  
voy venciendo la jornada  
con el alma dolorida,  
    porque á mi costa aprendí  
la triste ilusión que fué,  
los sueños que acaricié,  
la gloria que perseguí.

Más del juvenil ardor,  
por contraste singular  
no he podido desterrar  
resabios de soñador,  
    y las tristezas que siento  
si escucho á la razón fría,  
las borra en mi fantasía  
la nota del sentimiento,  
    porque está libre de daño  
en las penas que he sufrido,  
algo que no ha padecido  
al choque del desengaño.

\* \* \*

Dióle la suerte á mi ser  
el incomparable don,  
de hallar en el corazón  
hermoso de la mujer,  
el conjunto peregrino

de todas las perfecciones,  
 y en las hondas aflicciones  
 de mi azaroso destino,  
 por la ingénita bondad  
 de sus dotes singulares  
 siempre calmó mis pesares  
 ó su amor ó su amistad.

Solo expresándose así puede aplicarse á Lechuga el dicho del sabio padre Feijóo: «El co- turno eleva hasta las nubes: poeta que lo cal- za y sabe entenderse con él, es un gigante: los gigantes no ríen: son fuertes, valientes, fero- ces, soberbios y terribles.»

Por eso decía antes que Lechuga más que poeta era soñador. Su imaginación no es de este mundo; vuela por donde vuelan las águilas.

Y lo mismo que sueña con el periodismo y con las musas, sueña... con la política. También tenemos al hombre con ribetes de político ra- bioso. Cree á pies juntillas que le *sienta* mejor el *gorro frigio* que el sombrero de copa que guar- da en el fondo de su estante para los días que repican gordo. No es de esos políticos *vergonzan- tes* que cuando les conviene encubren su ideal; ni de los evolucionistas á lo *cangrejo* que toda una limpia historia la borran por un minuto de *turrón*. Un día, cierto atrevidillo pretende sa- carle los colores á su cara, de conspirador, y co- jiendo la pluma escribe con este desparpajo que vale un mundo:

«Yo he sido siempre y soy republicano; me he significado públicamente en todos los actos de mi partido y atenderé con preferencia al culto de esos ideales por encima de todas mis conveniencias.»

Muy bien, D. Antonio. Usted es de los hombres de mi temple.

Pero no os he dicho nada de su pasado. Más vale tarde que nunca. Lechuga, antes que periodista—que es de lo que más suena—fué comerciante en vinos y llevó el negocio á los cuatro vientos de España, estendiéndolo y detallándolo por sí mismo en las cuarenta y nueve provincias. Antes que comerciante fué dependiente al frente de una importante casa mercantil; y antes *voluntario* en la Marina, sirviendo durante cuatro años en los centros directivos de la Capitanía general de San Fernando y del Ministerio de Marina. Primeramente, un ser oscuro, humilde aislado: perla adherida á la concha, á su pobre y malograda madre.

Lechuga ha consagrado su vida por entero al trabajo y al estudio.

Preguntándole yo un día cuales eran sus *hombres* favoritos, me contestó: «Leo á Cervantes y á Campoamor; admiro á Ribera y á Velázquez; me entusiasma Castelar; me deleita Mozart, y mi único estadista ha sido Mendizábal. Político ninguno.»



No tanto, amigo mío. Yo creo que por cada Maquiavelò suelto que anda por ahí, le irá en zaga, sujetándole el paso, algún Cavour, aunque éste se disfrace con el traje de periodista y se apellide como Vd., Lechuga.

—Pues señor—oigo decir á algunos—tal como León no los pinta, Lechuga es una *Enciclopedia*.

No tanto, caballeros, pero conoce mucho de trato á su amigo *íntimo* Voltaire.



## D. GREGORIO GÓMEZ.



—Pero hombre, ¿yó?...

Tú.

—Creo que no estás *bueno*.....

Mejor.

—¿Cuales son mis méritos?

Los que sean.

—¿Estás loco?

¿Loco? Aguarda un momento; espera á que te tome bien el perfil, á que recuerde fechas, rebusque papeles, confronte citas y datos, haga un expurgo de tus escritos, desmenuze tu historia *accidentada*, y ya verás, ya verás como el *boceto* sale á las mil maravillas.

. . . . .

Esto soñaba yo no hace muchas noches cre-

yendo que dialogaba con el actual director del *Boletín de la Cámara Agrícola*.

Gregorio Gómez merece, aunque muchos no lo crean, ni él mismo,—pero ahora el que *manda* y escribe soy yo,—merece, decía, un lugar entre las personalidades que figuran en este libro.

Su historia... ¿No habeis leído la de *El Judío errante*? Pues quitad lo de judío y dejad lo demás.

Nació en el riñón de la Sierra, en El Bosque, de padres muy humildes, y apenas vino al mundo perdió aquellos engendros de su vida, quedando á capricho de la veleidosa suerte.

Solo, aislado, sin *calor* de nadie, abandonado á sí propio, la Caridad lo encontró en su camino, y cojiéndolo de la mano, lo trajo á Jerez, alimentándolo y educándolo.

Sus años en el Instituto son una hoja de *brillantes servicios*. Entre *sobresalientes* y *premios* hizo *casi todo* el bachillerato, facilitando á sus compañeros, incluso á mí, infinidad de apuntes que él se tomaba la molestia de sacar de viva voz,—pues no tenía muchas veces libros,—de aquellas *cátedras de gloria* que inmortalizaron Miró, Merino, Latorre, González de Arce, Landa, etc., y que sigue valorando y abrigando el que todavía vive, Argullós y Sedano.

Entonces le llama la patria á su servicio,—no pudo hacerse bachiller—y sin abandonar la

vocación que sentía por el estudio, muy principalmente por la Literatura, su hoja en el glorioso é invicto regimiento de San Fernando, donde alcanzó el *grado* de sargento, es una hoja de méritos diarios como la del Instituto.

Ya en esta época, 80 al 82, empiezan sus escauceos literarios; casi siempre *poéticos*, por los periódicos de Murcia y de Valencia.

Cumplido su deber para con la patria,—por más que él lo cree *vitalicio*,—volvió á Jerez, y alcanzando plaza de escribiente en el Ayuntamiento, dejó correr tres años, cuando ocurrieron los sucesos famosos de las Carolinas y con ellos su entrada *triumfal* en la vida pública.

Gregorio Gómez *dimitió* el destino que tan mal se avenía con sus aficiones é *ilusiones*; y pretendiendo ser *voluntario* contra los alemanes, unióse á Lechuga y ambos con febril inteligencia, entusiasmo sin límites y corazón de oro, dieron forma y vida á una idea tan grande como la de suscribir el barco *¡Ejército y Patria!* que tantos alientos levantó desde las columnas de *El Guadalete*.

Arreglada diplomáticamente aquella fanfaronada extranjera, Gregorio Gómez quedóse sin *voluntad*... y sin destino. ¡Fatalismo de *iluso!*

Sirvió luego plaza de *viajante* en vinos, *rodó* por toda España, cayó gravemente enfermo, casó en el Norte, se hizo industrial, enviudó con

hijos, entró al servicio oficinesco de Minas, volvió á emigrar, volvió á casar, volvió á enjuiciar, viene á Jerez, obtiene el *grado* de *oficial* de la Cámara de Comercio, se casa *tercera* vez, y aquí tenéis al hombre cuya monomanía por la *emigración* y el *matrimonio* merece solamente la silueta.

Dice un adagio que: *cada uno cuenta la feria según le vá en ella.*

A Gregorio Gómez le habrá ido siempre *superior*.

Yo de este asunto ó *esclavitud* no entiendo... ni quiero entender.

Y ya estamos enfrente del director del *Boletín de la Cámara Agrícola*, pensamiento, (el de este periódico,) propuesto un día á la de Comercio, patrocinado más tarde por la de su título actual, que ahora circula—¡parece mentira!—con vida anémica y á cuya empresa Fernández de la Rosa y Gregorio Gómez prestan todos sus alientos y hermosas fuerzas de colaboración, inspiración y dirección, sin resultados prácticos en este *mi pueblo* tan apático como de inmensa riqueza en Agricultura.

¡Lástima de *Boletín* que no alcanzara más vuelos,—los suyos legítimos,—hoy que se publica con aspiraciones de *Revista* y ribetes de *profesional!*

Aquí terminaría la silueta si no supiera

que Gregorio Gómez lleva ya escrito mucho en prosa y en verso.

No es mi hombre periodista, no señor, ni aspira á serlo, pero es un buen literato que cuida y lima el estilo y *rompe* muchas cuartillas antes de dar un trabajo á la prensa.

Sucédele lo que á los buenos artistas antes de enviar un cuadro á la Exposición: que lo emborronan mil veces y nunca les gusta,... concluyendo por gastar la inspiración y enviarlo, salga como salga.

El estilo de Gregorio Gómez es correcto, castizo; escritor eximio, tiene algo de Thebusen aunque se firme algunas veces *Armando*.

Cuando se acuerda de su pueblo lo *sueña* como un Paraíso. Hélo aquí:

“¡El Bosque!... Hasta su nombre es bello y repercute en mi oído con sonora entonación, fingiendo la mente predisposta aleteos en la enramada, música en la fronda, animación al pie de los seculares árboles, murmullos en el arroyo, perfumes en la brisa y rumores infinitos que circulan sin cesar bajo las altas copas de la verde arboleda!...

Figúromelo asentado en la falda de un monte, agrupadas sus blancas casitas como bando de palomas que bajan á sestear de los riscos vecinos; detrás y á sus costados elévase la misteriosa mole de granito cuyas quebradas cimas se coronan de pinos y encinas silvestres, y cubren sus laderas selvas y jarales de exuberante vegetación; encima osténtase, como el observatorio de la Providencia, brillantísima faja de cielo azul, y al frente el valle pulido y risueño, saturado de aromas y rocío y poblado de macizos de huertas, frutales y bosquetes de flores, donde deja oír su armonioso cántico el libre ruiseñor y

exhala su amante queja la tórtola viuda. Serpentea en el centro del cuadro la cinta de agua que alimentada por las fuentes de la sierra, trueca en la llanura el antes bullidor arroyo en apacible río, cuya suave corriente forma á lo lejos el remanso que da vida y movimiento á las muelas del molino.

¡Oh pueblo! Lleno está mi corazón de tus memorias íntimas é ideales, y saturado mi pensamiento de las esencias y aromas silvestres que hasta mí llegan desde los desconocidos lugares en que te ocultas! Mi lira, largo tiempo olvidada, apercibida está á celebrar tus bellezas de todo género, y tan solo espera contemplarte y oír la patética relación de mis amores y esperanzas juveniles muertas, para ensayar un cántico apasionado, tierno como los ecos de tus montañas, y triste como el abandono en que quedé á los embates del mundo, cuando apenas podían balbucear una palabra de compasión mis labios!.. „

Otro día rebosa su corazón entusiasmo y deja, no correr, *volar* la pluma:

“¡Ejército y Patria!... ¡Saludémosle con toda la efusión de nuestros corazones! Pidamos á Dios con la oración más ferviente de nuestras almas, con la fibra más delicada del sentimiento ver pronto realizada tan gloriosa empresa, ver pronto acercarse á nuestros puertos la gallarda pareja, en dulce maridaje, arrullada blandamente por las olas, tremolando al viento con noble orgullo el pabellón que cobijó á tantos héroes!... Cuando la honra nacional lo exija, esas brillantes naves, manejadas por marinos de esta tierra del honor, se convertirán en máquinas de destrucción y muerte, y sabrán ante todo vencer ó morir!...

¡No importa saber quién inició la idea, á quién corresponde la prioridad del pensamiento. soldado ó paisano, fué un español, fué un hermano nuestro, y las ideas del hermano, así como la bondad y grandeza del hijo avaloran la bondad y grandeza de la madre!.. „

Habla de nuestro feliz porvenir y de nuestros intereses con los de la Sierra y viceversa,

y las columnas de *El Guadalete* son pocas pegando latigazos á las autoridades *tímidas ó negligentes* que no nos colocan, administrando bien, de una vez y de un salto en Jáuja.

Tiene la ilusión—otra monomanía—de ver algún día cruzada la Sierra de ferrocarriles económicos, y para ello no cesa su pluma de endilgar *cartas* y editoriales. ¡Inocente!:

Hojas del árbol caídas

juguetes del viento son, etc.

¡Ir con *ferrocarriles* á la Diputación provincial de Cádiz, (Toro, Giles y demás presidentes,) cuando no *alcanza* ni para *beneficencia!*

Como poeta, su sueño dorado, con y sin versos fiambres y sin los de *La ciudad y la aldea*, como poeta hay que hilar más despacio.

La lira de Gregorio Gómez no es de aquellas—como debe ser para alcanzar el *calificativo*—cuyas notas llegan, ahondando, al corazón del pueblo.

Tienen sus poesías, sentidas muchas, muchas inspiradas, algunas con sus *ripios*, la vida de la *rosa*—no la de Gallardo Lobato—que abre y marchita en la misma aurora,

Es su musa premiosa no fecunda, forzada á veces, *estudiada*, caprichosilla, sin alientos, aunque *sentida* siempre como la de su poeta favorito Balart.

Ved una prueba:



- ¿Quién no llora ilusiones perdidas,  
 venturas pasadas,  
 afecciones, deliquios, ensueños  
 de amor y esperanza?
- ¿Quién no vé del recuerdo en las brumas  
 imágenes plácidas,  
 fiel trasunto de edades felices  
 que duermen lejanas?
- ¿Quién no sufre de un padre querido  
 la pérdida infausta?
- ¿Quién de un hijo, de amor tierno fruto,  
 pedazo del alma,  
 con dolor no recuerda las dulces  
 caricias preciadas?
- ¿Quién la pura afección de un hermano,  
 quién no las palabras  
 de la amante, infeliz compañera,  
 la esposa adorada,  
 que gozó nuestros propios placeres,  
 secó nuestras lágrimas,  
 y grabó de la vida en el libro  
 las más bellas páginas?...

Otras veces *canta*, pero, como los del pajari-  
 llo, sus cánticos se pierden sin que nadie se to-  
 me, (á no ser él que los *colecciona*,) la molestia  
 de *buscarlos*:

Sin padres, sin hermanos, sin amigos...  
 ¡Qué triste soledad!

Sin nadie que aminore mi quebranto...  
 ¡Quién pudiera llorar!

Miro el presente triste, y me estremezco  
 Al pensar, ¡ay de mí!

Que más oscuro y triste que el presente  
 Vislumbro el porvenir.

Y termino. Gregorio Gómez, con sus 37

años, estudia *ahora* con fruición á Cervantes, se aconseja por Horacio, lee como predilecto *El Liberal*, sueña mucho, mucho, y como todo *iluso* es muy sencillo, muy bueno y muy *servicial*.

Dudo que tenga enemigos.

Vive de su *oficialidad* en la Cámara de Comercio, de sus comisiones *viveristas*, de sus... sueños y escribiendo en verso y en prosa que va guardando *inedito* para el día del Juicio Final en que todo, lo bueno y lo malo, saldrá á relucir.

Sobre todo cuanto llevo dicho ó escrito, Gregorio Gómez tiene para mí el indiscutible mérito de que así como Dios formó el mundo de *la nada*, mi amigo se ha hecho *hombre* á sí propio, de la nada también.

Esta es la razón principal porque aparece en mi libro, aunque aparezca el último.





## Conclusion

Si por casualidad te  
has tomado la molestia,  
lector, de llegar hasta  
aquí, agneda un mo-  
mento más y pasa la  
vista, te lo implico, por  
las siguientes líneas.  
Dun muy pocas.

x x x

Improbable me ha sido  
de todo punto, pregunsan-  
do con mis deseos, llevar

al libro las siluetas  
de otros tantos perso-  
nalidades merecedoras  
muy mucho también  
de alcanzar el renombre  
de la publicidad.

Datos incompletos o  
inexactos que no for-  
man bien la sombra o  
el perfil del individuo  
prohíben hacerlo; reser-  
vándonos ante esta in-  
certidumbre para mejor  
ocasion; en tanto la opi-  
nion a cepe en su fallo,  
que resuelto, el tomito  
presente.

Por lo que atañe á los

que ahora han alcan-  
zado carte de naturalera,  
declaro tal y franca-  
mente que no me ha  
movido pasion ni inte-  
ris alguno; libre en ab-  
soluta de conveniencias  
- siempre merquinos -  
que atrojan la comple-  
ta y necesaria independen-  
cia del que escribe.

Nada debo y nada  
temo. He procurado - tal  
ha sido mi recta y sa-  
na intencion - dar á  
cada cual lo suyo; jur-  
gándolo por sus actos  
públicos y que están

en el corazón de la opi-  
nión; para de este mo-  
do, al salir el libro á  
la calle, no me encontrar-  
me obligado, como otros,  
á doblar y rascar la  
rodilla, prostrando  
de puerta en puerta  
la adquisición de espe-  
jales.

Y cuenta que no  
se traducea esto por  
orgullo. Pobre soy y  
pobre seguiré siendo;  
pero vivo tranquilo  
con la satisfacción pro-  
pia de que Dios, su-  
premo juez, sabe de

escrito en estas pági-  
nas la verdad lisa y  
llana, sin importar-  
me un ard' te que al-  
gunos comenten á su  
autopd o á su capri-  
cho, en tanto yo repi-  
to en el inolvida-  
ble crítico Revilla:

"quien haga reflexiones  
con su plum de los comas,"

---

Fin





# ÍNDICE.

---

PORTADA.  
AL PUEBLO (*Dedicatoria.*)  
ADVERTENCIA.

## PRIMERA PARTE.

Mistress Buck. . . . .	11
Duquesa de Almodóvar del Río . . . . .	17
D. <sup>a</sup> Elena Gordon y Prendergast. . . . .	23
D. <sup>a</sup> Carmen de Villavicencio . . . . .	29
Marquesa de Misa . . . . .	35
D. <sup>a</sup> Elena de Páramo. . . . .	39
Marquesa Viuda de Bertemati . . . . .	45
Srta. Cecilia de Ysasi. . . . .	51
Marquesa de Alboloduy . . . . .	59
D. <sup>a</sup> Elisa Carrera y Aramburu . . . . .	65
¡.....!	

## SEGUNDA PARTE.

El Padre Luís Coloma. . . . .	75
D. José Bueno y Nuesa . . . . .	85
D. Guillermo Garvey . . . . .	97
Duque de Almodóvar del Río. . . . .	105
Guerrero Hermanos . . . . .	119
D. José de la Herrán . . . . .	127
D. Germán Álvarez Algeciras . . . . .	137
Marqués de Casa-Pavón . . . . .	145
D. Pedro Simó y Oneto . . . . .	153
D. Gumersindo Fernández de la Rosa . . . . .	159
D. Antonio Camacho del Rivero . . . . .	173
Marqués de Mochales. . . . .	185
Marqués de Villamarta . . . . .	193
D. Antonio Lechuga y Florido . . . . .	203
D. Gregorio Gómez . . . . .	215
¡.....!	
CONCLUSIÓN.	